

JOE HALDEMAN

El engaño Hemingway



PRESENTACIÓN

Ésta es una de esas presentaciones que considero difíciles. Porque siempre es difícil mantener la ecuanimidad y el justo criterio cuando uno tiene que dar la bienvenida a nuestra colección a uno de los más entrañables e interesantes escritores de ciencia ficción de todos los tiempos.

Nuestra colección, NOVA ciencia ficción, se inició en 1987 y ello la ha obligado a centrarse necesariamente en la nueva hornada de escritores del género. La obra de los Asimov, Clarke, Le Guin, Dick y otros autores acreditados ya se publicaba en otras editoriales. Aunque hemos conseguido incluir entre nuestros nombres escogidos a clásicos como Clement, Heinlein, Herbert, Miller, Smith o la nueva obra de valiosos veteranos como Anderson, Brunner o Pohl, la mayoría de nuestros autores y títulos son nuevos valores de finales de los ochenta, cuya obra se ha publicado en España por primera vez en nuestra colección: desde Card a Simmons, pasando por Bujold, Kress, Tepper, McDevitt o Sheffield.

Junto a la recuperación de autores característicos de los años ochenta, como Benford, Bear, Brin o Cherryh, hasta hace poco publicados por otras editoriales, en los últimos tiempos hemos tenido la posibilidad de incorporar también a NOVA ciencia ficción a autores que empezaron a descollar en la ciencia ficción en la década de los setenta: hace poco lanzábamos la nueva novela de John Varley (PLAYA DE ACERO, NOVA ciencia ficción, número 67), y hoy nos sentimos sumamente orgullosos de incorporar a nuestra colección a un autor irrepitible e imprescindible: Joe Haldeman.

Y como sea que había obra de Joe Haldeman de gran interés y todavía inédita en España, vamos a presentar, casi simultáneamente, dos de sus obras más recientes: EL ENGAÑO HEMINGWAY y COMPRADORES DE TIEMPO y, lo que es más importante, anunciamos la inmediata publicación de LA PAZ INTERMINABLE, la nueva novela de Haldeman que posiblemente verá la luz en el año 1996, tanto en Estados Unidos como en España.

Joe Haldeman, acompañado de su inseparable y entrañable esposa Gay, ha visitado repetidas veces España en estos últimos años. Fue ampliamente divulgada en el fandom español la visita de julio de 1992, precisamente para asistir aun Congreso que se celebra en Pamplona sobre la figura de Ernest Hemingway, de la que Joe Haldeman es un experto estudioso. Los buenos de los Haldeman «cayeron» en los amables brazos de los componentes del Grupo Interface, Ricard de la Casa, Pedro Jorge y Joan Manuel Ortiz, y desde entonces Gay Haldeman actúa como corresponsal norteamericana de ese milagro llamado BEM, el LOCUS de habla hispana. Gracias a BEM, la confraternización de los Haldeman con el fandom español fue total, y la simpatía de Gay y la humanidad de Joe supieron ganarse el afecto de todos los aficionados que tuvimos la suerte de conocerlos y tratarlos.

Los Haldeman volvieron a España en verano de 1994, en compañía de Charles N. Brown, el editor del LOCUS norteamericano, con objeto de conocer la realidad de la ciencia ficción en España. Estuvieron en Madrid, en una mini-convencción en Alboraiá (Valencia) y en Barcelona.

Y ahora Joe Haldeman (con su inseparable esposa Gay) ha prometido regresar a Barcelona, invitado por la UPC, para diseñar la conferencia de rigor en el acto de la entrega del quinto Premio UPC de ciencia ficción.

El acto está previsto para la mañana del miércoles 13 de diciembre en el Campus Norte de la Universidad Politécnica de Cataluña en Barcelona, y Joe Haldeman ha prometido

disertar sobre «Science Fiction, Tool for Learning». Con toda seguridad se aprovechará la visita para organizar otros actos, encuentros, cenas o debates, y por ello les remito a la fuente segura de mayores detalles: los próximos números de la revista BEM (recuerden: P. O. Box 2061, Andorra o, mejor: Fax 07-3768-61374).

Cuando Joe visitó Barcelona en 1994, me enteré de que estaba trabajando en su nueva novela. Según tengo entendido, el título podía haber sido «The Everything Machine» y el tema abordado, entre otros, la nanotecnología. Al parecer, el editor norteamericano sugirió cambiar el título por el de Forever Peace (LA PAZ INTERMINABLE) que, evidentemente, recuerda el primer gran éxito de Joe Haldeman, LA GUERRA INTERMINABLE, con el que obtuvo los premios Hugo, Nebula y Locus en 1975. Estoy convencido de que Haldeman se superará a sí mismo en esta nueva novela y a ella les remito en un futuro cercano. Los veinte años transcurridos desde LA GUERRA INTERMINABLE no han pasado en balde. Haldeman ha madurado y mejorado, si cabe, como escritor. Así se demuestra en EL ENGAÑO HEMINGWAY que, ¡por fin!, paso a comentar.

En medio de esos gruesos volúmenes de varios centenares de páginas que configuran un número habitual de NOVA ciencia ficción, espero que esta brillante novela corta de Joe Haldeman sea una novedad agradable. En cualquier caso, será una muestra incuestionable de cómo la ciencia ficción puede alcanzar a veces sus mejores niveles en la novela corta. El ejemplo es indiscutible: EL ENGAÑO HEMINGWAY obtuvo, en su edición en la revista Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, el premio Nebula de 1990 y el Hugo de 1991.

Posteriormente, la edición norteamericana en libro ha permitido recuperar la versión íntegra de una obra que había sido expurgada en algunos de sus pasajes con un cierto contenido sexual para su edición en revista. Esta vez no se trata, como en el caso de EL JUEGO DE ENDER de Card o MÚSICA EN LA SANGRE de Bear, de que el autor, una vez premiada su novela corta, la haya reescrito por entero para extenderla casi hasta el triple de longitud. En el caso de EL ENGAÑO HEMINGWAY, la edición en libro no hace más que restituir la integridad de una obra que, vaya usted a saber por qué, resultó algo abreviada en su edición en revista.

Ni que decir tiene que quienes, como yo, hemos sido lectores tanto de la versión en revista como de ésta publicada en libro, consideramos mucho mejor la última, ya que hace mucho más comprensibles los cambios reales de los personajes en ese complejo mundo interdimensional en el que se ven obligados a moverse.

Porque EL ENGAÑO HEMINGWAY es una obra curiosa, una especulación inteligentísima sobre la historia de la literatura y las consecuencias de un intento de alterarla. Y, al mismo tiempo, una novela que trata un tema clásico en la ciencia ficción: los universos paralelos o alternativos.

La trama parece simple (aunque el desarrollo es de una brillante complejidad que Haldeman sabe convertir en una lectura fácil, amena y asombrosa): en 1922 el joven Hemingway, todavía una promesa en el mundo de las letras, sufre la pérdida de una maleta que contiene la única copia de su primera novela y de algunos de sus primeros relatos. Casi ochenta años más tarde, un desaprensivo intenta que un profesor de literatura, especializado en Hemingway, falsifique esa primera novela y prepare lo que, en definitiva, va a ser el «engaño» Hemingway. Tras negarse inicialmente a cometer ese fraude, otros motivos acaban llevando al profesor John Baird a implicarse en el caso. Pero ese «engaño» resulta ser un atentado grave a la historia de la literatura y, sorprendentemente, supone un involuntario y peligroso paseo de los protagonistas por una serie de universos paralelos.

Muy bien escrita, la novela sabe mantener el interés del lector en un suspense que nada tiene que envidiar a las mejores novelas policíacas. Aunque, como no podía ser menos en una obra de ciencia ficción que es, también, un homenaje a Hemingway, resulte difícil adscribirá un único género esta brillante novela.

En palabras de Don Chow en LOCUS:

Haldeman nos sumerge en una narración de suspense que sólo puede ser descrita como una excelente obra narrativa. [...] EL ENGAÑO HEMINGWAY constituye un ejemplo de narrativa comprimida. En sólo 150 páginas, prácticamente todas las ideas están desarrolladas en todo su potencial.

También en LOCUS, Rusell Letson prefiere asociar EL ENGAÑO HEMINGWAY a las obras clásicas sobre las paradojas temporales, como el clásico TODOS USTEDES ZOMBIES de Heinlein, y la compara a las más interesantes novelas policíacas de la corriente hard-boiled.

En realidad, todo eso y más puede encontrarse en esta intensa narración que en sólo ciento cincuenta páginas, en la versión original, desarrolla brillantemente una idea ya sorprendente y en la mejor tradición de la buena ciencia ficción.

En mi opinión, EL ENGAÑO HEMINGWAY es a la vez un homenaje a Hemingway, a la literatura y a la ciencia ficción, y compone una de las historias más interesantes y mejor escritas que he leído en los últimos años. Además, el interés que Haldeman siente por Hemingway hace que la obra esté llena de juegos y bromas en torno a Hemingway, a su prosa (imitada aquí a veces, por ejemplo cuando se reproduce el trabajo de Baird) e incluso a los títulos de algunas de las narraciones de Hemingway que Haldeman ha empleado como encabezamiento de los capítulos.

En conjunto, EL ENGAÑO HEMINGWAY es una obra breve, intensa, interesante y brillantemente escrita a la que, todo hay que decirlo, sabe hacer justicia la acertada traducción de Rafael Marín Trechera.

Una obra de verdadera calidad para dar la bienvenida a nuestra colección a uno de los mejores autores de la ciencia ficción.

Que ustedes la disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

Ya había aprendido que sólo existía un día cada vez y que era siempre el día en el que estabas. Sería hoy hasta que fuera esta noche, y mañana sería hoy de nuevo. Esto era lo principal que había aprendido hasta el momento.

El último buen país

LOS TORRENTES DE LA PRIMAVERA

Nuestra historia comienza en un bar de poca monta en Key West, dentro de muy poquitos años. El bar no es el que Hemingway frecuentaba, ni el que dice serlo, porque los dos son demasiado caros y están llenos de turistas. Este bar, situado en una parte más interesante de la ciudad, es un garito cubano. No está limpio ni bien iluminado, pero sirve cerveza fría y café cubano, fuerte y bueno. Sus precios baratos y su encanto descarado son lo que atrae por igual a intelectuales y picaros.

Su primer encuentro sería de poca importancia para ambos, aunque el intelectual, John Baird, nunca lo olvidaría. John Baird no era capaz de olvidar.

Key West rebosa de escritores, escritores pobres en su mayoría, en un sentido de la palabra o en otro. Los pobres no interesaban a nuestro pícaro, Sylvester Castlemaine, así que al principio no prestó mucha atención al hombre sentado en el rincón que escribía en una libreta amarilla. Sólo otro aspirante a escritor que venía a ver si se le pegaba algo de la magia de Papá. No merecía el esfuerzo de un timo.

Pero las dotes profesionales de observación de Castle captaron un detalle o dos y llamaron su atención. El hombre llevaba vaqueros y una raída camisa de franela, pero calzaba mocasines italianos caros. Su barba había sido recortada por un profesional. Bebía Heineken. La pluma con la que escribía era una gruesa Mont Blanc Diplomat, doscientos pavos al canto, con descuento. Castle cogió su taza de café y se sentó a un par de mesas del escritor.

Esperó hasta que el hombre se detuvo, soltó la pluma y dio un trago.

—¿Escribiendo un relato? —dijo Castle.

El hombre le miró, parpadeando.

—No... sólo un artículo. —Colocó el capuchón sobre la pluma con un chasquido seco—
Un artículo sobre relatos. Soy profesor de universidad.

—Publica o perece —afirmó Castle.

El hombre se relajó un poco.

—Cierto, por desgracia. —Hojeó la libreta amarilla—. Esto no servirá de mucho. No va a ninguna parte.

—¿Sabe qué le digo? Le apuesto una cerveza a que trata de Hemingway o de Tennessee Williams.

—Demasiado fácil. —Llamó al camarero—. Dos cervezas. Hemingway, las primeras historias. ¿Conoce su obra?

—Sólo un poco. Tuvimos que leerlo en el colegio... *¿El viejo y el mar?* Y luego leí un par de cosas después de llegar aquí. —Se acercó a la mesa del hombre—. Me llamo Castle.

—John Baird. —Expresión despejada, honesta; no demasiado prometedor. No puedes timar a alguien a menos que piense que te está timando a ti—. Enseño en Boston.

—Yo me dedico sobre todo a la pesca. Actualmente a las gambas. —Por supuesto, Castle no pescaba normalmente, al menos no peces, pero lo de las gambas era verdad. Se había visto obligado a vender gambas en el *Catalina* por cinco dólares el cubo—. ¿Qué hay de esas primeras historias?

El camarero sirvió las dos cervezas y dirigió a Castle una mirada cansada.

—Bueno... no existen. —John Baird vertió con cuidado la cerveza en su vaso,

inclinándolo—. Las robaron. Nunca llegaron a publicarse.

—Entonces, ¿qué puede escribir de ellas?

—Exacto. Eso es lo que me estaba preguntando. —Dio un sorbo a la cerveza y se echó hacia atrás—. Las robaron hace setenta y cuatro años, en diciembre de 1922. Eso es lo que realmente me puso a trabajar en ellas. Haría un estudio, una monografía, para el setenta y cinco aniversario de la ocasión.

Sonaba cada vez menos prometedor, pero era la primera cerveza importada que Castle bebía desde hacía meses. La saboreó lentamente.

—Hemingway y su primera esposa, Hadley, vivían en París. ¿Sabe algo de los primeros años de Hemingway?

—Nada de nada. ¿París?

—Creció en Oak Park, Illinois. Una especie de barrio residencial pijo y exclusivo de Chicago.

—Sí, he estado allí.

—No le gustaba. En su adolescencia, se escapó de casa y se fue a Kansas a trabajar en un periódico.

»Empezó la Primera Guerra Mundial y, al igual que un montón de muchachos, Hemingway no quiso quedarse con un pedazo. No pudo enrolarse en el ejército a causa de un ojo enfermo, así que se unió a la Cruz Roja y se marchó a conducir ambulancias a Italia. A llevar cigarrillos y chocolate a las tropas.

»Eso casi le mató. Estaba haciendo su habitual reparto de cigarrillos y chocolate cuando un bombardeo de la artillería mató al tipo que tenía al lado, destrozó a otro y cubrió a Hemingway de metralla. Él sostiene que cogió al tipo herido y lo llevó de vuelta a la trinchera, a pesar de que una bala de ametralladora le había herido en la rodilla.

—¿Qué quiere decir con eso de «sostiene»?

—Es usted demasiado joven para haber estado en Vietnam.

—Sí.

—Qué suerte. Una bala de ametralladora me hirió en la rodilla, y me caí de culo y no me levanté en cinco semanas. Hemingway no pudo llevar a nadie, ni siquiera un paso.

—Eso es interesante.

—Bueno, siempre estaba reescribiendo su vida. Todos lo hacemos. Pero en él parecía algo compulsivo. Es una de las cosas que vuelven excitante estudiar su obra.

Baird se sirvió el resto de la cerveza en el vaso.

—De todas formas, fue el primer americano herido en Italia, y se armó un buen revuelo al respecto. Regresó a Oak Park convertido en héroe de guerra. Tuvo mucho éxito con las mujeres.

—O eso dijo.

—Cierto, sólo Dios lo sabe. De todas formas, conoció a Hadley Richardson, una mujer mayor pero bastante atractiva. Tuvieron un apasionado idilio, se casaron y dijeron ¡al diablo, vayamos a París y vivamos una vida bohemia!, mientras Hemingway trabajaba en perfeccionar su arte. Esa parte no es mentira. Trabajó diligentemente y se convirtió en uno de los mejores escritores de su época. Lo que nos lleva a los manuscritos perdidos.

—Cuente.

—Hemingway ganaba algo de dinero extra con el periodismo. Fue a Suiza a cubrir una conferencia de paz para una agencia de noticias. Cuando se acabó, envió un telegrama a Hadley para que se reuniera con él para esquiarse.

»Aquí es donde las cosas se vuelven raras. Por iniciativa propia, Hadley empaqueta toda la obra de Ernest. Toda. No sólo los originales, sino también los primeros borradores escritos a mano, y las copias en carbón.

—¿Eso es como las fotocopias?

—Exacto. Las metió en una bolsa de viaje, y luego hizo su propia maleta. Un mozo de la estación, la Gare de Lyon, se las subió al tren. Ella bajó un minuto a buscar algo que leer... y cuando regresó al tren, habían desaparecido.

—¿Con la maleta y todo?

—No, sólo los manuscritos. El mozo y ella buscaron por todo el tren. Pero nada. Alguien había visto la bolsa y la cogió. Se perdió para siempre.

Eso provocó un atisbo de interés profesional.

—Qué curioso. Uno pensaría que recibirían una nota, del estilo «Si quiere volver a sus ver sus historias, lleve un millón de pavos a la Torre Eiffel», o algo así.

—Eso podría haber sucedido unos cuantos años más tarde. Hemingway no tardó mucho en hacerse famoso. Pero en aquella época sólo unos pocos miembros del círculo literario lo conocían.

Castle sacudió la cabeza en señal de conmiseración hacia el ladrón, muerto hacía tanto tiempo.

—El tipo que las robó probablemente ni siquiera sabría inglés. Las tiraría al río.

John Baird se estremeció visiblemente.

—Sin duda. Pero la gente nunca ha dejado de buscarlas. Tal vez aparezcan algún día en un desván.

—Podría suceder. —El engranaje estaba en marcha.

—Ha sucedido antes en literatura. Algunos de los diarios de Boswell se recuperaron porque un estudioso reconoció su letra en un viejo trozo de papel que un tendero empleaba para envolver pescado. El propio Hemingway compuso su último libro a partir de notas que habían estado perdidas durante treinta años. Estaban en un par de cofres en el sótano del Ritz de París. —Se inclinó hacia delante, excitado—. Luego, tras su muerte, encontraron otro puñado de papeles aquí, en un cuarto trastero del Sloppy Joe. Todavía podría suceder.

Castle inspiró profundamente.

—También se podría hacer que sucediera.

—¿Hacer que sucediera?

—Sólo hablo en teoría, ya sabe. Imagine que un tipo que conoce de verdad a Hemingway se inventa algunas historias como esas antiguas, encuentra papel que tenga setenta y cinco años y un viejo cacharro de esos, ¿cómo los llaman? Un ordenador no...

—Una máquina de escribir.

—Eso. ¿Cree que podría hacerlas pasar por auténticas?

—No sé si podría engañarme —respondió Baird, y se dio un golpecito en la sien—. Tengo una memoria portentosa: eidética, fotográfica. Me sé de memoria cada palabra escrita por Hemingway. —Parecía un poco cortado—. Por supuesto, eso no me convierte en un experto en el sentido de ser capaz de detectar una falsificación. Simplemente, no tendría que referirme a ningún texto.

—Entonces supongamos que usted, ya sabe, o alguien más que se haya pasado la vida estudiando a Hemingway, pone todo lo que tiene y escribe esas historias... conoce a la gente que va a leerlas, sabe qué van a buscar. Y contrata a un falsificador experto para que parezca que las páginas han salido de la máquina de escribir de Hemingway. ¿Podría funcionar?

Baird arrugó los labios y por un momento pareció que estaba en clase. Entonces soltó una risa extraña, una sílaba a través de la nariz.

—Tal vez. Un tipo hizo algo similar cuando yo era niño. Falsificó las memorias de Howard Hughes. Ganó millones.

—¿Millones?

—Cuando eso significaba dinero de verdad. Acabó en la cárcel cuando lo descubrieron, por supuesto.

—Y el dinero seguía allí cuando salió.

—No leí nada más al respecto. Supongo que sí.

—De modo que la siguiente pregunta es: ¿de qué cantidad estamos hablando? ¿Cuánto había en esa bolsa de viaje?

—Eso depende de a quién creer. Había media novela y algunos poemas. De relatos podría haber habido entre once y treinta.

—Entonces haría falta mucho tiempo para escribirlo.

—Podría tardarse una eternidad. No se puede «imitar» a Hemingway sin más; habría que calcular de qué trataban esos relatos, luego reconstruir su primer estilo... ¿Sabe cuántos expertos en Hemingway hay en el mundo?

—Bueno... Unos pocos.

—Miles. Tal vez diez mil eruditos que saben lo suficiente para descubrir una falsificación descuidada.

Castle asintió, reflexivo.

—Habría que tener muchísimo cuidado. Pero no habría por qué escribir todos los relatos y poemas, ¿no? Siempre se podría decir que el hallazgo es la parte de la novela. Demonios, se podría vender como libro.

La extraña risa otra vez.

—Claro que sí. Habría una fortuna en eso.

—¿Cuánto? ¿Un millón de pavos?

—Un millón... tal vez. Bueno, seguro. Las últimas cosas de Hemingway recaudaron eso, contando con la inflación. Y ahora es más popular.

Castle dio un buen sorbo a la cerveza y colocó con decisión el vaso sobre la mesa.

—¿Entonces a qué demonios estamos esperando?

La blanda sonrisa de Baird desapareció.

—¿Habla en serio?

EN NUESTRO TIEMPO

—*Capto una ondulación en el canal Hemingway.*

—*¿En los veinte otra vez?*

—*No, qué curioso, en los noventa. ¿Quieres localizarlo?*

—*Claro. Voy primero a la armería y...*

—*Mira, nada de baños de sangre esta vez. Resuelves un problema y comienzas diez más.*

—*No se pudo evitar. La América del siglo veinte no es como una merienda con té y pastas.*

—*Usa tu buen juicio. Ese Ransom...*

—*Manson. Bueno. Eso fue un error.*

UN CAMINO QUE NUNCA VERÉIS

Como muy bien sabía Sylvester Castlemaine, no se puede timar a un hombre honrado, pero claro, nunca está de más averiguar hasta dónde es honrado uno. John Baird rechazó su plan, con buen humor al principio, pero cuando Castle insistió, su negativa adquirió un tono sarcástico, tal vez un tinte de furia. Castle se echó atrás y cambió de tema, habló durante media hora de la pesca comercial en Key West, y luego dijo que tenía prisa. Al salir, metió su tarjeta de presentación en el bolsillo de la camisa de John (Sylvester Castlemaine, Consultor, decía).

John dejó el bar al cabo de poco tiempo, y caminó lentamente bajo el calor de la tarde. Se alegraba de no haber traído la bici; era agradable caminar a la sombra de los grandes árboles aromáticos, con una leve brisa del Golfo en el rostro.

Podría hacerse. Se podría. El problema se dividía en tres partes: escribir el fragmento de la novela, falsificar el manuscrito y concebir una historia creíble sobre cómo había descubierto el manuscrito.

La escritura sería lo más difícil. Hemingway es bastante fácil de parodiar. Una cuarta parte de la nota del examen final que ponía en Inglés 733 era escribir una página remedando a Hemingway, y algunos de sus estudiantes hacían un trabajo creíble. Pero la parodia era exactamente lo que no había que hacer.

Aquellos tres años de aprendizaje que los manuscritos perdidos representaban habían sido un periodo crucial en la evolución de Hemingway. Dos relatos sobrevivieron, y eran enloquecedoramente diferentes. «Mi viejo», que se había caído detrás de un cajón, era en sí un pastiche, que se leía como si fuera obra de Sherwood Anderson pero con un giro a lo O. Henry al final; muy diferente a la ruda calidad que distinguirían los relatos que compondrían la reputación de Hemingway. El otro, «Allá en Michigan», había sido enviado por correo en el momento de la pérdida. Era mucho más cercano al estilo definitivo de Hemingway, una descripción cruda y, para los baremos de la época, pornográfica, de la primera experiencia sexual de una mujer.

John repasó las notas de la libreta amarilla, un gesto automático, ya que podría haber recordado cualquier página con poco esfuerzo. Pero la vista de las palabras y el tacto del papel a veces le ayudaban a pensar.

Podría hacerse, por supuesto. Quizá sólo como ejercicio mental. No para enseñárselo a nadie. Desde luego, no para sacar tajada.

Naturalmente, no habría que utilizar «Mi viejo» como modelo; a nadie le importaría publicar un pastiche de un pastiche de Anderson, un autor injustamente olvidado ahora. Entonces, «Allá en Michigan». Y el primer relato que escribió después de la pérdida, «Fuera de temporada», también le vendría bien. Ése tenía mucha de la verdadera fuerza de Hemingway.

Por supuesto, no se enzarzaría en el fragmento de la novela, no como un simple ejercicio, con más de cien páginas...

Sin pensarlo, John se sumergió en un familiar estado de fuga mientras caminaba por el viejo barrio, con su extraña memoria haciéndose cargo mientras su cuerpo confiaba en el piloto automático. Así era como normalmente recordaba las páginas. Se transportó a la

Colección Hemingway de la Biblioteca JFK de Boston, el noviembre pasado, con la nieve arremolinándose ante los grandes ventanales que asomaban a la bahía, la habitación tan fría que llevaba puestos el abrigo y los guantes y podía ver su aliento. Normalmente no dejaban que uno llevara el abrigo puesto, temerosos de que pudiera arrancar una página de la colección de manuscritos, pero tuvieron que hacer una excepción porque la calefacción se había estropeado.

Repasaba la más que sobada fotocopia de la entrevista de Carlos Baker con Hadley, página 52: «La maleta robada, ¿una novela perdida?», preguntó Baker.

La cinta de la respuesta de Hadley apareció ante él, más clara que la resquebrajada acera que sus pies recorrían:

«Esa novela era un mazazo, sobre Nick, el norte de Michigan (caza, pesca, todo tipo de experiencias), material del estilo del *Gran río de Dos Corazones*, con más acción. Las experiencias con chicas estaban también bien hechas.» Un comentario enigmático, evidentemente con la letra de Hadley: «Las experiencias con chicas demasiado bien hechas.»

Eso era interesante. John no había pensado en eso, ya que se concentraba en los relatos cortos. ¿Demasiado bien hechas? Se había hablado mucho en los ochenta de la ambigüedad sexual de Hemingway —ambigüedad genérica, en realidad—; ¿podría haberse molestado Hadley, sesenta años después del hecho, al recordar alguna confidencia que Hemingway hubiera revelado al mundo en su novela, algo que las chicas supieran y los chicos no pudieran saber? ¿Charlas de almohada que fueran archivadas para una posterior explotación literaria?

Hemingway usaba su vida de esa forma. Un buen escritor lo recordaba todo y luego lo olvidaba cuando se ponía a escribir, y lo reinventaba para que la escritura fuera más real que la memoria. La experiencia era importante, pero la imaginación lo era más.

Tal vez yo sería mejor escritor, pensó John, si pudiera aprender a olvidar. Por enésima vez, ese día como todos los anteriores, lamentó no haber intentado tener éxito como escritor mientras aún gozaba de independencia económica. La enseñanza y la investigación le fascinaron cuando era más joven, las caras aficiones de un niño rico, pero ese mismo año fiscal señalaría también el final de los cheques mensuales de la pensión. Así que el salario de la Universidad de Boston dejaría de ser dinero extra, y tendría que emplearlo en pagar el alquiler y la alimentación en una ciudad que súbitamente sería cara para él.

Sí, la escritura sería lo difícil. Y falsificar el manuscrito no sería tampoco fácil. Cualquier experto tendría acceso a copias de miles de páginas mecanografiadas por Hemingway antes y después de la pérdida. ¿Se podría encontrar la máquina que utilizó Hemingway? Luego habría que duplicar su particular idiosincrasia al escribir... Un momento de reflexión colocó una muestra ante él, espacios antes y después de los puntos y comas...

Salió de su ensimismamiento cuando su pie derecho topó con el primer escalón de las escaleras traseras de su piso de alquiler. Saltó automáticamente el quinto peldaño, que estaba roto, y se puso a pensar en un vaso alto de té helado mientras abría la puerta.

—¡Escorpiones! —Gritó su esposa, a dos palmos de su cara.

—¿Qué?

—¡Tenemos escorpiones! —Lena lo agarró del brazo y lo arrastró hacia la cocina—. ¡Mira!

Señaló la claraboya de plástico opaco. Tres escorpiones, cada uno de quince centímetros de largo, proyectaban siluetas recortadas sobre el plástico lechoso. Uno se movía.

—Vaya.

—¿Vaya? —Ella adoptó una pose familiar, las manos sobre las caderas, y miró a las criaturas—. ¿Qué vamos a hacer?

—Podríamos ponerles nombre.

—John.

—No sé. —Abrió el frigorífico—. Llama al fumigador.

—Estuvo aquí ayer. Probablemente los hizo salir.

El se sirvió un vaso de té helado y le echó dos sobres de edulcorante artificial.

—Hablaré con Julio. Pero sabes que han estado por ahí todo el tiempo. No molestan a nadie.

—¡Me están molestando *a mi!*.

El sonrió.

—Vale. Hablaré con Julio. —Miró en el horno—. ¿Qué hay para cenar?

—Lo que tú quieras cocinar, cariño. Que me aspen si voy a quedarme aquí con tres artrópodos venenosos mirándome.

—Dispuestos a saltar—añadió John, y volvió a alzar la cabeza. Ahora sólo se veían dos, lo que le puso la carne de gallina.

—Julio no estaba en casa la primera vez que los vi. Hace una hora, más o menos.

—Iré a ver.

John bajó las escaleras. Julio, el casero, estaba en casa, pero no se dejó impresionar por el problema. Reconoció que probablemente era cosa del fumigador, le dijo que volverían a su escondite al cabo de un rato, y le dio a John un matamoscas.

John le dejó el matamoscas a Lena, le advirtió que no hiciera prisioneros, y caminó un par de manzanas hasta un restaurante chino. Trajo unas cuantas cajas de comida, se sentaron en el salón y manejaron los palillos en silencio, prestando atención al sonido de patas diminutas.

—Hoy he conocido a un timador. —John puso la tarjeta sobre la mesa, entre los dos.

—¿Consultor? —leyó Lena.

—Tenía un plan de locos para falsificar las historias perdidas.

Lena sabía más de los relatos perdidos que el noventa y ocho por ciento de las personas que se ganaban la vida con Hemingway. A John le gustaba hablar en voz alta.

—Ah, las historias —dijo ella, preparándose.

—La verdad es que no es mala idea, si robar está en tu naturaleza. —Se concentró un momento en el resbaladizo Moo Goo Gai Pan—. Habría millones de pavos en juego.

Él estaba inclinado sobre la caja. Ella miró su calva con fijación.

—¿Qué tenía exactamente en mente?

—La verdad es que no nos molestamos en pensar en ningún detalle. Habría que encontrar... —John adoptó la expresión levemente alelada que ella conocía tan bien: estaba leyendo una página de un libro situado a mil kilómetros de distancia—. Sí. Una Corona portátil de 1921, como la que Hadley le regaló antes de que se casaran. Encontrar papel viejo. Escribir las historias. Llevarlas a Sotheby's. Gastar dinero a espuestas durante el resto de tu vida. Es todo lo que hay que hacer.

—Te olvidas de la cárcel.

—Un simple detalle. Y también la redacción de las historias. Eso podría llevar semanas. Tal vez te podrían arrestar primero, escribir las historias en la cárcel, y venderlas al salir.

—Eres extraño, John.

—Bueno, no lo animé para nada.

—Tal vez tendrías que haberlo hecho. Unos pocos millones nos vendrían bien para el año que viene.

—Iremos tirando.

—«Iremos tirando.» Siempre dices lo mismo. ¿Cómo lo sabes? Nunca has tenido que «ir tirando».

—Vale, bien. No iremos tirando. —Acabó con el arroz frito—. No podremos pagar el alquiler y nos echarán a la calle. Viviremos en una caja de cartón sobre una reja de calefacción. Tendrás que vender tu cuerpo para mantenerme con vino barato. Pero seremos felices, querida. —La miró, sonriendo—. Pobres, pero felices.

—Pobretones. —Ella volvió a mirar la tarjeta—. *i* Cómo sabes que es un timador?

—No sé. Tipo de vendedor. Dice que se dedica a la pesca comercial ahora, pero no parece gustarle mucho.

—¿No dijo nada sobre, ya sabes, asuntos criminales que haya hecho en el pasado?

—No. Tengo la impresión de que no ha perdido mucho tiempo reflexionando sobre moral y ética. —John alzó la pluma Mont Blanc—. Estaba mirando esto antes de acercarse y presentarse. Creo que olió a dinero.

Lena soltó los dos palillos en la caja de arroz hervido a medio terminar y la tiró con decisión.

—Vamos a invitarle a que venga.

—Es un canalla, Lena. No te gustará.

—Nunca he conocido a un timador de verdad. Sería divertido.

Él miró la cocina a oscuras.

—¿Cocinarás algo?

Ella siguió su mirada, esperando encontrar monstruos.

—Si montas guardia.

EL ROMANTICISMO HA MUERTO (*subtítulo Y UN CUERNO*)

—Será un buen golpe —dijo Castle, limpiándose los restos de salsa de spaghetti con un pedazo de pan de ajo—. No como ese tipo de Howard Hughes, ni los cuadernos de Hitler.

—Ha estado investigando. —La voz de John sonaba un poco pastosa. Había comprado un litro de vino portugués, una botella envuelta en paja como el Chianti barato, aunque el vino no era tan bueno. Si se podían soportar el primer par de vasos, estaba bien. Hacía rato que a John le parecía bien.

—Sí, he ido a la biblioteca. Los tipos que hicieron los diarios de Hitler... demonios, nadie había visto jamás un diario de Hitler. Sólo estudiaron su letra en cartas y cosas así, y luego dictaron lo que hizo día tras día. Lo mismo que con el Howard Hughes, pero *eso* fue aún más fácil, porque la mayor parte del tiempo nadie sabía qué demonios estaba haciendo Howard Hughes. Siempre estaba encerrado en esa habitación.

—La falsificación de Hughes casi funcionó, que yo recuerde —dijo John—. Si el propio Hughes no hubiera roto su silencio...

—Hay que reconocer que hacen falta pelotas. Discúlpeme, Lena. —Ella agitó una mano y se echó a reír—. Intentar colar eso cuando Hughes estaba todavía vivo.

—¿Cómo la cagaron los tipos de Hitler? —preguntó ella.

—Lo curioso es a cuánta gente engañaron. Después, todo el mundo dijo que era una falsificación penosa. Pero puede usted apostar a que antes de que los periódicos ganaran millones de dólares con ellos, los mostraron a los mejores especialistas en Hitler que pudieron encontrar, y todos dijeron que eran reales.

—Porque querían que lo fueran —añadió Lena.

—Sí. Pero una de las páginas tenía un producto químico que no se utilizó en el papel antes de 1945. Fue una estupidez.

—La gente quería que las historias de Hemingway fueran reales —le susurró Lena a John, suavemente.

La mirada de John permaneció fija en el centro de la mesa, donde unos pocos spaghetti secos y fríos asomaban en un cuenco de plástico.

—No sería honrado.

—Eso está claro —repuso Castle alegremente—. Pero tampoco sería exactamente un robo a mano armada.

—Un empleo burdo y equivocado de intelectual... intelectual...

—Ya es hora de que te vayas a la cama, John —dijo Lena—. Nosotros recogeremos.

John asintió, se levantó de la mesa y se dirigió pesadamente al dormitorio.

Lena no dijo nada hasta que oyó crujir los muelles del colchón.

—No siempre es así—dijo en voz baja.

—Sí. No se le ve centrado.

—Ha sido un año duro para él. —Lena volvió a llenar su vaso—. Y para mí también. Dinero.

—Lástima.

—Bueno, sabíamos que sucedería. ¿Le ha hablado de la herencia?

Castle se inclinó hacia delante.

—No.

—Nació bastante bien situado. Su familia tenía fábricas textiles en New Hampshire. Los abuelos de John murieron en un accidente de coche en los años cuarenta y la familia vendió las fábricas... en un buen momento, además. No valdrían mucho hoy.

»En los sesenta murieron los padres de John, mientras él estaba en la universidad. Los abogados dispusieron un fondo de pensiones que parecía que le mantendría eternamente. Pero a él no le interesaba el dinero. Incluso se enroló en el ejército, para ver cómo era.

—Caramba.

—Después, le dio por llevar una pancarta y manifestarse contra la guerra... ya sabe, Vietnam.

»Luego acabó su doctorado y empezó a enseñar. La pensión debía de ser unas cincuenta veces su salario cuando empezó. Todavía era diez veces superior hace diez años.

—Vaya por Dios. —Castle hacía cálculos mentales aritméticos y algebraicos con variables como Porsches y yates.

—Pero dejó que sus hermanas se encargaran de todo. Les permitió reinvertir el capital.

—¿No fueron demasiado agudas?

—¡Fueron idiotas! Cogieron acciones sólidas y libres de impuestos, demasiado «aburridas» para ellas, y se las jugaron invirtiendo en tonterías. —Hizo una mueca—. Finalmente tuve que hacer que John fuera a Chicago y volviera con lo que quedaba de su dinero. No era mucho.

—Pero no están arruinados.

—Casi. Hay suficientes ingresos para pagar el seguro, y al final tendremos que contratar a un asesor fiscal. Pero los pagos en metálico se acabarán dentro de dos meses. Tendremos que vivir del salario de John, y supongo que yo también tendré que buscar un empleo.

—Lo que tendría que hacer es buscar una máquina de escribir.

Lena se rió y se echó hacia atrás en su asiento.

—Eso sería interesante.

—¿Cree que él podría hacerlo? Quiero decir si sería capaz.

—Es un buen escritor. —Lena parecía pensativa—. Ha publicado algunos relatos en revistas literarias. Las que pagan con cuatro o cinco ejemplares.

—Buen negocio.

Ella se encogió de hombros.

—A la larga, compensa. Pero no sé si poder escribir un buen relato significa que John podría escribir una buena imitación de Hemingway.

—Pero sabe bastante, ¿no?

—Tal vez sepa demasiado. Podría quedar paralizado por su propio baremo. —Sacudió la cabeza—.

En cierto modo, es un absoluto pirado por Hemingway. Obsesionado, quiero decir. No es bueno para él.

—Tal vez escribir ese material lo arranque de su sistema.

Ella le sonrió.

—Tiene usted más ángulos que un cartabón.

—Lo siento, no pretendía...

—No. —Ella alzó ambas manos—. No se preocupe, me gusta. Me cae usted bien, Castle. John es un buen hombre, pero a veces es demasiado bueno.

Él sirvió más vino.

—Nadie me ha acusado jamás de eso.

—Sospecho que no. —Lena hizo una pausa—. ¿Ha tenido alguna vez problemas con la policía? Es sólo curiosidad.

—¿Porqué?

—Por curiosidad.

Él se echó a reír.

—Cosas de poca monta, cuando era un crío. Ya sabe, por ver si puedes salirte con la tuya. —Se puso serio—. Luego me tragué dos meses por algo que no hice. Ni siquiera estaba en la ciudad cuando sucedió.

—¿Qué fue?

—Robo a mano armada. ¡Luego el tipo volvió y atracó la misma tienda! Fue todo un detalle. Confesó el primer robo, y me dejaron marchar.

—¿Por qué le acusaron en primer lugar?

—Creo que alguien me la tenía jurada. Como el empleado que me identificó. —Sorbió un poco de vino—. Pero demonios, fue sólo mala suerte. Y unos polis idiotas. El tipo tenía aproximadamente mi estatura, el mismo color de pelo, los dos vivíamos en el mismo barrio. Los polis no quisieron perder mucho tiempo en el tema. Y me metieron en la cárcel, sin más.

—¿Así que tiene antecedentes penales?

—No, no. Una chica de la ACLU se encargó de que los borrarán. Quería que les demandara, por falso arresto y error judicial. Yo sólo quería salir de la ciudad.

—¿No fue aquí?

—No. Dayton, Ohio. Llevo aquí ocho o nueve años.

—Eso está bien.

—¿Por qué el tercer grado?

Ella se inclinó hacia delante y le palmeó el dorso de la mano.

—Considérello una entrevista de trabajo, Castle. Tengo la sensación de que tal vez trabajaremos juntos.

—Muy bien. —Él le dirigió una lenta sonrisa—. ¿Hay algo más que quiera saber?

EL DOCTOR Y LA ESPOSA DEL DOCTOR

A la mañana siguiente, John entró en la cocina, ignoró la cafetera y sacó del frigorífico una botella verde de cerveza. Miró la claraboya. Cuatro escorpiones; ninguno se movía. Tendría que llamar al fumigador.

Resaca de vino tinto, la peor de todas. Era demasiado viejo para esto. Resaca de vino tinto barato. Se sentó en un sillón y sirvió con cuidado la cerveza en su vaso. No hagas demasiado ruido, por favor.

Cuando bebes demasiado, tienes que tomar un par de aspirinas, y vitaminas, y toda el agua que puedas, antes de retirarte. Si bebes demasiado, por supuesto, no te acuerdas de hacerlo.

La ducha se apagó con un grave chasquido de tuberías. John dio un respingo y tomó un largo sorbo, lo que ayudó un poco. Cuando oyó abrirse la puerta del cuarto de baño, le pidió a Lena que trajese las aspirinas al salir.

Unos minutos después, ella se las entregó.

—¿Cómo está hoy el doctor Baird?

—El doctor Baird necesita a un doctor. O a un enterrador. —Sacó dos aspirinas y las tragó con lo que quedaba de cerveza—. Me gusta tu traje.

Ella sólo llevaba una toalla en la cabeza. Sonrió tontamente y asumió una pose de bailarina y dio una vuelta.

—¿Crees que se llevará?

—Oh, claro.

A los treinta y cinco años, ella todavía conservaba la esbelta figura de modelo que había llamado su atención en clase, quince años antes. Un ligero bronceado uniforme cubría todo su cuerpo, gracias al generoso uso de bronceador y a la azotea privada de su casa-privada a excepción del helicóptero que se acercaba todos los días a la una y cuarto. Ella siempre intentaba estar allí a tiempo para saludarlo. El piloto tenía unos dientes muy blancos, y ella se preguntaba cuánta gente tomando el sol habría en su ruta.

Soltó la toalla y se frotó vigorosamente el pelo rubio.

—Pensé que debería refrescarme unos minutos antes de vestirme. Demasiado vino, ¿eh?

—¿No se notó en mi chispeante partida anoche? —Él se echó hacia atrás, con los ojos cerrados, e hizo rodar el frío cristal de la botella por su frente.

—¿Quieres otra cerveza?

—Sí. Aunque sería mejor café.

—Es de anoche.

—Justo castigo a mis pecados. —Él la observó entrar en la cocina y, más que nunca, sintió la diferencia en sus edades. Diecisiete años; él le sacaba un tercio de edad. Un hombre joven mandarían al diablo la resaca, agarraría a aquella criatura lujuriosa y se la llevaría a la cama. Sin embargo, el órgano que respondió a su meditación fue su estómago, y respondió con mucha fuerza.

—Y unas tostadas también. ¿O te apetece otra cosa?

—Las tostadas estarán bien.

¿Por qué era tan amable? Normalmente, si él bebía demasiado, recogía tempestades por la mañana.

—Ugh. —Ella vio los escorpiones—. Ahora son cinco.

—Me pregunto cuántos soportará antes de venirse abajo. Escorpiones por todas partes, aturdidos. Y luego furiosos.

—Seguro que el fumigador sabe cómo deshacerse de ellos.

—En África dicen que si enciendes un anillo de fuego alrededor de ellos, con gasolina o un fluido más ligero, se vuelven locos y se pican a sí mismos en el frenesí. Tal vez el fumigador pueda hacer eso.

—Castle y yo elaboramos un plan anoche. Es un poco retorcido, pero podría funcionar.

—Leí una cosa así en un libro llamado *Jungle Ways*. Tenía ocho años y me creí hasta la última palabra.

—Diseñamos un plan para que sea legal. ¿Me estás escuchando?

—Aja. Pon azúcar de verdad y leche.

Ella sirvió un poco de leche en una taza y puso en marcha el microondas.

—Tal vez deberíamos hablar de eso más tarde.

—Oh, no. La falsificación de Hemingway. Imaginasteis una forma de hacerlo legal. Adelante. Soy todo oídos.

—Verás, primero le dices al editor qué es, que tú lo escribiste y que lo escribiste a máquina para que pareciera auténtico.

—Claro, habrá un mercado enorme para eso.

—De hecho, podría haberlo. Habría que crearlo, pero podría suceder. —Las tostadas saltaron, y ella las cogió, junto con dos tazas de café, y lo llevó todo al salón en una bandeja—. Verás, el manuscrito falso es sólo parte de un libro.

—No lo capto. —Él partió la tostada, para mojarla en el fuerte café cubano.

—El resto del libro está en la naturaleza de una exégesis de tu propio texto.

—Si ese timador sabe lo que es una exégesis, yo sé forzar una caja fuerte.

—Esa idea fue mía. En realidad estás escribiendo un libro *sobre* Hemingway. Usas tu propio texto para ilustrar varios puntos... «Lo escribí así en vez de así porque...»

—Sería diferente —concedió él—. Tal vez el segundo trabajo más egoísta sobre Hemingway de la historia. Una dudosa distinción.

—Podrías escribirlo con segundas. Podría ser realmente divertido, además de intelectual.

—Dios, tendríamos que pedir que nos quitaran el número de teléfono de la guía... por los editores llamándonos día y noche. Productores de cine. Podría vender diez ejemplares... si yo comprara nueve.

—No lo entiendes, John. No tienes ni una mota de ladrón en tu corazón.

Él se llevó una mano al pecho y bajó la cabeza.

—Ventrículos, aurículas. Mi amor eterno por ti, un poco de acidez. Ninguna mota.

—Verás, si le dices la verdad al editor... el editor no tiene por qué decir la verdad. No hasta el día de la publicación.

—Vale. Sigo sin entenderlo.

Ella dio un bocadito a la tostada.

—Sería así. Imprimen el Hemingway falso en unas cuantas copias falsas. *Top secret*.

—Mi exégesis sale a la luz descuidadamente.

—Ahí está. Las envían a unos cuantos estudiosos seleccionados, junto con fotocopias de las páginas del manuscrito. Sólo les dicen: «¿Le parece auténtico? Por favor, manténgalo en secreto, por razones obvias.» Luego se sientan a esperar respuesta.

—Ya veo qué respuesta recibirán de Scott o Mike o Jack, por ejemplo. Alguna variante de «¿Qué clase de idiota cree que soy?»

—¡No se enviaría a ese tipo de gente, atontado! Se envía a gente que creen que son expertos, pero no lo son. Castle dice que es así como casi funcionó lo de Hitler... sabían que

no tenían que enviarlo a historiadores de verdad. Se lo enseñaron a unas cuantas personas y no citaron a los que pensaron que era una falsificación. Seguro que podrías hacer una lista de personas a las que sería fácil engañar.

—Cualquier experto podría. Sería una lista diferente para cada uno; yo estaría en algunas de ellas.

—Así que lo publican el Día de los Inocentes. Te dan la portada del *New York Times Book Review*. El *Publishers Weekly* publica un artículo. Todo el mundo quiere estar en la broma. Lista de bestsellers, allá vamos.

—Sí, claro, pero no lo has pensado todo. —Él se echó hacia atrás, colocando la taza de café en precario equilibrio sobre su barriga levemente abultada—. ¿Qué hay de los tipos que nos envían sus respuestas, esos expertos de segunda fila? Les va a sentar bastante mal.

—Ya hemos pensado en eso. No podrían demandarnos de ningún modo, no si la carta que acompaña las galeradas está escrita con cuidado. Ni tiene que decir...

—No me refiero a que nos demanden. Me refiero a que no quiero ser responsable de interferir en las carreras de otras personas... tal vez incluso de arruinarlas, si esa persona fue demasiado extravagante en su respuesta y hay gente que pueda usarlo contra él. Ya conoces la política de los departamentos. La gente recibe la patada por crímenes menos serios que quedar como un gilipollas junto con la institución a la que representan.

Ella soltó su taza con un golpecito.

—Siempre estás pensando en los demás. ¿Por qué no piensas en ti mismo para variar? —Estaba al borde de las lágrimas—. Piensa en nosotros.

—Muy bien, pensemos. ¿Qué crees que le pasaría a mi carrera en la Universidad de Boston si jodiera a la gente equivocada con este ejercicio? ¿Cuánto tiempo crees que me falta para que me hagan profesor titular? ¿Crees que la Universidad nombraría profesor titular a un hombre que usa su especialidad para gastar bromas pesadas?

—Hazme el favor de pensarlo. Tranquilízate y sopesa los pros y los contras. Si lo hicieras con el matiz adecuado, a tu departamento le encantaría... y ¡Dios!, Harry quiere quitarse de encima la jefatura del departamento con tantas ganas que se la entregaría a su verdugo. Sabes que te ascenderán treinta segundos antes de que Harry te entregue las llaves del despacho y salga corriendo.

—Cierto. —Él terminó el café y se levantó en medio de un lento chasquido—. Lo pensaré... horizontalmente. —Se volvió hacia el dormitorio.

—¿Quieres compañía?

Él la miró un instante.

—Claro.

EN AQUELLOS DÍAS NO ERA EXTRAÑO LLAMAR A UN HOMBRE HIJO DE PUTA

Castle no era un hombre inclinado a la modestia, y mientras esperaba a que John y Lena aparecieran por el Sloopy Joe, se encontraba feliz, sin ser consciente en lo más mínimo de que incluso a estas alturas del juego le habían quitado la pelota de las manos. Se le había ocurrido a él, pero no estaba al mando.

Estudiaba las amarillentas fotos de periódico de Hemingway que había en la pared situada tras él: Hemingway con un gran pez; Hemingway con un león muerto; Hemingway con aspecto intrépido en varias guerras. Siempre le había parecido que el tipo era una especie de fanfarrón, un verdadero relaciones públicas de sí mismo, pero debía de haber hecho algunas cosas muy peligrosas de verdad.

—¿Estudiando? —Lena se sentó frente a él; John la seguía con tres cervezas.

—Era un tipo muy valiente, supongo.

—«No temo a nada» —citó John, y repartió las cervezas—. Eso es lo que dijo cuando era un bebé. No obstante, algunos sostienen que era un cobarde de corazón, y que se enfrentaba a los toros y cosas así para demostrarse a sí mismo una y otra vez que no lo era.

—Parece un poco exagerado. ¿Lo cree?

—No lo sé. ¿Cómo puede saberlo nadie? Era un hombre complicado; haces una generalización sobre él y siempre aparece alguien con pruebas sobre lo contrario. Lo que espero que sea cierto es que la idea de enfrentarse a un toro o recibir una lluvia de balas le asustaba de muerte, pero continuaba y lo hacía de todas formas.

—Eso lo haría más interesante.

—Supongo. Héroes idiotas... Cada dos por tres en Vietnam te encontrabas con un tipo que carecía de la habilidad para visualizar su propia muerte. Siempre hacía todo tipo de audacias. Tal vez sobrevivía. Pero no era valentía; sólo falta de imaginación.

—¿Alguna nueva idea sobre nuestro pequeño proyecto? —preguntó Lena a Castle.

—Comprobé en la Casa de Hemingway, y nada de nada. Vi dos máquinas allí, pero ninguna Corona de 1921.

—Me temo que eso sería demasiado fácil —dijo John—. E improbable también, ya que había pasado | por dos esposas y varios libros para cuando llegó aquí. A Pauline probablemente no le habría hecho gracia tenerlo allí sentado todo el día acariciando las teclas de un regalo de amor de Hadley.

—¿Entonces dónde cree que puede estar?

John se encogió de hombros.

—Conociendo a Hemingway, puede que perdiera los nervios y la arrojara por una ventana en París. Tal vez contra alguien.

—Espera —dijo Lena—. ¿Escribió el primer libro con ella, el primero de verdad, *Fiesta*?

John adquirió aquella expresión alelada.

—Sí. Los tipos de letra encajan.

—Bueno, fue un número uno en ventas; se hizo muy famoso después de ése. Seguro que fue lo bastante listo para no tirársela a nadie cuando compró una máquina nueva; encontraría a algún coleccionista que le pagara una buena suma por ella.

—Claro que sí—dijo Castle—. Y probablemente acabaría en algún museo. Para descontarla de los impuestos.

—No lo sé. Los americanos no estaban entonces tan obsesionados por la gente famosa, no rebuscaban en su basura y cosas por el estilo. Puede que la tirara de verdad, o que se la regalara a otro escritor después de comprar una nueva. Podía ser así de generoso.

—Bueno, ¿por qué no visitamos todos esos sitios que mencionamos en Montana y Boston y todo eso? Preguntamos si tienen la máquina de escribir, y si no, dónde podría estar.

—No me parece bien —dijo Lena—. El año que viene aparece este misterioso manuscrito nuevo...

—Va a hacer falta más de un año —dijo John—. Alguien podría darse cuenta si yo no apareciera por clase.

—Bueno, no importa el tiempo. El caso es que no podemos atrevernos a ser demasiado específicos ni demasiado insistentes. No queremos que nadie pueda sumar dos y dos.

—¿Qué hay de ese sitio en Boston? Probablemente tienen una lista de dónde está almacenada toda la basura de Hemingway.

—Memorabilia. Puede que la tengan.

—Hablaba de ir a visitarlo de todas formas. Tal vez sea el momento.

—Tal vez —dijo Lena—. Podrías estar haciendo todos los análisis de formatos y estilos y en mitad de una investigación auténtica decir: «Por cierto, ¿anda todavía por ahí la máquina de escribir?»

—Habrà que esperar a que pase el calor.

—Nunca has estado en Boston en verano. Pueden freír las habichuelas en la acera.

—Mi madre hace tiempo que quiere venir. La verdad es que me está pinchando; sabes que le gusta Florida.

—Hmm. Es una idea. Podría decir hola y adiós y subir al avión. —A John le resultaba difícil estar en la misma habitación con la mujer durante más de una hora.

—Sería perfecto. Diré que tienes que estar fuera de la ciudad, así que tendremos una cama extra... ¿durante cuánto?

—Una semana, dos. Que sean dos semanas. Volveré en tren. —A John no le importaba volar, pero le encantaban los trenes, lo que quedaba de ellos.

Castle se echó hacia atrás.

—Sí, yo también podría ser útil durante un par de semanas. Como le decía a Lena, soy bastante bueno con las máquinas y esas cosas. Por si no encontramos esa máquina o, como usted dice, ese loco hijo de puta se la tiró a alguien, yo podría conseguir un par de máquinas viejas y desmontarlas. Tarde o temprano encontraremos la Corona de 1921 de alguien y podré toquetearla hasta que escriba igual que la auténtica.

—Excelente. Tal vez podría encontrar una en Miami; si no, yo lo intentaré en Boston. Probablemente se pueda aprender mucho de cualquier máquina de escribir de segunda mano.

—Yo debería practicar también con una —dijo Lena—. No he usado más que ordenadores desde que dejé el instituto.

—Cuando haya que teclear el manuscrito, será frustrante. Un error y habrá que empezar la página de nuevo... aunque unas cuantas palabras equivocadas estarán bien. Pero habrá que seguir su extraña forma de puntuar.

—No tendrás ninguna muestra, claro.

—Por supuesto que no. ¿Por qué saturar mis archivos cuando mi mente es ya un caos sin esperanza? Pero hay una página manuscrita de «Allá en Michigan» tras la página

cincuenta y siete de *El primer Hemingway: Un análisis estilístico*, de Berenson. Junto al sofá. Ésa es la máquina de escribir adecuada y el período concreto. Te enviaré desde Boston copias de toda la historia y algunas cartas y otros datos.

Castle terminó su cerveza y depositó el vaso sobre la mesa.

—Voy a decirles una cosa. Iré a Miami mañana y empezaré a buscar. Tal vez pueda encontrar una máquina antigua que tenga aún su manual de reparaciones.

—Eso estaría bien—dijo John—. Tal vez yo pueda localizar una en Boston.

Lena alzó su vaso para hacer un brindis.

—Empecemos mañana.

Hicieron sonar los vasos.

—Tal vez pueda marcharme de la ciudad antes de que llegue tu madre.

EN NUESTRO TIEMPO

—¿Ya has vuelto?

—Necesito encontrar un meta-causal. Nuestro tipo parece estar generando la bandera de peligro en varias líneas temporales. John Baird, que es un intelectual en algunas de ellas, soldado en otras, y rico playboy en unas cuantas. Pero siempre es un chiflado de Hemingway. Hace algo que inicia las ondulaciones en el 95, 96, 97, dependiendo de en qué línea temporal estés... pero no puedo acercarme a ello. Hay algo extraño en él, y no tiene que ver con Hemingway específicamente.

—¿Pero está causando definitivamente la perturbación?

—Tiene que ser él.

—Muy bien. Encuentra un meta-causal que tenga en común todas las líneas de destino, y olvida las otras. Luego ve a hablar con él.

—Habrà resonancia...

—¿Y a quién le importa? Muere después del 2006.

—Es verdad. Entonces, me encargaré de todas las líneas de destino a la vez: neutralizaré el meta-causal, luego saltaré adelante y haré algunas comprobaciones.

—Bien, y nada de muertes esta vez.

—Comprendo. Pero...

—Estás demasiado cerca del 2006. Mata a la persona equivocada y todo el asunto podría desatarse.

—Bueno, hay diferencias de opinión. La verdad es que lo sentiríamos si el mundo no se acabara en esas líneas.

—Como dices, diferencias de opinión. La mía es que será mejor que no mates a nadie o te enviaré a patrullar el siglo catorce otra vez.

—Comprendido. Pero no puedo garantizar que pueda neutralizar el meta-causal sin eliminar a John Baird.

—Siglo catorce. A algunos les encanta. Otros piensan que fue desagradable, brutal e interminable.

OBRA EN PROGRESO

Harry Abramson se sorprendió al ver a John Baird entrar por la puerta de su despacho.

—¿Hace demasiado calor en Florida?

—Es peor aquí —dijo John, estrechando su mano—. Tuve que venir para consultar la Biblioteca JFK un par de días.

—¿Esa colección de Hemingway? —Indicó una silla.

—Exacto. —John se sentó pesadamente—. Intento terminar un trabajo a tiempo para el siguiente congreso en Nairobi.

—Escogéis los lugares más extraños.

John asintió.

—También quería hablar contigo sobre, ejem, un asunto de ética. Práctica y teórica.

El otro hombre vaciló.

—Soy una autoridad en eso, por supuesto, faltaba más. ¿De qué se trata?

—Es una locura. —John miró su reloj—. ¿Tienes planes para almorzar?

Abramson se encogió de hombros.

—En el comedor.

—Déjame salvarte de eso.

—Magnífico.

Abramson pulsó un intercomunicador y la secretaria confirmó que estaba libre.

—Menos mal que hay una persona con dinero en el departamento.

Durante dos meses más, pensó John, pero no lo dijo.

Se dirigieron a un nuevo restaurante italiano que había junto a la librería. John pidió ensalada de pasta fría y explicó el plan a grandes rasgos, dejando fuera a Castle.

A Abramson le hizo gracia.

—Comprendo tu problema. En algunos círculos, parecerá que tu principal motivación fuera preparar una trampa para que tus colegas hagan el ridículo.

—Eso es lo que le dije a Lena. Parecería que está hecho con muy mala leche.

—No sé. —Abramson cortó con cuidado el último trozo de ternera—. Intento pensar cómo me sentiría si me sucediera a mí. Un editor me envía unas galeradas de una obra desconocida de Hawthorne, o de Poe, pongamos por caso, junto con un par de páginas manuscritas... sería una falsificación más difícil, te advierto, y por tanto más convincente, ya que habría que duplicar la letra arcaica del autor con un instrumento arcaico... pero supongamos que fuera un buen pastiche y yo me lo tragara.

»Y con el tiempo sale publicado, con la admisión de que es un engaño, y allá en todas las contraportadas está el profesor Harry Abramson de la Universidad de Boston, diciendo: "Un descubrimiento sorprendente y un añadido incalculable al canon de Poe."

Hizo una pausa, mientras golpeaba el tenedor contra su plato, reflexionando.

—Supongo que dependería de lo que pensarán los demás. Si otras personas cuyo juicio yo respetara hubieran sido engañadas también, podría vivir con ello, e incluso divertirme. Pero si yo apareciera solo en la solapa del libro, ridiculizado... Estaría dispuesto a cometer un asesinato.

—Buena observación. Sería un error ser demasiado selectivos... Espera. —Se echó a reír—. Podríamos incluso hacer que las respuestas fueran una extensión de la broma. Citar

también a varias personas que no fueran engañadas.

—¡No, no, no! —Abramson se cubrió los ojos con una mano y se rió—. No eres lo bastante insidioso, John. Supongamos que tenemos esa falsificación de Poe y allá aparezco yo en la contraportada diciendo que es lo mejor desde *El hundimiento de la casa Usher*, y a mi lado está Paul Funderburk de Yale diciendo que sólo un idiota se dejaría engañar por eso. Estarías pidiendo cartas bomba. —Sacudió la cabeza—. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

—Oh, chico. Mi segundo año en el instituto-pongamos veinticinco o veintiséis años como mínimo.

—Eso es. Y eres la última persona en el mundo que creo capaz de hacer esto. ¿Qué es, menopausia masculina?

—Sólo un ataque de imaginación. Sin embargo, quiero que comprendas mi problema. No quiero herir a nadie. Pero sería un ejercicio inútil si no demostrara que los profesionales pueden ser engañados.

Abramson asintió.

—Bueno, si alguien puede llevarlo adelante y salir ileso, ése eres tú..La mayoría de la gente a quien le importaría saben que estás en este asunto puramente por amor. No vas a hacerte una fortuna pisoteando las reputaciones de la gente. Tu atroz sentido del humor es además bastante conocido.

El camarero llegó y recogió los platos.

—Tal vez haya una forma de quitarle peso. Inténtalo desde este ángulo. Recoge todos esos comentarios como si fueran de verdad. Pero un par de semanas antes de que entren en prensa, vuelve a toda esa gente y diles cuál es la situación real. Pregúntales si les importa continuar con la broma; muéstrales una copia del resto del texto. En la introducción, dales las gracias por ser buenos tipos. Mucha gente seguirá adelante... no todos, y probablemente no los que habrían hecho las declaraciones más dramáticas, pero tu espalda estaría protegida. Éticamente hablando.

—¡Vaya! Gracias, Harry. Eso es exactamente lo que haré.

—Pero no has hecho la siguiente pregunta. Haz siempre la siguiente pregunta.

—¿Cuáles?

—Plantéatelo así: con ética o sin ética, ¿qué le hará este libro a mi carrera? La respuesta es que probablemente te hundirá como una piedra. Ese tipo hipotético que escribió el Poe hipotético se encontraría dando clase en el primer curso de un instituto de mala muerte en un Estado del que nunca ha oído hablar. —Se echó hacia atrás en su asiento—. A mí no me importaría, pero no soy yo el encargado de tu promoción.

—No sé, Harry. Los expertos en Hemingway son gente curiosa. Podrían sentirse inclinados a olvidar la broma y criticar el libro según su contenido real.

Harry sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Tú conoces a tu gente. Pero podrían sorprenderte.

Eso fue lo último que dijeron sobre el asunto. Mientras tomaban café discutieron sobre las clases del próximo semestre y los defectos de algunos profesores que no estaban presentes. Por supuesto, Harry mantendría la boca cerrada: obviamente, se sentía halagado de que John le hubiera demostrado tanta confianza.

Cuando Harry volvió a su despacho, John se dirigió a la parada de autobuses, para visitar la Colección Hemingway, pero luego se dio la vuelta. Para cuando hubiera hecho dos trasbordos y llegado a la JFK, sólo quedarían un par de horas antes de que la Colección cerrara; sería mejor relajarse y empezar descansado al día siguiente.

Sumido en sus pensamientos, cruzó la atestada autovía y bajó por el paseo que serpenteaba a lo largo del río Charles. Hacemos cosas por motivos oscuros, reflexionó. La motivación real para hablar con Harry era imposibilitarle hacer lo que Castle (y posiblemente

Lena) querían que hiciera: olvidar el amistoso engaño académico e intentar colocar la falsificación en el mercado como si fuera real. Eso sería imposible ahora.

Aunque le sucediera algo, pensó con un delicioso escalofrío. Si la vida fuera una película de televisión, Castle y Lena planearían deshacerse de él en cuanto hubiera terminado el pastiche... No, necesitarían su ayuda para hacer que la falsificación fuera también convincente.

Pero no para ponerla en el mercado. Podrían llevarla a cualquier tratante de libros raros... o incluso directamente a Sotheby's. «Mire lo que he encontrado en la caja fuerte de mi difunto esposo. No me extraña que se portara de un modo tan misterioso desde su último viaje a París...»

Muy exagerado. Pero al menos con Castle podría materializarse algún tipo de chantaje. Así que tendría que mantener en secreto la reunión con Harry durante algún tiempo.

El agua era demasiado hermosa para ignorarla. Regresó a su apartamento y se puso unos vaqueros, luego alquiló una Sunfish y navegó durante un par de horas en el amplio remanso entre el MIT y el Museo de Ciencias. Fue relajante y agotador; ignoró los dos mil ciento treinta y seis restaurantes de Boston y cenó a base de latas y se quedó dormido delante del televisor.

UN SITIO LIMPIO Y BIEN ILUMINADO

La mayor parte de la investigación que compone un estudio literario tiene lugar en sitios neutrales o desagradables. Viejos montones en las bibliotecas, desvanes metafóricos y literales; polvo y lepismas, papel amarillento y tinta ajada. Libros y cartas que aparecen en las tarjetas de los archivos pero no en los estantes.

Los investigadores de Hemingway tienen un refugio en las afueras de Boston, la Colección Hemingway de la Biblioteca John F. Kennedy de la Universidad de Massachusetts. Es una sala triangular con una pared dominada por un ventanal que asoma a la bahía de Boston y al mar. Cómodos sillones rodean una mesa de café, pero John nunca los había visto utilizar; mesas de trabajo bajo el ventanal proporcionaban un espacio realista al teclear de los ordenadores. Las pieles de los animales que Hemingway había despachado en África se alzaban rugientes en el suelo, y una pared estaba dominada por recuerdos y fotografías suyas. Sin embargo, lo que convertía a la sala en el nirvana eran las hileras de cajas que contenían millares de páginas fotocopiadas de la correspondencia, los manuscritos, los recortes de Hemingway... todo, desde una lista de la compra juvenil a versiones sin corregir de todos sus relatos, poemas y novelas.

A John le gustaba llegar temprano para poder solicitar uno de los tres ordenadores. Lo conectó, insertó un CD y tecleó su número de código. Luego pidió el índice de la base de datos y empezó a buscar.

Los temas más solicitados aparecían en la pantalla si se pedían (cada vez que alguien solicitaba una copia física de un artículo, una copia electrónica se introducía automáticamente en la base de datos), pero la mayoría de las cosas que John necesitaba eran oscuras, y tuvo que dirigirse a los archivadores y hojearlos físicamente, igual que un pobre estudioso que hubiera vivido durante las nueve primeras décimas partes del siglo veinte.

El tiempo desapareció para él mientras abandonaba sus notas y seguía las líneas del instinto, saltando de cartas y manuscritos a notas y entrevistas, haciendo lo que en esencia era lo contrario del trabajo del erudito, que normalmente intentaría averiguar de qué trataban aquellas historias. John, en cambio, intentaba localizar cada referencia que pudiera restringir lo que él mismo pudiera escribir, simulando los relatos.

La restricción más grande fue la que primero había recordado, al marcharse del bar donde conoció a Castle. La respuesta de un párrafo que Hadley le había dado a Carlos Baker sobre la novela inconclusa; que era una historia de Nick Adams referida a la caza y la pesca en Michigan. John no sabía nada de caza, y casi todas sus experiencias de pesca se reducían a observar una plomada y esperar que no se hundiera y rompiera la cadena de sus pensamientos.

Estaba el único relato que Hemingway había dejado inédito, «Chicos y chicas juntos», en su mayor parte una torpe autoparodia. Cubría el período y las actividades adecuadas, pero usarlo como fuente sería un asunto peligroso, como andar de puntillas sobre un campo de minas. Todos los que buscaran una falsificación irían allí directamente. Por supuesto, John podía ir a los bosques de Michigan y acampar, ver las cosas por sí mismo y tratar de recrearlas al estilo Hemingway. Más tarde. Lo primero era asegurarse de que no había nada en esta enorme colección que torpedeara todo el proyecto, alguna postal donde Hemingway dijera: «Te va a gustar esta novela porque tiene una gran escena donde se limpia el pescado.»

Los relatos cortos quedarían menos restringidos en lo relativo a su temática; según

Hemingway, trataban de la adolescencia en Oak Park y Michigan y los campos de batalla de Italia.

Eso le hizo detenerse y pensar. La única experiencia dramática que compartía con Hemingway era el combate... cincuenta años más tarde, cierto, en Vietnam, pero las situaciones básicas no podían haber cambiado mucho. Terror, heroísmo, cobardía. Las metralletas y granadas eran un poco más estilizadas, pero producían el mismo efecto en la gente. Tal vez haría una historia sobre la Primera Guerra Mundial como ejercicio de estilo, para ver si podía ser lo bastante realista para intentar un pastiche más largo sobre la adolescencia en Michigan.

Dejó una nota para sí mismo en el ordenador, lo bastante oblicua para no comprometerle a nada, y siguió la agotadora tarea de revisar la correspondencia de Hadley, intentando encontrar alguna otra referencia a la novela perdida... ¡Maldición!

En una carta a la madre de Ernest, Hadley decía que «el taxista rompió su máquina de escribir»... ¿La mandó reparar o simplemente la tiró? Una rápida comprobación mostró que, en efecto, el tipo de letra de sus manuscritos cambiaba a partir de julio de 1924. Así que nunca podrían encontrarla. Había máquinas de escribir en los museos de Hemingway en Key West, La Habana, Billings, Schruns; el plan inicial era descubrir cuál era la vieja Corona, y luego localizar una idéntica y hacer que Castle la trucara.

Tendrían que utilizar el plan B. Castle había dicho que era bueno con las cosas mecánicas y pensaba que si encontraban una Corona de 1921 podría manipular las teclas para que produjeran un manuscrito convincente... bajar un pelo la s, elevar la e, y cosas así. John no sabía cómo podía estar tan seguro de su éxito sin haber visto jamás el interior de una máquina de escribir. Ni tenía mucha confianza.

Pero no tendría que ser una simulación perfecta, ya que no iban a engañar al mundo entero, sino a unos pocos críticos que sólo verían dos o tres páginas foto-copiadas. Probablemente él podría hacer un trabajo bastante veraz. John apartó el tema de su mente y continuó con la próxima carta.

Pero era una extraña coincidencia que pensara en Castle en ese instante, ya que Castle pensaba en él. O al menos preguntaba por él.

EL ADVENEDIZO

—¿Cómo era de más joven?

—Nunca fue más joven. —Ella se echó a reír y giró dentro del compás de sus brazos, para mirarlo—. Más joven que tú, quiero decir. Tenía treinta y tantos años cuando nos conocimos. Tú no puedes tener más de veinticinco.

Él le besó la punta de la nariz.

—Cumpliré treinta este año. Pero a veces me riñen y todo.

—Yo soy un año mayor que tú. Así que tienes que hacer todo lo que te diga.

—Muy bien. —El había comprobado su cartera cuando ella entró en el cuarto de baño para colocarse el diafragma, y sabía que tenía treinta y cinco—. ¿Saco ya los látigos y cadenas?

—No hasta la semana que viene. Hazlo despacio. —Ella se apartó y se frotó la frente con la sábana—. Eres bueno haciéndolo despacio.

—Me gusta que me pidan que regrese.

—¿Qué te parece esta noche y mañana por la mañana?

—Si me alimentas con montones de vitaminas. ¿Cuánto tiempo crees que estará en Boston?

—Tiene un billete de tren para el miércoles. Pero dijo que podría quedarse más tiempo si se topaba con algo.

Castle se echó a reír.

—O con alguien. ¿Crees que puede tener una chica allí? ¿Alguna estudiante como tú?

—Eso sería gracioso. Supongo que no es imposible. —Se cubrió los ojos con el dorso de la mano—. La esposa es siempre la última en enterarse.

Los dos se rieron.

—Pero no lo creo. Es un tipo dulce, pero no es sexy de verdad. Creo que sus estudiantes lo ven como una especie de tío preferido.

—Tú te enamoraste de él.

—Aja. Tenía todas sus virtudes actuales más una cabeza llena de pelo, no tenía barriga... ¿y qué me olvido?

—¿Estaba dotado como un elefante?

—No, supongo que fueron los millones de dólares. Eso puede ser bastante sexy.

VAGABUNDEOS

Era buena cosa que a John le gustara deambular por barrios oscuros haciendo compras; no se podía entrar en ningún viejo K Mart y pedir una Corona portátil de 1921. De hecho, no se podía entrar en una tienda de máquinas de escribir de Boston y encontrar una... en ninguna de ellas. Hoy en día todas vendían procesadores de texto integrados, y había unas pocas viejas máquinas eléctricas llenas de polvo en la trastienda. Unas cuantas tenían bonitas máquinas manuales de Italia o de Suiza; habían pasado casi treinta años desde que los fabricantes americanos no hacían una máquina que escribiera sin ayuda electrónica.

Tuvo un poco más de suerte con las tiendas de empeños: montones de Smith-Corona, unas cuantas L.C. Smith, y dos Corona que podían haber sido lo bastante viejas. Una tenía los tipos demasiado grandes y a la otra, aunque sus tipos eran iguales a la de Hemingway, le faltaban un par de letras: «El rido zorro mrrón corr ló 1 erro erezoso.» El desafío de escribir una novela de Hemingway convincente sin usar las letras *a* y *p* parecía intimidador. Compró la máquina de todas formas, pensando que podrían conseguir dos o tres rotas que pudieran fundir en una máquina digna.

El viejo empleado comprobó su compra, le dio el cambio y cerró de golpe el cajón de la registradora.

—Verá, no me parece que sea usted el tipo de hombre capaz de jugársela a alguien que... —Se encogió de hombros—. Bueno, que le vendió algo y de repente recordó que había un sitio con montones de cosas iguales.

—Por supuesto que no. El negocio es el negocio.

—No conozco el nombre del tipo ni de su tienda; creo que él la considera un museo. Allá en Brunswick, Maine. Tiene un millar de máquinas de escribir viejas. Compra, vende, cambia. Ése es el único sitio que conozco donde podría usted encontrar una de esas cosas con los como-se-llame perdidos.

—Tipos. —John se colocó la máquina bajo el brazo (no tenía asas) y estrechó la mano del viejo—. Muchas gracias. Tal vez me ahorre semanas.

Con cierta dificultad, John hizo un paquete con el material y envió la máquina a Key West, junto con fotocopias de una docena de páginas mecanografiadas de Hemingway y una nota en la que sugería a Castle lo que podía hacer. Luego se dirigió a la biblioteca y encontró una guía de teléfonos de Brunswick. Bajo el epígrafe *Máquinas de oficina y suplementos* aparecía el Museo y Emporio Comercial de Crazy Tom. John alquiló un coche y se dirigió al norte.

Cuando llegó, ya era de noche. Pasó de largo ante la tienda de Crazy Tom y se detuvo en el primer motel. Tenía un cartel de neón que decía VACANTE, pero tuvo que despertar de un sueño profundo al encargado. El hombre anotó el número de la tarjeta de crédito de John y lo dirigió a la habitación 14, y enseguida encendió el COMPLETO del letrero. Sólo había otros dos coches en el aparcamiento del motel.

John durmió hasta tarde y se convidó a un desayuno completo «de camioneros» en el restaurante local: dos costillas de cerdo y huevos con patatas. Luego rebajó diez calorías caminando hasta la tienda.

Crazy Tom era más joven de lo que John esperaba, de unos treinta y tantos años, con una despeinada maraña de pelo negro. Una máquina de escribir yacía boca arriba en una

inmaculada mesa de trabajo, pero la mayor parte del lugar estaba decididamente sucio. Miles de cáscaras de cacahuets ensuciaban el suelo. Crazy Tom los comía compulsivamente en un gran cuenco de madera. Cuando vio a John en la puerta, le ofreció algunos.

—Sin sal —dijo—. Son buenos para la salud.

John avanzó sobre la alfombra de cacahuets. La única luz del lugar era la bombilla pelada que colgaba sobre la mesa de trabajo, aunque había dos lámparas halógenas, sin encender, a cada lado. Los estantes de las paredes estaban cubiertos del suelo al techo con cientos de máquinas de escribir, la mayoría negras.

—Déjeme adivinar —dijo el hombre mientras John cogía un puñado de cacahuets—. Viene buscando una máquina de escribir.

—Una en concreto. Una Corona portátil de 1921.

—Ah. —Crazy Tom cerró los ojos y reflexionó—. Hemingway. La primera. O supongo que la primera después de que empezara a escribir. Si hubiera sido una Corona del 27, sería de Faulkner.

—¿Se la piden mucho?

—Un par de veces al año. La gente oye hablar de este lugar y viene a ver si puede encontrar una como la que utilizaba el maestro, sea quien sea para ellos. Magia identificativa y todo eso. Pero usted no es escritor.

—He publicado algunas historias.

—Sí, pero se le ve demasiado cómodo. Hace otra cosa. Se dedica a enseñar. —Miró alrededor en la oscuridad—. Corona, Corona. —Entonces se puso a cantar las seis sílabas al son de «Corrina Corrina». Dio unos cuantos pasos en la oscuridad y regresó con una máquina pequeña que depositó sobre la mesa—. Es posterior a 1920, por la forma en que está escrito *Corona* aquí. Anterior a 1927, por la forma del teclado. —Encontró un papel y una silla—. Vamos, pruébela.

John tecleó unas cuantas palabras rápidas. El tipo era idéntico al de la máquina que Hadley había regalado a Hemingway antes de casarse. Los desplazamientos arriba y abajo de las letras eran diferentes, por supuesto, pero Castle podría arreglarlo en cuanto practicara con la máquina de repuesto.

John abrió un cacahuete.

—¿Cuánto?

—¿Para qué la necesita?

—¿Por qué es tan importante?

—Es la única que tengo. Prefiero alquilarla en vez de venderla. —No parecía que estuviera mintiendo para subir el precio—. Mil si la compra, cien al mes si la alquila.

—Pues le diré lo que haremos. La compro, y si no me trae suerte, usted accede a comprarla. Mis mil dólares menos el diez por ciento por mes.

Crazy Tom extendió la mano.

—Tomemos una cerveza para celebrarlo.

—¿No es un poco temprano para eso?

—No si come cacahuets toda la mañana. —Sacó dos Budweiser de cuello largo de una nevera y las colocó sobre servilletas de papel encima de la mesa—. ¿Qué clase de material escribe?

—Historias cortas y algo de poesía. —La cerveza le supo bien después del desayuno pesado y grasiento—. Nada que haya visto a menos que lea revistas como *Iowa Review* y *Triquarterly*.

—Oh, sí. Separatas de Gertrude Stein y H. R. Tal vez haya leído algo suyo.

—John Baird.

Él sacudió la cabeza.

—Tal vez. No soy bueno con los nombres.

—Si reconociera mi nombre por *Iowa Review*, sería la primera persona que lo habría hecho.

—¿Acerté en la conexión Hemingway?

—Claro.

—Pero no escribe como Hemingway para ningún *Iowa Review*. Frases explicativas cortas, verdaderamente esto verdaderamente lo otro.

—No, acertó también en lo de la enseñanza. Doy clases sobre Hemingway en la Universidad de Boston.

—¿Entonces para qué la máquina de escribir? ¿Para jugar a muestra-y-enseña con sus alumnos?

—Eso también. Principalmente quiero escribir con ella y ver cómo se siente uno.

En la parte trasera de la tienda, una tercera persona escuchaba la conversación con gran interés. No era realmente una persona, aunque lo parecía: nunca había nacido y nunca moriría. Pero en realidad no existía, no en la forma corriente en que lo hacemos usted y yo. En cierto sentido, hacía *más* que existir, ya que podía deambular entre lugares para los que usted y yo ni siquiera tenemos palabras.

Llevaba una vara que podía calibrarse para producir ataques al corazón, colapsos o cáncer metastásico por un extremo; el otro extremo inducía una especie de afasia. No podía utilizarla a menos que se materializase. Se acercó a los dos hombres, sin producir ningún ruido al pisar las cáscaras de cacahuetes porque pesaba menos que un pensamiento. Estudió el rostro de John Baird desde menos de un palmo de distancia.

—Supongo que es una cosa mística, aunque me siento incómodo con esa palabra. Es por ver si puedo entrar en la estructura de su mente.

—Es curioso —dijo Crazy Tom—. Nunca me lo imagino mecanografiando sus historias. Siempre estaba sentado en algún café escribiendo en cuadernos, apilando platos.

—¿Ha leído mucho sobre él?

Ése sería otro motivo para no intentar la falsificación. Este tipo podía salir del taller y decir: «Vendí a John Baird una Corona portátil de 1921.»

—Demonios, todo lo que hago es leer. Si tengo dos clientes al día, uno es una equivocación y el otro sólo quiere direcciones. He leído todas las obras de ficción de Hemingway y la mayor parte de los artículos periodísticos, y toda la poesía, creo. No sólo el período *Querschnitt*; el material más interesante.

El hombre invisible se sorprendió. Obviamente, John Baird planeaba alguna especie de falsificación de Hemingway. Pero entonces debería sentirse preocupado por la peligrosa experiencia de este hombre. En cambio, irradiaba alivio.

¿Qué curso de acción, inacción? Podía retroceder unas cuantas horas en el tiempo y robar esta máquina de escribir, aunque tendría que materializarse para ello y eso levantaría sospechas. Y Baird podría encontrar otra. Podía matar a uno de ellos, o a ambos, ahora o la semana pasada o la siguiente, pero eso significaría más que nunca servir en el siglo catorce. Cuando uno existe fuera del tiempo, un siglo desagradable es lo bastante largo para dar tiempo a que se formen y mueran planetas.

No habría sido arrastrado a esta reunión si no existiera un fuerte nexo causal. Debía de haber otros anteriores, ya que John Baird no se había dirigido sin más a una calle secundaria en ese pueblecito para cambiar la historia al comprar una máquina de escribir. Pero los anteriores debían de ser demasiado débiles, o algo los enmascaraba.

Tal vez éste era un buen lugar temporal para coger a John Baird a solas y explicarle cosas. Y luego usar el bastón con él. Pero no, no hasta que supiera exactamente lo que pretendía. Con un considerable esfuerzo de voluntad y un gasto de algo parecido a energía, congeló el tiempo en ese instante y viajó hasta un par de cientos de realidades adyacentes que estaban todas en ese mismo manojito de líneas temporales condenadas.

En la mayoría de ellas, Baird estaba en el Museo de Máquinas de Escribir y Emporio Comercial de Crazy Tom. En otras, estaba en un sitio similar en Nueva York. En dos, había vuelto a la Colección Hemingway. En una, John Baird no existía: todo el planeta era ceniza arrasada y sin vida. Él conocía esa línea temporal; fue una especie de ensayo.

—Hacía las dos cosas —decía John entonces en la mayoría de las líneas temporales—. A veces las mecanografiaba, a veces usaba pluma o lápiz. He visto el borrador de su primera novela. Escrita en siete cuadernos de escolar franceses. —Miró alrededor, haciendo funcionar la memoria. Una mentirijilla no haría daño. Nunca se había encontrado con ninguna referencia a otra máquina de escribir de Hemingway, pero tal vez este tipo lo había hecho—. ¿Sabe qué tipo de máquina utilizaba en Key West o La Habana?

Crazy Tom se frotó la barbilla.

—No. Tráigame un ejemplo del tipo de letra y tal vez pueda identificarla. Y mantendré los ojos alerta... ¿Tiene una tarjeta?

John sacó una tarjeta de visita y su talonario de cheques.

—¿Acepta un cheque de un banco de Boston?

—Claro. Aceptaría uno de un banco de Tierra del Fuego. ¿Quién timaría por una máquina de escribir de setenta años?

Sylvester Castlemaine, pensó John.

—Hace casi veinte años que tengo este negocio —continuó Tom—. Ni un solo cheque devuelto, ni una tarjeta falsa.

—Sí —dijo John—. ¿Para qué querría un ladrón una vieja máquina de escribir?

El hombre invisible se echó a reír y se marchó.

HISTORIA BANAL

Queridos Lena & Castle:

Escribo esto en la máquina nueva/vieja para daros una idea de lo que hay que modificar para imitar la de EH:

abcdefghijklmnopqrstuvwxyz

ABCDEFGHIJKLMNPOQRSTUVWXYZ

234567890,./ "\$%_'() *?

Otras cosas mecánicas que hay que hacer: 1. Papel: Una cosa que hizo sospechar a la gente en la falsificación de Hitler es que los expertos saben que el papel viejo huele a viejo. Y por supuesto tuvieron aquel fatal error de la composición química que lo estropeó todo.

Como ya comentamos, mi primera idea fue que uno de nosotros tendría que ir a París y husmear en viejos desvanes y cosas así, intentando encontrar bien una resma de papel de 75 años o un viejo libro en blanco del que pudiéramos arrancar las páginas. Pero en la colección de la Biblioteca JFK he descubierto que EH se llevó consigo papel hecho en América. Gran parte de . los borradores de en nuestro tiempo, escrito en París un año o dos después de nuestro «descubrimiento», fue escrito en el dorso de papel stationery de 6x7" del lugar de vacaciones de sus padres en Windemere, del que adjunto fotocopia. Debe de ser bastante fácil de duplicar con una prensa manual, y por supuesto siempre será mucho más fácil encontrar papel americano de hace 75 años. Una complicación, por desgracia, es que no he llegado a ver el papel: sólo una fotocopia de las páginas. Tengo que idear algún pretexto para visitar el sótano o hacer que me suban una página, para así poder comprobar el color de la tinta, memorizar el peso y textura del papel, ver cómo están cortados los bordes. . .

Empiezo a hablar como un falsificador de verdad. A lo hecho, pecho, supongo. Alguno de los críticos a los que enviemos el fragmento podría querer ver el documento real, y compararlo con las páginas Windemere existentes.

2. Tintas. No debería ser un problema. Aquí hay una fórmula para tinta de cinta de máquina de un libro de fórmulas comerciales de 1918:

240 g de pigmento de carbón

120 g de goma arábiga

1 cuarto de alcoholes metilados

Esto último es alcohol de madera. Los otros deben de poder encontrarse en Miami si no los encontráis en la Roca.

Envejecer la tinta en el papel se hace un poco más difícil. No he podido encontrar nada al respecto en las bibliotecas de por aquí; no existe ningún libro FALSIFIQUE PARA DIVERTIRSE Y GANAR PASTA. Tal vez lo compruebe en Nueva York antes de regresar.

(Si no encuentro nada, sugiero hornearlo durante unos pocos días a temperatura lo bastante baja para no afectar demasiado el papel, y luego intercalarlo con hojas en blanco de papel viejo y prensarlos juntos durante unos pocos días, para restaurar el olor a viejo, y así absorber los solventes residuales de tinta.)

He acariciado la idea de dejar que el manuscrito se enmohezca un poco, pero podría escapársenos de las manos y destruir una parte, o emplear un tipo de moho que no hable francés, por lo que sé. Una vez más, pienso como un verdadero falsificador, lo que podría ser una pérdida de tiempo y esfuerzo, pero he de admitir que es divertido. Jugar a policías y ladrones a mi edad.

Bueno, llamaré esta noche. Te echo de menos, Lena.

Tu socio en el delito,

John.

UN GESTO DIVINO

Cuando John regresó a su casa de Boston, había un mensaje en su contestador automático.

—John, soy Nelson van Nuys. Harry me dijo que estabas en la ciudad. He dejado algo para ti en tu buzón del despacho y te sugiero que lo cojas antes de que se lo lleve alguien. Estaré fuera de la ciudad durante una semana, pero llámame si estás aquí el viernes que viene. Puedes llevarnos a Doris y a mí a cenar a Panache.

Panache era el restaurante más caro de Cambridge. Interesante. John comprobó su reloj. No había pensado ir al despacho, pero tenía tiempo de sobra mientras iba de camino a devolver el coche alquilado. El tren no salía hasta dentro de cuatro horas.

Van Nuys era un colega experto en Hemingway y a veces compañero de bebida que enseñaba en Brown. ¿Qué le había hecho recorrer cincuenta millas para entregarlo en persona, en vez de por correo? Probablemente estaba en la ciudad y había aprovechado el viaje, nada más. Pero merecía la pena comprobarlo.

En la oficina sólo estaba la secretaria, pues era la hora del almuerzo, por lo que John se sintió aliviado.

En su buzón había tres memorándums interdepartamentales, un catálogo de libros de texto y una caja de cartón marrón que sonó cuando la alzó. Se la llevó a su despacho y cerró la puerta.

El despacho le hizo sentirse un poco cansado, como de costumbre. Se preguntó si obligarían a todo el mundo a mudarse otra vez este año. Al departamento le gustaba mantener a sus profesores en forma haciéndolos acarrear toneladas de libros y archivos por todos los pasillos cada par de años.

Echó un vistazo a los memorándums y los tiró, pues eran irrelevantes ya que no impartía clases en verano, y metió el catálogo en su maletín. Luego abrió con cuidado la caja de cartón.

Era una botella de Jack Daniel's de media pinta, pero no contenía bourbon, sino un líquido verdoso. John desenroscó el tapón y con el fuerte aroma del Pernod llegó el recuerdo: Van Nuys y él habían pasado media tarde en París un año atrás, intentando localizar una fuente de absenta real. Así que por fin había encontrado un poco.

Absenta. El néctar de los dioses, la ruina de varias generaciones de artistas franceses, estudiantes, trabajadores... prohibida en 1915 por sus cualidades adictivas y alucinógenas. ¿Dónde la había encontrado Van Nuys? Volvió a colocar el tapón y guardó la botella en la caja, que metió en su maleta. Si su efecto era de verdad tan poderoso, no querría conducir bajo su influencia, aunque con el tráfico de Boston, naturalmente, un pequeño vaivén y unas cuantas colisiones leves pasarían desapercibidas.

Cuando estuviera a salvo en el tren, probaría un trago o dos. No podía ser tan potente. Hijo de los sesenta, John había probado LSD, psilocibina, éxtasis y peyote, y recordaba con plena precisión cada alucinación provocada por las drogas. Los efectos de la absenta no serían tan extremos como los de sus sucesores modernos. Pero probablemente lo mejor era probarla primero en un lugar donde la inconsciencia o las imitaciones de Steve Alien o el hecho de ponerse a decir chorradas pasara desapercibido.

Devolvió el coche alquilado y cogió un taxi hasta la Estación Sur para no tener que ir por el metro haciendo juegos malabares con la maleta, el maletín y la máquina de escribir.

Una vez allí, se entretuvo con una cerveza durante una hora en que los Yankees masacraron a los Red Sox, y luego tomó un carrito para llevar su carga hasta la vía 3, donde un sonriente mozo lo instaló a bordo del *Silver Meteor*, cuyo trayecto acababa de ampliarse de Boston a Miami.

A John le encantaban los trenes desde su infancia en Washington. Su madre odiaba volar y por eso a menudo viajaban en tren de un sitio a otro en medio de la comodidad bien dispuesta de los compartimientos de primera clase. La memoria eidética estropeó su disfrute de la moderna versión Amtrak. Este compartimiento era tan grande como los que había frecuentado, leyendo y haciendo rompecabezas, cuarenta años antes, pero el olor a buen cuero viejo había desaparecido, reemplazado por el del plástico, y los accesorios que antes eran de bronce bruñido eran ahora de acero cromado. En mitad del asiento de plástico rojo había una bolsa de cortesía, una caja de plástico envuelta en plástico que contenía una indestructible porción de queso, una pequeña botella de plástico de vino californiano barato, un vaso de plástico y una manzana, posiblemente no de plástico.

John colgó su chaqueta y su corbata en el pequeño armario situado junto a la cama plegable, y durante unos minutos observó con interés a sus compañeros pasajeros y sus acompañantes mientras corrían o caminaban lentamente hacia sus vagones. La mayoría eran gente madura, por supuesto. John esperaba que hubiera suficientes jóvenes para mantener los trenes con vida unas cuantas décadas más.

—¡Señor Baird! —John se volvió hacia un mozo negro, que hizo una leve inclinación y le dirigió una cegadora sonrisa de blanco y oro—. Me llamo George y estaré a su servicio hasta Atlanta. ¿Todo está a su satisfacción?

—Me las apaña. Pero si pudiera encontrarme un vaso de cristal y un par de cubitos de hielo podría mencionarle en mi testamento.

—Un minuto, señor.

De hecho, tardó bastante menos. John tuvo que admitir que ése era un aspecto que había mejorado en los últimos años: el servicio de Amtrak en los años sesenta y setenta estaba a la par de los de Alcatraz y el Hanoi Hilton.

Cerró con llave la puerta del compartimiento y sirvió con cuidado dos dedos de absenta en el vaso. Como el Pernod, se volvió lechosa al contacto con el hielo.

Agitó el vaso e inspiró profundamente. Oía igual que el Pernod, pero con un tono acre debido probablemente al aceite de ajeno. Un sorbo experimental: el ajeno no dominaba el sabor a regaliz, pero estaba allí.

—Gracias, Nelson —susurró, y se lo bebió todo de un feroz trago. Soltó el vaso y el tren empezó a moverse. Durante un extraño instante pareció que alucinaba, pero siempre era así cuando el tren arrancaba suave y silenciosamente.

Durante unos diez minutos no sintió nada fuera de lo común, mientras el tren hacía su lenta ruta por las zonas menos atractivas de Boston. El revisor que comprobó su billete parecía un ser humano normal, lo que podría haber sido una alucinación.

John sabía que algunas drogas, como el nitrato de amilo, golpeaban con un rápido bofetón, mientras que otras se infiltraban en la mente como cuidadosos gusanos. Era lo que hacía la absenta; lo único que sintió fue un leve zumbido alcohólico, y estaba a punto de tomar otro sorbo cuando empezó sutilmente.

Había *cosas* en la periferia de su visión, cosas extrañas, con sustancia pero de algún modo sin forma, que por supuesto desaparecían cuando volvía la cabeza para mirarlas. Al mismo tiempo, un susurro comenzó en sus oídos, apenas audible por encima del ruido del tren, pero no inteligible, como si fuera en un idioma que hubiera escuchado antes, pero no comprendido. Por algún motivo los efectos eran agradables, aunque por supuesto podían ser aterradores si no se esperaba algo raro. Disfrutó de las ilusiones durante unos minutos, mientras el paisaje exterior se convertía en suburbios boscosos, y las visiones y las voces

desaparecieron de repente.

Se sirvió otros dos dedos y esta vez diluyó la absenta con agua. Recordó a la mujer triste de «Montañas como elefantes blancos» lamentando que todo lo nuevo sabía a regaliz, y se permitió preguntarse qué bebía Hemingway cuando escribió aquella curiosa historia.

Riéndose de su propia... ¿qué?, ¿temeridad?, John sacó la Corona de 1921, introdujo una hoja de papel en ella y se la colocó sobre las rodillas. Ya había pensado antes en las dos primeras líneas del pastiche sobre la Primera Guerra Mundial; las escribió y siguió tecleando:

La tierra de los lados de las trincheras nunca estaba completamente seca por la mañana. Si Nick podía encontrar un periódico viejo se lo colocaba entre el pecho y la tierra cuando salía a asomarse a la trinchera y esperaba a que amaneciera. La primera luz era el mejor momento. Si tenías suerte veías el cañón destellar. Pero la paciencia era mejor que la suerte. Esperaba ver un casco o una cabeza sin casco.

Nick miraba las líneas enemigas a través de ; una caja rectangular de madera que asomaba por la pared de la trinchera a ras del suelo. El otro extremo de la caja estaba cubierto de una lona del color de la tierra. Una persona que mirara directamente podría ver el cañón destellar cuando Nick disparara a través de la caja. Pero con suerte el destello sería lo último que viera.

Nick había disparado seis veces a través de la lona, matando quizás a tres enemigos, y la lona tenía ahora un agujero irregular en el centro.

Muy bien, pensó John, podría ver algo mejor a través del agujero en el centro, pero mirar de esa forma reduciría el campo de visión efectiva, así que deliberadamente intentaría mirar a un lado u otro. ¿Cómo expresar eso de una forma sencilla? Alguien se aclaró la garganta.

John alzó la cabeza. Sentado frente a él estaba Ernest Hemingway, el Hemingway ajado y sabio de la famosa fotografía de Karsh.

—Me temo que no debes hacer eso —dijo Hemingway.

John contempló el vaso medio lleno de absenta y volvió a mirar. Hemingway seguía allí. —Jesús —dijo.

—No es la absenta. —La imagen de Hemingway onduló y se convirtió en el guapo adolescente que había partido a la guerra, la guerra de la que John estaba escribiendo—. Soy bastante real. En cierto modo, soy más real que tú.

Mientras hablaba, envejeció: el guapo Hemingway bigotudo de los años veinte; el héroe de los medios de comunicación, levemente corpulento y aún magnético de los treinta y cuarenta; la barba se volvió blanca, los rasgos duros y tristes, y luego se retorcieron de impotencia y locura, y finalmente un súbito estampido y el cráneo explotó, sangre y sesos salpicando el revestimiento de caoba de la pared. La luz hizo chispear trozos de cráneo. Había un fuerte olor a cordita y sangre. El cadáver casi sin cabeza se encogió de hombros y extendió las manos, una de las cuales sostenía una escopeta humeante.

—Puedo adquirir el aspecto que quiera. —El estropicio desapareció y volvió a ser el joven Hemingway. La escopeta se convirtió en un extraño bastón, medio blanco y medio negro.

John se derrumbó y se lo quedó mirando.

—Esa cosa que has comenzado nunca debe ser finalizada. Ese pastiche de Hemingway.

Estropeará algo muy importante.

—¿Qué podría arruinar? Ni siquiera estoy planeando...

—Tus planes son inmateriales. Si continúas con este proyecto, afectará profundamente el futuro.

—¿Eres del futuro?

—Soy del futuro y del pasado y de otras temporalidades que no puedes comprender. Pero todo lo que necesitas saber es que no debes escribir esa historia de Hemingway. Si lo haces, yo o alguien como yo tendrá que matarte.

Hizo girar el bastón y golpeó la rodilla de John con el extremo blanco. Hubo un leve tintineo.

—Ahora no podrás hablarle a nadie de mí, ni escribir nada sobre mí. Si intentas hablar de mí, el recuerdo desaparecerá... y reaparecerá momentos después, junto con el conocimiento de que te mataré si no cooperas. —Se convirtió de nuevo en el cadáver ensangrentado—, ¿Comprendido?

—Por supuesto.

—Si te portas bien, nunca tendrás que volver a verme. —Empezó a desvanecerse.

—Espera. ¿Qué aspecto tienes de verdad?

—Éste...

Durante unos segundos John contempló una presencia de ébano más oscura que el negro, con puntos y bordes, superficies, volúmenes y atisbos de otras dimensiones.

—En realidad no puedes verme ni comprenderme —susurró una voz dentro de su cabeza. John extendió la mano hacia la negrura y la retiró, helada y aturdida. La cosa desapareció.

Se metió la mano bajo el sobaco y, tras unos segundos, volvió a sentir. Esa última aparición era la inquietante. Había memorizado el aspecto de Hemingway desde todos los ángulos, y a menudo había visto mentalmente el cadáver. Era posible que una droga hubiera conjurado todas aquellas imágenes y forjado esta fantástica aparición... que podría en realidad no ser más que el lado razonable de su naturaleza intentando impedirle que perdiera el tiempo en este proyecto azaroso y sin escrúpulos.

Pero esa cosa. La mano volvió a la normalidad. Tal vez una droga podría hacer eso, hacer que sintiera la mano helada. El LSD hacía cosas más profundas. Pero no mientras discutías sobre un manuscrito.

Observó lo que quedaba de la absenta. Tal vez podría tomar otro trago y ver si el viejo Ernie regresaba. O no... había una forma más sencilla de comprobarlo.

El bar estaba cuatro bamboleantes vagones más allá, y abrirse camino dando tumbos de un lado a otro ayudó a John a serenarse un poco. Cuando llegó allí, sintió otro retortijón de recuerdos del pasado. Mesas de fórmica manchadas. No había servicio; había que acercarse a la barra del bar que estaba al otro extremo. Humo acre de cigarrillos. Recordó los manteles de tela y las interminables botellas de Coca-Cola con nombres de ciudades de todas partes estampadas al pie y, cuando su padre venía con ellos, el rico humo de sus habanos. Los gruesos Churchill de Punch con los que acabó el enfisema poco antes de que Castro pudiera hacerlo.

—Una Coca-Cola, por favor. —Se preguntó qué le deprimía más, la lata roja o el vaso de plástico con cubos de hielo en miniatura.

La prueba. No era propio de su naturaleza hablar con desconocidos en lugares públicos. Pero esto era necesario. Había un hombre sentado solo que parecía aproximadamente de la edad de John, una especie de hippie rebotado con gafitas de alambre tipo John Lennon, pelo blanco hasta los hombros y barba gris hirsuta. Asintió cuando John se sentó frente a él, pero no dijo nada. Bebía cerveza y contemplaba abstraído el crepúsculo.

—Discúlpeme —dijo John—, pero hay una cosa extraña que quisiera preguntarle. El

hombre le miró.

—No me importan las cosas extrañas. Pero, por favor, no intente venderme nada ilegal.

—No se me ocurriría. Puede que tenga algo que ver con una droga, pero de una que yo he tomado. —Tiene un aspecto raro. *¿Está viajando?* —No lo parece. Pero he estado... bebiendo algo. —Se echó hacia atrás y se frotó los ojos—. Acabo de hablar con Ernest Hemingway. —*¿El escritor?* —En mi compartimiento, sí. —Uau. Debe de ser bastante viejo. —*¿Está muerto!* Hace más de treinta años. —Oh, vaya. Ahora sí que es algo raro. *¿Qué dijo?* —*¿Sabe lo que es un pastiche?* —*¿Una pasta francesa?*

—No, es cuando copias... cuando creas una imitación de la escritura de otra persona. La de Hemingway, en este caso.

—*¿Es eso legal?* Quiero decir, con él muerto y todo eso.

—Claro que sí, mientras no intentes hacerlo pasar como material auténtico de Hemingway.

—*¿Y qué pasó?* *¿Quería ayudarlo?*

—En realidad no... Dijo que sería mejor que lo dejara.

—Entonces será mejor que lo deje. No juegue con fantasmas. —Señaló el viejo brazalete de bronce que John llevaba en la muñeca—. Estuvo en el 'Nam.

—En el sesenta y ocho —respondió John—. Hue.

—Entonces debe de saber de fantasmas. No se juega con los fantasmas.

—Sí. —Lo que había creído distanciamiento en los ojos del hombre, en el rictus de su boca, era soledad, algo ligeramente distinto—. *¿Está bien?*

—Oh, sí. No lo estuve durante una temporada, luego me recuperé. —Volvió a mirar por la ventanilla, y dijo algo extrañamente como Hemingway—: Aprendí a aceptar un día cada vez. El día en el que estás es el único que es real. El pasado es mierda y el futuro, joder, algún día tu futuro será que no tienes futuro. Así que al carajo, *¿sabe?* Un día cada vez.

John asintió.

—*¿En qué unidad estuvo?*

—Como dije, amigo, el pasado es una mierda. *¿No se ofende?*

—No, está bien. —Vertió el resto de la Coca-Cola sobre el hielo y se levantó para marcharse.

—Será mejor que hable con alguien sobre esos fantasmas. Alguna especie de psiquiatra, *¿sabe?* No es que no sean reales. Pero tiene que aprender a tratar con ellos.

—Gracias. Lo haré.

John le pidió más hielo al camarero y se abrió camino por el temblequeante pasillo hasta su compartimiento, intentando no derramar la bebida mientras conjugaba al mismo tiempo fantasía, realidad, pasado, presente, memoria...

Abrió la puerta y Hemingway estaba allí, bebiendo su absenta. Le miró con verdadera malicia. —*¿Voy a tener que matarte?* Lo que John hizo a continuación habría sorprendido a Castlemaine, que pensaba que era un cobardica. Cerró la puerta del compartimiento y se sentó frente a la aparición.

—Tal vez puedas matarme y tal vez no. —No te preocupes. Puedo. —Dijiste que no podría hablar a nadie sobre ti. Pero acabo de ir al bar y lo he hecho. —Lo sé. Por eso he vuelto.

—Si uno de tus poderes no funciona, tal vez otro tampoco. En cualquier caso, si me matas nunca averiguarás qué fue mal.

—Muy astuto, pero no funciona. Hemingway acabó la absenta y luego pasó un dedo por el borde del cristal, que volvió a llenarse de la nada.

—Haces suposiciones sobre causalidad que son necesariamente ingenuas, porque no puedes percibir la mitad de las dimensiones que habitas.

—Sin embargo, no me has matado todavía.

—Y suposiciones sobre mi «psicología» que son absurdas. No soy más humano que tú, paramecio.

—Aceptaré eso. Pero haría un trato con un paramecio si pensara que pudiera sacar alguna ventaja.

—¿Qué podrías tener que ofrecer?

—Sé algo sobre mí mismo que tú, obviamente, desconoces, y eso me permite superar tu restricción para no hablar. Saber eso podría valer mucho para ti.

—Tal vez algo.

—Lo que me gustaría a cambio, por supuesto, es mi vida, y una explicación de por qué no debo hacer el pastiche de Hemingway. Entonces no lo haría.

—Tampoco lo harías si te matara.

John sorbió su Coca-Cola y esperó.

—Muy bien. Es más o menos así. No hay sólo un universo, sino incontables, miles de millones. Todos son más o menos del mismo tamaño y complejidad que éste, y todos se extienden en un millón de direcciones distintas, y es un trabajo infernal mantener las cosas en su sitio.

—¿Lo haces tú solo? ¿Eres Dios?

—No soy el único. De hecho, carecería de significado asignarnos un número, pero supongo que podríamos decir que en conjunto somos Dios... y el Diablo, y el Marionetista Cósmico, y la Gran Teoría de la Unificación, la Gran Calabaza y todo lo demás. Cuando nos consideramos a nosotros mismos un grupo, déjame ver, supongo que una traducción humana de nuestro nombre podría ser el Consejo de Ajuste Espacio-Temporal.

—¿Puñalada?*

—No tiene gracia. De todas formas, lo que hacemos es más el trabajo de un escalpelo que el de un cuchillo. —El Hemingway se rascó la nariz, dejando la absenta suspendida en mitad del aire—. Se supone que los hechos suceden de ciertas formas, en ciertas secuencias. Miras las cosas que pasan y dices causa-y-efecto, o coincidencia, o vaya, eso no podría haber pasado ni en un millón de años... pero no tienes ni siquiera una pista. Ni se te ocurra pensar al respecto. Es como una hormiga intentando comprender la Teoría de la Relatividad.

—Yo no tendría ni idea. No sabría por dónde empezar.

Le dirigió una brusca mirada y continuó.

—Esos universos vienen a puñados. Cientos de ellos, miles, son muy similares. Y unos afectan a otros. Resuenan unos con otros. Cuando algo sale mal en uno, resuena y jode a todos los demás.

—¿Quieres decir que si escribo un pastiche de Hemingway, cientos de universos van a irse directamente al infierno?

La aparición extendió los brazos y miró al techo.

—Nada es tan sencillo. Lo único que es sencillo es que nada es sencillo.

»Soy una especie de especialista en literatura. Literatura americana de los siglos diecinueve y veinte. Habitualmente. La mayor parte de mi cronoespacio está ocupado con tipos como Hemingway, Teddy Roosevelt, Heinlein, Bierce. Crane, Spillane, Twain.

—¿William Dean Howells no?

—Ni él ni James, ni Carver, ni Coover ni Cheever ni ninguno de esos tipos. Si todo el mundo me diera tan pocos problemas como William Dean Howells, podría pasar la mayor parte de mi cronoespacio en un planeta donde la pesca fuera buena.

—¿Escritores masculinos? —dijo John—. Pero no todos del tipo macho de pecho peludo.

* En inglés, las siglas son STAB, «puñalada», de ahí del juego de palabras. (*N. del T.*)

—Te daré un nueve en eso. Son escritores que tienen un efecto acumulativo sobre el lado masculino del carácter nacional americano. No hay una palabra que lo defina, aunque es una cosa específica: individualismo, adoración a la competitividad, optimismo a corto plazo y existencialismo a largo plazo. «Puede que no haya nada después de la muerte, pero seguro que lo hice bien mientras estuve aquí, aunque estoy rodeado de idiotas.» ¿Ves la pauta?

—Vale. Y veo cómo encaja Hemingway. ¿Pero cómo podría interferir en eso escribir un pastiche?

—Esa es una limitación que tengo. No lo sé en concreto. Sí sé que el revival de interés en Hemingway de los setenta a los noventa es de vital importancia. En la Unión Soviética y en los Estados Unidos. Por algún motivo, puedo sentir que tu pastiche interfiere. —El vaso de absenta se estiró hasta convertirse en un cristal ámbar de un metro de largo, y luego en el bastón blanco y negro. El vaso volvió a aparecer en la bandeja situada junto a la ventanilla—. Tu turno.

—¿No me matarás después de oír lo que tengo que decir?

—No. Adelante.

—Bien... tengo una memoria absolutamente eidética. Todo lo que he visto... u oído, saboreado, oído o tocado, o incluso soñado... puedo recordarlo al instante.

»Todos los otros tipos raros memorísticos que he conocido eran limitados: números, fechas, trucos de calendario, detalles históricos... y la mayoría eran *idiotas declarados*. Yo tengo al menos inteligencia normal. Pero desde los tres años nunca he olvidado nada.

El Hemingway sonrió condescendiente.

—Gracias. Eso es exactamente. —Acarició el extremo negro del bastón, e hizo chasquear algo—. Si tuvieras la posibilidad, ¿preferirías morir de un ataque al corazón, de un colapso o de cáncer?

—¿Ya está? —El Hemingway asintió—. Bueno, eres lo bastante humano para engañar. Para mentir.

—No es algo que puedas comprender. ¿Colapso?

—Podría no funcionar.

—Vamos a averiguarlo ahora mismo. —Bajó el bastón.

—¡Espera! ¿Qué es la muerte? ¿Hay algo... algo que deba hacer, algo que sepas?

La vara se detuvo a un centímetro de la rodilla de John.

—Supongo que simplemente se acaba todo. ¿Tan malo es?

—Comparado con no acabar, es malo.

—Eso demuestra lo poco que sabes. Yo y los que son como yo nunca podemos morir. Si quieres algo para ocupar tu último momento, tu último pensamiento, puedes apiadarte de mí.

John le miró directamente a los ojos.

—Vete al carajo.

El bastón cayó. Una bola de fuego estalló en su cabeza.

EL MATRIMONIO ES UN JUEGO PELIGROSO

—Lo chantajaremos. —Castle y Lena estaban juntos en la gran bañera antigua, en un mar de espuma rosa, la espalda de ella apoyada contra el pecho de él.

—Claro —respondió Lena—. «Si no nos dejas hacer pasar por real este manuscrito, le diremos a todo el mundo que lo falsificaste.» Hay algo raro en eso, pero no puedo hincarle el diente.

—Trae, yo lo haré.

Ella se echó a reír.

—Más tarde. ¿Qué quieres decir con chantajearlo?

—Lo tengo todo previsto. Tengo una amiga, Pansy; era una chica de alterne. Lleva fuera del negocio siete, ocho años. Todavía vale un millón de pavos.

—Claro. Enrollaremos a John con esa puta...

—Una chica de alterne no es una puta. Estamos hablando de clase.

—Para empezar, John no pagaría por sexo. Lo hizo en Vietnam y aún le molesta.

—No hablo de pagar. Hablo de enamorarse. Mientras ella se lo folla hasta que se le salgan los ojos.

—Vaya forma de hablar que tienes, Sylvester. Y mientras tiene los ojos fuera, llegas con una cámara.

—Sí, pero vas seis pasos por delante.

—Vale, paso dos... ¿cómo hacemos que se conozcan? ¿En el club social de la iglesia?

—Ella se muda aquí al lado. —Había un apartamento por alquilar en el piso de arriba—. Tú, Julio y yo estamos convenientemente en otro lugar cuando ella aparezca con todas esas cajas y ese enorme tramo de escaleras.

—Claro, John la ayudaría. Pero ésa es su naturaleza; la ayudaría si fuera una vieja fea con lepra. Le subiría unas cuantas cajas, se sentaría a tomar una taza de café, tal vez. Pero no saltaría a su cama.

—Vale, tú conoces a John. —La voz de Castle se volvió un susurro ronco mientras le acariciaba los pechos—. Pero yo conozco a los hombres, y conozco a Pansy... y Pansy podría provocarle una erección a un muerto.

—Claro, y luego se lo folla hasta que se le salen los ojos. Se le saldrían fácilmente.

—¿Cómo?

—No importa. Sigue.

—Bueno... mira. ¿Sabes qué hace una chica de alterne?

—Supongo que la llamas y le dices que tienes un problema en los ojos.

—Ya basta de ojos. Lo que ella hace, en lo que trabaja, es en una especie de servicio de compañía. Esa parte es legal. Un tipo llega a la ciudad, de negocios o tal vez de vacaciones, llama al servicio y le preguntan qué tipo de compañía quiere. Si dice, pongamos por caso: «Mándenme una puta con el culo prieto, que la chupe hasta el fondo y me la derrita...», el tipo dice: «Lo siento, señor, pero éste no es ese tipo de servicio.» Pero la mayoría de los clientes están en el ajo, y dicen: «Oh, una joven atractiva a la que le guste ir a bailar.»

—Y mientras tanto piensan en que se la chupe hasta el fondo y se la derrita.

—Eso es. Así que empieza como una cita, el tipo sólo paga el servicio de compañía, unos veinte pavos por salir juntos. Sigue sin quebrantar ninguna ley.

»Y es así una de cada tres, cuatro veces. El tipo sabe de qué va el asunto pero no tiene valor para pedirlo, o realmente no sabe de qué va el juego, y es, no sé, una cita aburrida. No creo que eso pasara mucho con Pansy.

—En el curso normal de las cosas, aparece el tema de la chupada hasta el fondo.

—Aja, pero no con Pansy. El tipo tiene que sacar el tema. De esa forma, si se trata de un poli, es una trampa.

—¿Sabes si han metido alguna vez a Pansy en la cárcel?

—No. A los polis les gusta asustar a las putas para que les hagan una chupada gratis. Aunque en esta ciudad a la mitad de ellos les gusta que se las hagan los tíos.

»Así que plantean la pregunta y Pansy se sonroja y dice: "Por ti, supongo que podría hacerlo." Y de camino al motel o adonde vayan, ella dice: "¿Sabes?, no te pediría esto si no fuéramos buenos amigos, pero tengo que pagar la letra del coche, y necesito doscientos pavos antes de mañana al mediodía."

—Y acepta MasterCard y Visa.

—No, pero seguro que sabe dónde están todos los cajeros automáticos de la ciudad. Incluso les escribe un pagaré. —Castle se echó a reír—. Me contó que un tipo de Toledo tiene pagarés por cinco de los grandes.

—Muy bien, pero no es John. Ella podría chupársela hasta derretírsela y seguiría sin interesarse en ella si no distinguiera a Hemingway de un pájaro cantor.

Castle la lamió detrás de la oreja, un gesto extraño que la hizo estremecerse.

—Ése es el as en la manga. Pansy lee como un diablo. Tiene un millar de libros. Así que esta mañana la llamé y le pregunté por Hemingway.

—¿Y?

—Los ha leído *todos*.

Ella asintió lentamente.

—No está mal, Sylvester. Así que promovemos este asunto amoroso y tarde o temprano los pillas en el acto. Y le amenazas con contármelo a menos que John acceda a atravesar la línea de la ilegalidad.

—¿Crees que podría funcionar? ¿No diría, demonios, sigue adelante y cuéntaselo?

—No si hago mi parte... empezando mañana. Soy la esposa más dulce y amorosa en esta ciudad sexy. Y en un par de semanas Pansy entra en su vida, y ahí lo tienes, el hombre más afortunado que existe. Lo mejor de ambos mundos. Hasta que accidentalmente los pillas *in flagrante delicioso*.

—Y para conservaros a las dos, hace lo que yo le digo.

—Podría hacerlo. Podría. —Ella salió lentamente del agua y se secó la espuma del cuerpo.

—Qué hermosa.

—Vamos a por esa chupada, Sylvester. Agárrate los ojos.

EN OTRO PAÍS

John despertó con una resaca de tamaño respetable. El vaso de absenta diluida seguía estando en la repisa junto a la ventana. Ya había amanecido hacía rato, y un bosque verde pasaba velozmente. Los raíles emitían un canturreo firme. El vagón traqueteaba en un leve movimiento que habría sido agradable para una persona que se sintiera bien.

Un mozo llamó dos veces y preguntó por el señor Baird.

—Pase —dijo John. Un hombre blanco, bajito y sonriente, trajo café y bollos.

—¿Qué le ha pasado a George?

—¿Disculpe, señor? ¿Qué George?

John se frotó los ojos.

—Oh, claro. Debemos de haber pasado ya Atlanta.

—No, señor. —La sonrisa del hombre se congeló mientras su cerebro asumía el modo para tratar al típico pasajero chiflado—. Todavía nos faltan al menos dos horas para llegar a Atlanta.

—George... es un negro alto con dientes de oro que...

—Oh, se refiere usted a George Masón, señor. Se encarga de este vagón, pero sube al tren en Atlanta, y lo atiende hasta Miami y vuelta. No ha servido en el tramo norte desde el año pasado.

John asintió lentamente y no preguntó qué año era.

—Comprendo. —Sonrió y leyó el nombre del hombre en su chapa—. Disculpe, Leonard. No estoy en mi mejor momento por la mañana.

El hombre se retiró con presurosa amabilidad.

Supongamos que aquel sueño extraño no hubiera sido un sueño. La criatura Hemingway le había matado (el recuerdo del colapso fue horriblemente fuerte e inmediato), pero todo lo que la muerte había conseguido era pasar a otro universo donde George Masón tenía un turno distinto. O tal vez John se había vuelto completamente loco.

La segunda explicación parecía mucho más razonable.

En la bandeja que traía el café, zumo y bollos había un ejemplar de *USA Today*, un periódico que John normalmente evitaba porque, aunque tenía sus aspectos cómicos, no le hacía ninguna gracia. Comprobó la fecha, y era correcta. Los titulares de las noticias eran plausibles (guerras y rumores de guerra), así que al menos no había aparecido en una dimensión donde los marcianos gobernaran una Tierra esclavizada o Barry Manilow fuera presidente. Se volvió hacia el mapa del tiempo y se detuvo en seco.

El día anterior el país se encontraba en medio de una ola de calor que había durado semanas. Al parecer había terminado de la mañana a la noche. El registro para Boston el día anterior era de una máxima de veintidós grados y una mínima de catorce. Pero no había llovido, y la temperatura era de treinta grados.

Volvió a la primera página y empezó a comprobar las noticias. Normalmente no les prestaba mucha atención, y no había visto un periódico en varios días. Habían cancelado su suscripción al *Globe* durante sus seis semanas de estancia en Key West, y no había sentido bastante interés para acudir a un kiosco.

No había ninguna mención a la huelga de basureros en Nueva York; había oído una

conversación al respecto el día anterior. Aparecía una larga necrológica de una estrella del rock que estaba seguro de que había muerto el año anterior.

Un anuncio de automóviles De Soto. Esa compañía había desaparecido del negocio cuando él era un adolescente.

Puñados de universos, distintos unos de otros en pequeños sentidos. En vez de morir, o tal vez por haber muerto, había pasado a otro mundo. ¿Qué le estaría esperando en Key West?

Tal vez John Baird.

Soltó la bandeja y se abrazó, temblando. ¿Quién o qué era él en este universo? Todos sus recuerdos, toda su personalidad, eran del mundo en el que había nacido. ¿Qué le sucedía al John Baird que había nacido en éste? ¿Era profesor asociado de literatura americana en la Universidad de Boston? ¿Estaba en Key West enfrascado en un trabajo para exponerlo en Nairobi... o preparando una falsificación? ¿O era un especialista en Fitzgerald que husmeaba en los desvanes literarios de St. Paul, Minnesota?

La verdad llegó de repente. Ambos John Bairds estaban en ese compartimiento, en ese cuerpo. Y el cuerpo era levemente distinto.

Abrió la puerta de un pequeño lavabo y se miró en el espejo. Su pelo era un poco más corto, menos gris, la barba mejor recortada.

Tenía menos barriga y... sintió algo extraño. Sentía viva una parte de su muslo. Se bajó los pantalones y no vio ninguna cicatriz donde la bala del francotirador le había abierto la pierna y destrozado los nervios.

Ésa era la diferencia. Mientras se subía la camisa, el recuerdo paralelo le inundó. Una cicatriz redonda en el abdomen; en este universo el francotirador había apuntado un palmo más arriba... y en vez del centro de convalecencia de la bahía de Cam Ranh, los meses de terapia física y luego el regreso a la guerra, había sufrido peritonitis: cirugía en Saigón y Tokio y Walter Reed, y se acabó el ejército.

Pero lentamente volvieron a converger. Amherst y la Universidad de Massachussets, usando perversamente la paga de soldado en vez de los millones a los que tenía acceso; el doctorado en *Fiesta* y las clases en la Universidad de Boston, donde conocía a Lena y esperaba virtuosamente a que terminara el semestre para invitarla a salir. Sexo a la segunda cita y en la tercera... pero ahí volvieron a converger. Este John Baird no había vuelto a la guerra para recibir en la cintura la metralla de fragmentación de una granada americana que cayó de un árbol; su pene nunca había sido cercenado por docenas de esquirlas de metal, y en los veinticinco años siguientes lo había usado con más frecuencia. Novias e incluso un desastroso encuentro homosexual con un desconocido. Por lo que sabía, Lena no conocía este aspecto suyo; aunque había permanecido fiel a excepción de un incidente sucedido siete años después de casarse. Él conocía un asunto que ella había tenido con un colega, y sospechaba más.

Las dos personalidades de John y sus historias se fundieron, separadas pero una, como dos enredaderas de una misma cepa, escalando por un mismo punto de apoyo.

Esquizofrénico, pero no loco.

John se miró en el espejo y trató de dar nombre a su nuevo o su viejo yo: John-uno, John-dos. Esas personas no existían. De repente había un hombre que había existido en dos universos separados y, en cierto modo, eso no era más profundo que haber vivido en dos casas separadas.

La diferencia era que nadie más sabe que hay más de una casa.

Se acercó a la ventanilla y depositó el café sobre la bandeja; recogió la absenta y la olisqueó, pensó en tirarla por el lavabo, pero luego la guardó, para posibles referencias futuras.

Reflexiona sobre esto: ¿es más probable que haya puñados de universos paralelos vigilados por un tipo parecido a Hemingway con una varita mágica, o que John Baird hubiera

quedado sometido a una droga que nunca había probado antes y que tenía efectos inusitadamente desorientadores?

Miró el periódico. No había alucinado dos semanas de sequía. La estrella de rock llevaba algún tiempo muerta. No había visto un De Soto en veinte años, y ese coche era difícil de pasar por alto. Tenía alerones que parecían armas letales.

Pero tal vez si a una persona que recuerda cada hecho trivial se le unta su cerebro con aceite de ajeno, ése sea exactamente el efecto: cosas perfectamente recordadas que no habían existido nunca.

El café sabía repulsivo. John se puso una camisa limpia, decidió no afeitarse y se dirigió al vagón restaurante. Compró la última cerveza importada que había en la nevera y se sentó frente al hombre de pelo largo y barba blanca que tenía un pendiente que antes no había advertido, o no existía en el otro universo.

El hombre contemplaba un bosque verde que pasaba ante la ventana.

—Buenos días —dijo John.

—Qué tal. —El hombre le miró sin mostrar ningún signo de reconocimiento.

—¿Hablamos anoche?

Se inclinó hacia delante.

—¿Qué?

—Quiero decir que si estuvimos sentados en este vagón anoche y hablamos de Hemingway y Vietnam y los fantasmas.

El hombre se echó a reír.

—Usted ha fumado algo, amigo. Llevo en este tren desde las dos de la madrugada y no he dicho ni pío a nadie más que al camarero.

—¿Estuvo en Vietnam?

—Sí, pero se acabó; es una mierda. —Señaló el brazalete de John—. Qué, ¿ve fantasmas de allí?

—Es posible.

El hombre se puso súbitamente tenso.

—Siga mi consejo, amigo; he pasado por eso. Tiene que hablar con alguien. Un psiquiatra. Esos fantasmas no van a irse ellos solos.

—No es tan malo.

—No son los que uno mata. —El hombre no estaba escuchando—. Jodidos amarillos, vuelven pero no, ya sabe, se quedan fuera. —Miró a John y se le saltaron las lágrimas—. Son tus jodidos amigos, están todos muertos y siguen volviendo... —Inspiró profundamente y se secó la cara—. Solían venir todas las noches. ¿Le pasa a usted?

John sacudió la cabeza, indefenso, atrapado por la pena del hombre.

—Todas las jodidas noches, hasta que mi ex mujer me dijo que fuera a un psiquiatra o me fuera al infierno. —Jugueteó con el botón del bolsillo de su camisa y sacó un frasco de medicinas de plástico marrón y miró la etiqueta. Sacó una cápsula—. ¿Tiene algo para beber?

John le acercó la cerveza. El hombre se tragó la píldora sin tocar la botella con sus labios.

Volvió a desplomarse contra la ventana.

—No debí tomar la píldora anoche, aunque a veces lo hago. Lo siento. —Sonrió débilmente—. Un día cada vez, ¿sabe? Hay que sobrevivir al día. Al carajo el resto. Lo siento. —Se inclinó de nuevo hacia delante, de repente, y puso su mano sobre la muñeca de John—. Sale usted de la nada y yo le doy la tabarra. No lo necesita.

John cubrió la mano con la suya propia.

—Tal vez sí. Y tal vez no he salido de ninguna parte. —Se levantó—. Hablaré con alguien de los fantasmas. Lo prometo.

—Se sentirá mejor. No hay ningún jodido curalotodo, pero se sentirá mejor.

—¿Quiere la cerveza?

Él sacudió la cabeza.

—No puedo beber.

—Muy bien. —John cogió la cerveza, se despidieron y se marchó.

Se detuvo en el vestíbulo entre vagones y permaneció en mitad del rugido, contemplando por la ventana el destello verde. Apoyó la frente contra el frío cristal y ocultó el destello tras el rojo oscuro de sus párpados.

¿Había de verdad un millón de aquellos tipos, cada uno experimentando un infierno privado ligeramente distinto? Una cosa que rara vez se preguntaba a sí mismo era: ¿qué habría hecho Ernest Hemingway en esa situación?

Probablemente habría tenido el sentido de dejársela a Milton.

EL VERANO PELIGROSO

Castle y Lena se reunieron con él en la estación de Miami, y regresaron a Key West en la vieja furgoneta de Castle. El zumbido del aire acondicionado redujo la conversación al mínimo, pero los mantenía frescos, al menos de rodillas para abajo.

John no dijo nada sobre su encuentro con el infinito, o el transfinito, pues no deseaba hacer volver al tipo del bastón. Sí había advertido que los dos aspectos de su personalidad no se habían igualado todavía, y pequeños detalles de este mundo seguían sorprendiéndolo. Estaban construyendo un monorraíl a Pigeon Key, donde Disney edificaba un parque subacuático. Las gasolineras todavía vendían normal. La radio del coche de Castle recibía también la señal de televisión además de AM/FM, pero únicamente sonido.

Lena estaba sentada entre los dos hombres y se frotaba afectuosamente contra John. Eso habría sido notable para John-uno y algo inusitado para John-dos. Era una Lena distinta, por supuesto, una Lena que había tenido más vida sexual con John, pero había algo más que eso. Pensó que ella se estaba acostando con Castle, y la atención extra era una compensación consciente o inconsciente, o una defensa.

Castle parecía un poco más duro y más serio en este mundo que en el último, no sólo por su silencio al volante, sino también por lo que recordaba de conversaciones paralelas. John se preguntó hasta qué punto era oscuro, y si había sido sincero respecto a sus antecedentes policiales.

(No lo había sido. En ese universo, cuando Lena le preguntó si había tenido problemas con la policía, Castle respondió con un terso no. De hecho, había cumplido ocho duros años en Ohio por un robo a mano armada que no había cometido —el ladrón real no había sido tan estúpido aquí—, y salió de la cárcel más amargado, airado, convertido en un criminal de verdad. Pensando que el mundo le debía una, una semana después de salir recogió a un autoestopista en una carretera secundaria, sacó una pistola, lo hizo caminar unos metros más allá de la carretera, hasta un campo de trigo ya crecido, y le disparó a quemarropa en la base del cráneo. No fue nada parecido a las películas.

Se marchó sin tocar el cuerpo, que el hijo de un granjero encontró dos días después. La víctima resultó ser un estudiante universitario que estaba en libertad provisional por tráfico de drogas —lo único que había hecho era comprar un kilo de costo y recuperar su dinero vendiendo piedras a sus amigos, y un enemigo—, así que los periódicos dijeron NARCOTRAFICANTE ENCONTRADO MUERTO EN UN ASESINATO AL ESTILO MAFIOSO, y la policía persiguió el asunto sin ningún entusiasmo. De todas formas, Castle estaba ya en Key West mucho antes de que el hijo del granjero oliera el cadáver.)

Mientras seguían el viaje, lo que Lena hubiera hecho o no con Castle le resultó menos interesante a John que lo que él planeaba hacer con ella. La mitad de su yo nunca había experimentado el sexo, de adulto, sin las dificultades sensoriales engendradas por una cicatriz y varios nervios cortados en los genitales, y anhelaba sentir la experiencia con una excitación que era obvia, al menos para Lena. Ella le animaba de formas no demasiado sutiles, y para cuando cruzaron el último puente que llevaba a Key West, John casi estuvo a punto de decirle a Castle que parara junto a los primeros matorrales.

Dejó la máquina de escribir al cuidado de Castle y declinó la ayuda con el equipaje. A

estas alturas Lena sonreía ante su clara impaciencia; se rió cuando quedaron atascados por una truculenta llave; rió deleitada cuando él la llevó en volandas hasta el sofá, casi la desnudó del todo y la poseyó con fiera prisa, sin palabras, y la mantuvo en una excitación muda mientras le quitaba el resto de las ropas y la llevaba al dormitorio, donde hicieron tanto ruido que Julio golpeó el techo con el mango de una escoba.

Finalmente se apaciguaron, y permanecieron tendidos juntos en mitad de un charco de sudor mixto, jadeando, contemplando cómo el ventilador removía el aire húmedo.

—Supongo que los dos tendremos que dormir en la parte mojada—dijo John.

—No me quejo. —Ella se acomodó sobre un codo y trazó la figura de un ocho sobre el pecho de él—. Estás lleno de sorpresas esta noche, doctor Baird.

—La vida está llena de sorpresas.

—Tendrías que salir de viaje más a menudo... o al menos volver con más frecuencia.

—Es toda esa investigación de Hemingway. Te convierte en un hombre.

—No aprendiste esto en un libro —dijo ella, cogiendo amablemente su pene e imitando cierto movimiento.

—La verdad es que sí; en un libro de antropología. —En otro universo—. Es lo que hacen en las Islas Salomón.

—La sabiduría de Salomón —dijo ella, tendiéndose. Tras una pausa, añadió—: ¿Tienen libros de antropología en la JFK?

—Oh, no. —Él recordó que no poseía ese libro en ese universo—. Estuve hojeando el libro en Woodworth's.

—Espero que lo compraras.

—No tuve que hacerlo. —Él le hizo una caricia larga y lenta—. Memorice las partes interesantes.

Al otro lado de la ciudad, seis días después, ella estaba casi en la misma postura en la cama de Castle, y todavía más exhausta.

—¿No estás sobreactuando un poco en el papel de la esposa cariñosa? Ha pasado una semana."

Ella suspiró audiblemente.

—Qué semanita.

—Te he echado de menos. —Él la mordisqueó e hizo un gesto de preparación nada sutil.

—No, no lo has hecho. —Se levantó de la cama—. Una vez es mucho. —Se acercó al espejo y se pasó un cepillo por el pelo húmedo.— Además, no es a mí a quien has echado de menos. Has echado de menos *hacerlo*. —Se sentó ante la ventana abierta, contemplando el escenario del barrio—. Vas a tener que instalar una red de teflón.

—¿El amigo está sintiendo nuevos bríos?

—No siente nada. Dios, no sé qué le ha entrado. Cuatro, cinco veces al día; seis.

—Jodida, follada y tatuada. Tú lo pediste.

—En realidad, no pedí nada. No he tenido oportunidad de empezar mi pequeña actuación. Se bajó del tren con una erección, y todavía la tiene. Ninguna mujer estaría a salvo cerca de él. Nada húmedo y cóncavo lo estaría.

—¿Significa eso que es buen momento para introducir a Pansy? ¿O está tan enconado contigo que ni siquiera reparará en ella?

Ella miró el cepillo con ceño fruncido, le quitó unos cuantos pelos.

—La verdad, Castle, es que te iba a preguntar lo mismo. Confío en tu conocida experiencia en conducta animal.

—Vale. —Él se sentó en la cama—. Yo digo que lo intentemos. Si es una erección ambulante como dices... Pansy le atraerá como un imán. Habría que ser un jodido monje para no desear a Pansy.

—Como Rasputín.

—¿Como quién?

—No importa. —Ella continuó cepillándose—. Supongo... supongo que un problema es que de verdad me está gustando su atención. Espero no ser demasiado ansiosa al entregárselo a esa campeona del sexo...

—Vamos, Lena...

—De veras. Lo amo a mi manera, Castle. No quiero perderlo con este plan.

—No vas a perderlo. Confía en mí. Lo pillarás tirándose a Pansy, te cabrearás, lo perdonarás. Demonios, lo tienes en la palma de la mano.

—Supongo. Haces que la competencia parezca formidable.

—No te preocupes. Ella se marchará al día siguiente.

—A menos que se enamore de él. Eso estaría bien.

—Él casi le dobla la edad. Además, es una puta. Las putas no se enamoran.

—Son mujeres, Castle. Las mujeres se enamoran.

—Sí, claro. Igual que en la tele.

Ella se dio la vuelta; miró por la ventana.

—Sabes hacer que una mujer se sienta estupendamente, ¿eh?

—Vamos. —Él se acercó y le acarició el pelo. Ella se volvió, pero no le miró—. No te menosprecies, Lena. Sigues teniendo un coñito fenomenal.

—Gracias. —Ella le sonrió a la cara y lo agarró—. Si no fueras tan buen poeta te cambiaría por un consolador.

EN ALABANZA DE SU DAMA

Pansy era en efecto muy hermosa, incluso en condiciones normales; rasgos delicados, cintura de avispa combinada con generosas características sexuales secundarias. Las condiciones en que John la vio por primera vez estaban calculadas para enfatizar su atractivo sexual y su vulnerabilidad. Pantaloncitos de deporte de nilón rojo, ajustados y muy cortos, y una camiseta blanca sin mangas de un bar local que decía ÚLTIMA HETEROSEXUAL EN KEY WEST, todo pegado a su piel dorada con sano sudor, la tela lo bastante transparente para revelar que no había ninguna posibilidad de que llevara ropa interior.

John se asomó a la puerta de tela metálica y la vio en la otra puerta, debatiéndose con una pesada caja mientras intentaba introducir la llave.

—Déjeme ayudarla —dijo a través de la tela metálica, y cruzó el estrecho rellano para sostener la caja mientras ella abría la puerta.

—Es usted muy amable.

John intentó no quedarse mirando mientras le devolvía la caja. Pansy, por supuesto, se sintió agradecida por su atención. Habían tardado días en preparar esa operación, y harían falta aún varios más para llevarla a su clímax, y más aún para volver a la normalidad. Pero le debía un gran favor a Castle, y ese tipo parecía bastante agradable. Tal vez aprendería algo sobre Hemingway en el proceso.

—¿Tiene que subir más cosas? —preguntó John.

—Oh, no quisiera abusar. Puedo arreglármelas.

—No tiene importancia. No tengo nada que hacer durante el resto del día.

Resultó ser un trabajo duro, a pesar de que sólo se trataba de un pequeño camión de mudanzas. La mayor parte de la carga eran cajas pesadas y uniformes de libros, cuidadosamente etiquetadas LIT A-B, REF GEN, ENCI1-12 y cosas así. En consonancia, la mayor parte de los muebles eran bloques de baldas y tablas, las estanterías típicas del estudiante estándar.

John descubrió que a pesar de un par de docenas de cajas marcadas LIT, Pansy no se había licenciado en literatura, sino en educación especial; durante el año escolar enseñaba tercer grado en un colegio para retardados en Key Largo. Ella no le habló de los años que había pasado como chica de alterne, pero si lo hubiera hecho, John podría haber visto una conexión en la que Castle nunca habría caído: que la fuerza impulsora tras ambos trabajos era la misma, la caridad. Los cuarenta dólares más o menos fáciles a la hora por acudir a una cita y luego practicar el sexo era también un factor a tener en cuenta, pero a ella le gustaba de verdad hacer que los hombres solitarios se sintieran especiales, y ella misma se sentía más una trabajadora social que una mujer de virtud fácil. Y los cientos de hombres que se habían enamorado de ella, por amor o por dinero, no respondían sólo a su cuerpo de animadora. Mostraba una buena disposición y una forma natural de concentrarse en un hombre que hacía que éste se sintiera único en el mundo.

John, normalmente, no sería fácil de conquistar. Veinte años de enfrentarse a clases llenas de muchachitas le habían proporcionado cierta desconfianza hacia las jóvenes atractivas. También se sentía impulsado a ser fiel: Lena se había marchado de pronto de la ciudad, pues su padre estaba enfermo. Pero aún estaba atenazado por aquella calentura que le

animaba desde que había heredado ese nuevo cuerpo y la personalidad de su doble imagen. Si Pansy hubiera dicho «hagámoslo», se habrían enzarzado con tanta rapidez que más le hubiera valido tener desliado el condón antes de abrir la boca. Pero se portaba de forma tan indirecta como permitían su naturaleza y su modo de vestir.

—¿Vienen usted y su esposa siempre aquí a pasar el verano?

—Normalmente vamos a cualquier parte. Con tanto calor, Boston no resulta divertido.

—Debe de ser maravilloso en otoño.

Y así sucesivamente. A Pansy le parecía extraño, probablemente era la última vez que seduciría a un hombre por razones distintas al interés personal. Quería que fuera perfecto. Quería que John sintiera con ella el placer suficiente para compensarlo por la vergüenza de ser descubiertos «accidentalmente» y los reproches que su esposa pudiera hacerle después.

Se moría de ganas de saber por qué Castle quería tenderle una trampa, pero él se había negado a decírselo. También era un misterio cómo Castle había podido conocer a un caballero tranquilo y amable como John. Conocía a algunos de los amigos de Castle, y tenían otras virtudes.

Tranquilo y amable, pero caliente. Cada vez que ella se las apañaba, en el curso de su trabajo juntos, para revelar un pezón o un poco de vello púbico, él se giraba para acomodarse, y se sonrojaba. Parecía más un adolescente que descubre su sexualidad que un hombre casado de mediana edad.

Estaba chupado, pero ella no quería ponérselo demasiado fácil. Después de terminar de poner los libros en los estantes, ella dijo: «Un millón de gracias; ahora tengo que irme, paso la noche atendiendo niños en Islamorada. ¿Por qué no vienen usted y su esposa a cenar mañana...? Oh, entonces venga usted solo... No, no pasa nada. Soy una chica mayor... ¿Le gusta el roast beef? Hasta entonces.»

Mientras se marchaba en el camión alquilado, Pansy no se sentía especialmente orgullosa de sí misma. Le divertía el atractivo sexual de John, y ansiaba explotarlo. Pero sabía leer muy bien en la gente, y sentía la profunda tristeza de John. Tal vez era por Vietnam; él no lo había mencionado, pero ella sabía lo que significaba aquel brazalete.

Fuera cual fuese el problema, tal vez tendría tiempo de ayudarle... antes de que tuviera que cambiar de actitud y convertirse en parte de él.

Tal vez todo fuera para bien. Tal vez el problema era su esposa, y ella se marcharía, y él podría empezar de nuevo...

Deja de engañarte a ti misma. Tiende la trampa, atrápalo, entrégalo. Castle no era del tipo de hombres a los que una mujer quisiera contrariar.

ESO FUE ANTES DE CONOCERTE

John se ofreció a acercarse al apartamento de Castle para recoger la máquina de escribir, pero él dijo «No, yo la llevaré, mi casa está hecha un desastre». En realidad, la casa era menos desastre que antes, gracias al toque femenino, pero no quería tener que borrar todas las huellas de la presencia de Lena por si acaso John era observador. A Lena no le entusiasmaba tampoco la idea de abandonar el apartamento, aunque fuera por unas cuantas horas. Sólo conocían a un par de docenas de personas en la ciudad, pero si se topaba con alguna de ellas, sería embarazoso.

Llamaba a John todas las noches después de las cinco, para darle un rápido informe sobre la salud de su padre. No había riesgo de que él la llamara a Nebraska, pero si lo hacía su madre la cubriría. No sería la primera vez.

Castle no sabía escribir a máquina, pero después de varios años trabajando en la biblioteca de la prisión, era bastante bueno con dos dedos. Escribió «No por mucho madrugar amanece más temprano» varias veces.

—¿Qué tal?

John sacó la hoja de la máquina y la comparó con la fotocopia de «Allá en Michigan». Gruñó, metió la página boca abajo en el carro, y tecleó las primeras líneas de la historia: «Jim Gilmore llegó desde Canadá a la Bahía Hortons. Le compró la herrería al viejo Horton. Jim era bajo y moreno, con bigote grande y manos grandes.»

Colocó la fotocopia sobre la hoja mecanografiada y las alzó a la luz.

—Es difícil de decir. Se acerca bastante. Pero mira. La J mayúscula... y la H mayúscula también, no se elevan lo bastante sobre la línea base. Tendrás que subirlas un poco más sin desplazar la línea inferior al mismo tiempo.

Castle estudió las dos páginas.

—Ya veo lo que quieres decir. Bien. De vuelta al trabajo.

—¿Crees que puedes hacerlo?

—Claro que sí. Ahora soy el mayor experto del mundo en esta mierda. —Quitó la tapa de la máquina—. Lo peor que puede pasar es que Lena o tú tengáis que teclear muy despacio, una letra cada vez. —Alzó lentamente la palanca—. Ves, puedo cambiar la palanca a cualquier altura, para darle lo que tú llamas desplazamiento. —Tecleó HHH—. Puedo aplastar tacos de madera para colocarlos bajo la palanca, pegarle una tira de metal en lo alto. Una por cada letra si hiciera falta. Pero no hará falta... sólo hay cinco o seis letras que se eleven de verdad.

John asintió, observando el interior de la máquina. —Bien, bien. Déjame a mí. Haré las fotos y las ampliaré; podremos ajustado luego.

—¿Has encontrado un sitio que te deje usar sus cosas?

John temía tener que regresar a Boston sólo para usar su cuarto oscuro.

—No hay problema —rió—. Acentué la necesidad de tener intimidad absoluta, y dijeron que ésa era la política estricta del local. Creo que allí revelan un montón de fotos de gente desnuda. —Señaló la Hasselblad colocada sobre un trípode en el rincón—. Compré tres carretes de película supersensible, Kodak 2415. Con el macro de la máquina y la ampliadora podré ampliar cada letra un centenar de veces, si nos hace falta.

—Bien. —Castle volvió a colocar la tapa de la máquina y apretó con suavidad hasta que encajó en su sitio—. Esperaré hasta que tengas las fotos. Llámame.

—Lo haré.

Al marcharse, Castle advirtió que la puerta del otro apartamento estaba entornada; Pansy estaba observando. Probablemente se preguntaba qué demonios sucedía.

Lo gracioso, pensó Castle, es que tal vez ya no tengamos que pasar por toda esta mierda. El viejo John se ha metido de cabeza, sacando fotos y midiendo... Esto ya no es para engañar a un puñado de críticos. En el fondo es tan sinvergüenza como el resto de nosotros.

Pero qué demonios. Es divertido tirarse a Lena. A ella le gusta a rabiar.

FIESTA

Había preparado el asado lentamente, sazonándolo con vino y zumo de frutas, junto con albaricoques secos y manzanas rehogadas en oporto, sazonadas con canela, nuez moscada y cardamomo. Cebollas y grandes trozos de bellota rebullían en el guiso. Sirvió patatas nuevas al vapor con perejil y servidas al estilo italiano, con aceite de oliva con ajo y una pizca de vinagre. Un poco de ensalada cesar y *pan de agua*, el pan cubano que hacía olvidar cualquier otro tipo de pan.

Su madre le había explicado que el camino para conquistar el corazón de un hombre pasa por su estómago, y aunque estaba acostumbrada a apuntar más bajo, le parecía que probablemente era una buena estrategia a seguir con un hombre que llevaba tiempo casado y que, de pronto, veía que podía valerse por sí mismo. Era perfecto para John, que no era un gran cocinero, pero sí un comedor cumplido.

Retiró el plato después de servirse tres veces.

—Dios, soy un cerdo. Pero estaba irresistible.

—Gracias. —Ella retiró la mesa despacio, aceptando la ayuda de John—. La receta de la «compañía»

de mi madre. ¿Así que piensas que Hadley tiró las historias e inventó todo lo del tren?

—Hay quien ha sugerido esa posibilidad. Allí estaba, ocho años mayor que su guapo esposo, con la mitad de las mujeres de la Orilla Izquierda tras él, al menos en su mente... y él empieza a publicar, a labrarse una reputación...

—¿Temía que fuera a «superarle»? ¿O no tenían esa expresión entonces?

—Creo que ella temía que empezara a ganar dinero con sus escritos. Disponía de una herencia, una pensión de su abuelo de más de dos mil dólares al año. Era más que suficiente para mantenerlos a ambos cómodamente en París. Hemingway dijo que en aquellos días era un artista pobre y hambriento, pero vivía bastante bien.

—Probablemente también él sentía no ganar dinero.

—Eso sería muy propio de él. De todas formas, si ella destruyó las historias para asegurar su dependencia, el tiro le salió por la culata. Todavía estaba furioso treinta años más tarde... tres esposas más tarde. Dijo que el material era «fresco y directo», aunque la escritura no fuera gran cosa, y nunca pudo recuperarlo.

Pansy abrió un estante, sacó una botella de su bolsa de arpillera y cogió dos vasos pequeños. —¿Jerez?

—¿Por qué no? —respondió él, y pasaron al salón, que estaba misteriosamente vacío de sillas, así que tuvieron que sentarse en el sofá.

—Pero no crees que ella lo hiciera.

—No. —John la observó servir el jerez—. Por lo que he leído de ella, no parece tan calculadora. Sólo una muchachita dulce de St. Louis que se enamoró de un zafio.

—Zafio. Una palabra anticuada.

John se encogió de hombros.

—En realidad no era tan zafio. Creo que amó sinceramente a cada una de sus esposas... al menos hasta que se casó con ellas.

Los dos se rieron.

—Naturalmente, pudo ser una cosa intermedia —dijo Pansy—. Quiero decir que ella no tuvo por qué tirar de verdad los manuscritos, pero los dejó allí, pidiendo que los robaran. ¿Por qué salió del compartimiento?

—Es difícil saberlo. Hadley nunca lo dijo, al menos por escrito. Cada biógrafo parece salir con un motivo distinto: fue a comprar un periódico; vio a algunas personas a las que reconoció y se bajó del tren a charlar con ellas; quiso hacer un poco de ejercicio antes del largo viaje... Incluso Hemingway dio dos versiones distintas: ella salió a comprar una botella de agua Evian o a comprar algo para leer. Eso le jodio, porque tenía una bolsa llena de los mejores textos americanos desde Mark Twain.

—¿Cómo te habrías sentido tú?

—¿Sentido?

—También has escrito historias. ¿Y si alguien, tu esposa por ejemplo, cometiera un error y lo perdieras todo?

El pareció reflexionar.

—No es lo mismo. En primer lugar, para mí es sólo una afición. Y no tengo tanto material que no haya sido publicado... Cuando Hemingway lo perdió, lo perdió todo. Yo podría ir a la biblioteca de cualquier universidad y hacer copias nuevas de todo.

—¿Entonces no has escrito mucho últimamente?

—Relatos, no. Material académico.

—Me encantaría leer alguno de tus relatos.

—Y a mí me encantaría que los leyeras. Pero no los tengo aquí. Te enviaré algunos desde Boston.

Ella asintió, y le miró con curiosa intensidad.

—Oh, demonios —dijo, y se volvió de espaldas—. ¿Quieres ayudarme con esto?

—¿Conque?

—La cremallera. —Ella llevaba un traje de verano blanco y ajustado—. Baja un poco la cremallera.

Él la bajó lentamente unos pocos centímetros. Ella bajó el resto, se levantó, metió los pulgares por debajo de las hombreras y se encogió de hombros. El vestido resbaló hasta el suelo. No llevaba nada más.

—Te estás ruborizando.

En realidad, hacía una buena imitación de un pez varado. Ella se montó encima, se echó hacia atrás sobre sus rodillas, con las piernas abiertas, y empezó a desabotonarle la camisa.

—Oh—dijo él.

—Me impacienté. ¿No te importa?

—Oh... ¿no?

AL SER HERIDO OTRA VEZ

John se despertó feliz, pero no abrió los ojos durante casi un minuto, aferrado al sueño erótico del siglo. Entonces abrió un ojo y vio que no había sido un sueño: la cama revuelta en la habitación extraña, ungüentos y juguetes sexuales en la mesilla de noche, el olor del cabello de ella en la otra almohada. Un ruido en la cocina; olor a café y tocino.

Se puso los pantalones y entró en el salón para recoger la camisa de donde la había dejado.

—Buenos días, Pansy.

—Buenos días, forastero. —Ella llevaba una bata de felpa con las mangas subidas hasta los codos. Le dio la vuelta cuidadosamente al tocino con un tenedor—. ¿Te gustan los huevos revueltos?

—Maravilloso. —Se sentó en la mesita y se sirvió una taza de café—. No sé qué decir.

Ella le sonrió.

—No digas nada. Estuvo muy bien.

—Más que bien. —Él contempló sus precisos movimientos tras la encimera. Cascó los huevos con una mano, dos a la vez, añadió una pizca de sal al cuenco, sacó unos cebollinos de una vitrina y los cortó con un pequeño cuchillo chino, al ritmo de un parloteo en *staccato*; los puso en el cuenco, y los acompañó de un par de granos de pimienta. Colocó el tocino sobre una servilleta de papel y lo cubrió con otra. Luego sacó la gran sartén de metal y la untó de grasa. A continuación vertió los huevos batidos sobre la sartén y la estudió con atención.

—¿Sabes qué pienso? —dijo John.

—¿Algo profundo?

—No. Creo que estoy en una habitación acolchada en alguna parte, alucinando. Y espero que nunca me curen.

—Creo que eres una mariposa que sueña que es un hombre. Me alegro de estar en tu sueño. —Ella agitó los huevos y los rascó con una espátula.

—¿Te gustan los hombres mayores?

—Uno de ellos. —Alzó la cabeza, seria—. Me gustan los hombres que son considerados... y juguetones. —Siguió rascando—. El último par de novios que tuve eran todo polla y nada de corazón. He estado sola los últimos meses.

—Me alegro de haber sido útil.

—Podrías alquilarte. —Rió—. Debes de haber sido imposible cuando eras más joven.

—Distinto.

Literalmente.

Ella sirvió agua caliente en un cuenco, luego volvió a atender los huevos.

—He estado pensando.

—¿Sí?

—Los manuscritos perdidos de los que hablábamos anoche, todas las explicaciones diferentes... —Dividió los huevos en cuatro masas y los volvió—. ¿Has leído alguna vez algo de ciencia ficción?

—No. Vonnegut.

—Las tostadas. —Puso rápidamente cuatro panes en la tostadora—. Escriben sobre

universos alternativos. Muy parecidos a éste, pero distintos de una manera o de otra. Importante o trivial.

—Qué, uh, qué tontería.

Ella se echó a reír y retiró el agua caliente del cuenco, y lo secó con un trapo.

—Tal vez, supongo. ¿Pero y si... y si todas esas versiones fueran igualmente ciertas? En universos distintos. Y por algún motivo todos se unen aquí. —Empezaba a servir los huevos en el plato cuando llamaron a la puerta.

Se abrió y entró Ernest Hemingway. Gallardo, de unos veinte años, con la capa del uniforme italiano que había traído de la guerra. Apuntó a Pansy con el bastón blanco y negro.

—Bingo.

Ella miró a John y luego al Hemingway. Dejó caer el cuenco, que repicó en el suelo sin romperse. Sus rodillas se doblaron y se desplomó, ejecutando medio giro al caer, de forma que su nuca golpeó el suelo de madera con un retumbar sordo y la bata de felpa se abrió de cintura para abajo.

El Hemingway se quedó mirando su aspecto frontal.

—A veces desearía ser humano —dijo—. Vuestros placeres son intensos. Simples, pero intensos. —Avanzó hacia ella con el bastón.

John se levantó.

—Si la matas...

—¿Sí? —Alzó una ceja—. ¿Qué harás?

John dio un paso al frente, y el Hemingway agitó el bastón. Una pared de ladrillos hasta la cintura, rematada de picas afiladas como agujas, apareció entre ellos. El Hemingway volvió a hacer un gesto y apareció un foso imposible, lo bastante profundo para introducirse en el piso de Julio. Estaba lleno de agua y un gran cocodrilo salió a la superficie y apoyó la barbilla sobre el parqué, mirando a John. Bostezó, enseñando los dientes.

El Hemingway alzó el bastón.

—El extremo blanco. No mata, ¿recuerdas? —La pared y el foso desaparecieron y el bastón tocó levemente a Pansy por debajo del ombligo. Ella se retorció un poquito, pero siguió durmiendo—. Tendrá dolor de cabeza. Y se sentirá un poco confundida por el incomunicable recuerdo de haberme visto. Pero todo eso se desvanecerá, comparado con la terrible tragedia de que su nuevo amante muera aquí, sentado mientras esperaba el desayuno.

—¿Disfrutas con esto?

—Me gusta mi trabajo. Es todo lo que tengo. —Se acercó a él; sus pisadas chapotearon cuando cruzó el lugar donde había estado el foso—. Pero no has ayudado. En absoluto.

Se sentó frente a él y sirvió café en un tazón que decía: AL SEXTO DÍA, CUANDO DIOS CREÓ AL HOMBRE, ELLA DEBÍA TENER LA REGLA.

—Cuando me mates esta vez, ¿crees que «prenderá»?

—No lo sé. Nunca ha fallado antes. —La tostadora hizo ruido—. ¿Una tostada?

—Claro. —Dos piezas aparecieron en su plato y otras dos en el del Hemingway—. Normalmente, cuando matas a la gente, ¿se quedan muertos?

—No mato a tanta gente. —Untó margarina sobre su tostada, hizo un gesto y apareció la mermelada—. Pero cuando lo hago, sí. Mueren por todo el Omniverso, en todos los cronoespacios. Todos excepto tú. —Apuntó con su tostada a la tostada de John—. Adelante. No está envenenado.

—No es mi idea de una última cena.

El Hemingway se encogió de hombros.

—¿Qué te gustaría?

—Olvídalo. —Untó mantequilla y apiló mermelada encima, decidido por algún extraño impulso a actuar como si no sucediera nada fuera de lo común. Desayuno con Hemingway, gran cosa.

Estudió la aparición y advirtió que era transparente, casi como el típico fantasma de televisión. Apenas podía ver una línea que era el dorso de la silla y dividía su pecho por debajo del nivel de los omóplatos. ¿Se trataba de algo nuevo? En el tren no había mucha luz; tal vez no se había dado cuenta antes.

—Me gustaría saber qué piensas.

No comentó que podía ver a través del Hemingway.

—¿No se te ha ocurrido que tal vez se supone que no tienes que matarme? ¿Y que por eso vuelvo?

El Hemingway se rió y admiró sus uñas.

—Ésa es una afirmación casi sin contenido.

—Oh, claro. —Mordió la tostada. La mermelada era fuerte, agradablemente amarga.

—Presupone una autoridad superior, desconocida para mí, que vigila mi conducta y me corrige cuando me equivoco. No existe, lo siento.

—Eso es lo más viejo que existe en teología. —Soltó la tostada y se frotó el estómago; no debería comer algo tan fuerte a primera hora de la mañana—. Sólo puedes hablar de la no existencia de algo; no puedes demostrarlo.

—Lo que quieres decir es que tú no puedes. —Alzó el bastón y lo miró—. La explicación más sencilla es que al bastón le pasa algo. No puedo probarlo; si mato a la persona equivocada, habrá que pagar un verdadero infierno arriba y abajo del Omniverso. Pero lo que sí puedo hacer es matarte sin el bastón. Y ver si regresas otra vez, en algún cronoespacio.

Un dolor agudo y penetrante apuñaló ahora su estómago.

—Hijo de puta. —El corazón latía despacio, con fuerza: la camisa se agitaba al ritmo de sus espasmos.

—Cianuro en la mermelada. Le da cierto *frisson*, ¿no crees?

No podía respirar. Su corazón latió una vez, y se detuvo. Sintió un terrible dolor en su brazo izquierdo, luego parálisis. A un palmo de distancia pudo ver el ondular del mantel blanco. Se volvió rojo y luego negro.

EL SOL TAMBIÉN SALE

De la negrura a la brillantez: el sol de la mañana se filtraba por la ventana en un ángulo plano. John hizo una mueca y parpadeó.

Se sintió súbitamente envuelto en felpa, entre suaves pechos.

—John, John.

Se apoyó en un codo para levantarse, incómodo en el suelo de parqué, y miró a Pansy. Su cara estaba mojada por las lágrimas. Se aclaró la garganta.

—¿Qué ha pasado?

—Tú... empezaste a ponerte en pie... y te caíste. Pensé...

John examinó su cuerpo: músculos duros y nudosos y un bronceado profundo bajo el vello blanco, la herida de bala un poco más alta sobre el abdomen. La pierna izquierda terminaba en un muñón justo por encima del tobillo.

Intentó no desmayarse. Su tercer pasado le inundó. Caminaba por una carretera de tierra cerca de Kontum cuando sintió el súbito estallido de la mina y se abalanzó hacia delante, con un dolor increíble; rodó y vio su bota ensangrentada a varios metros de distancia; la tibia gris y ajada asomando por la pernera humeante del pantalón, el escarlata brillante manchando el polvo sucio, fuerte en mitad del silencio de muerte; otra mancha de sangre apareció entre sus piernas, el dolor profundo y mortal allí, y empezó a retorcerse y a gritar, y dos hombres lo agarraron mientras el enfermero se quitaba el cinturón y hacía un torniquete y le inyectaba morfina a través de la tela, desabotonaba su bragueta y lentamente le bajaba los pantalones; el pene desgarrado por la metralla, el escroto abierto en un gran pliegue de piel roja, un testículo azul grisáceo ensangrentado separándose, rodando. Se desmayó, entonces y ahora.

Y despertó con los labios de ella contra los suyos, su aliento dulce en los pulmones, las aletas de la nariz dolorosamente tensas. Emitió un sonido ahogado y se agarró a su pecho.

Ella le acunó la cabeza, jadeando, sonriendo a través de las lágrimas, y le besó ligeramente en la frente.

—¿Dejarás de desmayarte ahora?

—Sí. No te preocupes. —Los labios de ella temblaban. John los cubrió con un dedo—. Sólo ha sido una noche más larga de lo acostumbrado. Una sobre-dosis de felicidad.

La noche más feliz de su vida, tal vez de tres vidas. Como volver de la tumba.

—¿Quieres que llame a un médico?

—No. Me desmayo de vez en cuando. —Normalmente en el gimnasio, por hacer demasiada fuerza. Deslizó su mano por dentro de la bata y acarició su pecho—. Ha pasado... ¿sabes cuánto tiempo ha pasado desde que... lo hice? Quiero decir... ¿tres veces en una noche?

—Unas seis horas. —Ella sonrió—. Y puedes decir *follar*. No soy una niña de escuela.

—Lo diré. —La noche había sido una progresión creciente de intimidades, ejercicios gimnásticos y accesorios—. Me pregunto dónde ha aprendido todo eso una chica tan dulce como tú.

Ella apartó la mirada, frunciendo los labios, pensativa. Con la punta de un dedo acarició la longitud de su pene y sonrió cuando éste empezó a reaccionar.

—En el trabajo.

—¿Qué?

—Fui prostituta. Allí aprendí los trucos. La práctica crea la perfección.

—Prostituta. Uau.

—¿Te extraña? ¿Te sientes ofendido?

—Sólo sorprendido. —Era cierto. Respetaba ese oficio y lo agradecía por haber hecho que Vietnam casi fuera tolerable, una hora o así cada vez—. Pero ahora tendrías que hacer algo realmente malo. Nunca podría amar a una prostituta con un corazón de oro.

—Lo pensaré —cambió de postura—. ¿Crees que puedes levantarte?

—Claro. —Ella se incorporó y le dio la mano. Él la cogió pero no tiró; se alzó con un movimiento suave y practicado, luego dio un saltito y se sentó en la mesita. Empezó a calzarse el zapato.

—He leído sobre esas prótesis nuevas —dijo ella—. Las permanentes.

—Sí, yo también. Interfase por ordenador, conecta tus nervios a sensores. —Se estremeció—. No, gracias. No más operaciones.

—¿No merece la pena por la comodidad?

—¿Y poder torcerme un tobillo, sentir que me pica el pie? No. Además, la asociación de veteranos no pagaría la operación. —John se sorprendió al decir eso: allí no había nacido rico. Su padre había comprado una empresa de fotocopias seis meses antes de que Xerox saliera al mercado—. Dices que «fuiste» prostituta. ¿Ya no lo eres?

—No. Lo de la enseñanza era verdad. Vamos a acabar con estos huevos. —Recogió el cuenco que había dejado caer cuando él se desmayó. Era el mismo cuenco que había soltado en el otro universo—. Lo dejé hace unos siete años.

—¿Cuando eras una adolescente?

—No seas adulator. En parte, tenía miedo del sida. Les obligas a usar condón, pero no son de fiar al cien por cien. Luego está la eyaculación precoz, de la que normalmente no discuto antes de desayunar.

—¿Cómo te metiste en el negocio?

—Fue en Iowa City. —Se echó a reír—. El centro del pecado del Medio Oeste. Yo iba a lo mío, haciendo el amor con una botella de Coca-Cola...

—¿Una botella de Coca-Cola?

—De las antiguas, con el cuello estrecho.

—Gracias a Dios.

—Estaba en primer curso de carrera y trabajaba bailando desnuda en un sitio llamado Sportsman's Lounge. Un garito barato; me daban veinte dólares por sesión y luego tenía que meter mis propias monedas en la máquina de discos para bailar al son de la música. —Sacó los huevos del frigorífico—. Los viernes y sábados por la noche eran especiales. Tenían un contador de aplausos, y la chica que obtenía la mejor reacción ganaba una bonificación de cien dólares. Eso nos llevaba al paroxismo.

—Sospecho que también llevabas al público.

—Eso espero. —Cascó los huevos, reflexiva, mirando a la nada, recordando—. Yo me subía la botella de Coca-Cola al escenario y bailaba a su alrededor durante un par de números. Cuando parecía el momento oportuno, me agachaba y la cogía por el cuello. Sin manos.

—Yo aplaudiría.

Ella batió los huevos, despacio.

—Jugaba un rato con la botella, luego fingía un orgasmo y salía del escenario. —Mordió un trocito de tocino—. Está frío. ¿Por qué no lo uno todo y hago una tortilla?

—Vale. ¿Entonces empezaste a llevarte clientes a casa?

—Sólo en mi mente. —Sonrió—. Me iba a casa y me metía en un baño caliente y recordaba sus caras. Eso era lo mejor del trabajo. Acumulaba toda aquella tensión sexual, pero nunca podía dejarla escapar, no delante de desconocidos. —Sacó una cebolla pequeña de una bolsa, cortó la punta y la parte inferior y la peló cuidadosamente—. Un día apareció un tipo en

el descanso y me preguntó si me gustaría pasar a una línea de trabajo más sencilla.

—No parecía un chulo, ¿verdad?

—Ni siquiera parecía un cliente. —Ella se concentró en cortar la cebolla, con la punta de la lengua entre los dientes—. Chaqueta y corbata, cuarentón. Pensé que iba a pegarme y me preparé para ser amable —Puso un trocito de la cebolla en la grasa del tocino y la observó mientras encendía el hornillo—. Entonces no quería hacerlo con desconocidos. Algunas de las chicas salían con los clientes; sacaban veinte, treinta, tal vez cincuenta dólares como máximo. Yo no tenía niños que cuidar, ni hábitos caros, así que para mí no merecía la pena. —Alzó la cabeza—. Me gusta freír la cebolla primero, para que esté dulce.

—Me comeré todo lo que me pongas delante.

—Promesas, promesas. Bueno, pues dirigía un «servicio de citas» en Coralville Strip que era legal, en realidad sólo utilizaba un álbum de fotos y una agenda con números de teléfono. Todas teníamos una foto de estudio y otra de cuerpo entero con traje de noche. —Introdujo el tocino en los huevos y se lavó las manos—. Él descartaba a los tipos raros y a los pirados; llamaba a unos cuantos números falsos y decía que no había nadie disponible. Todos los demás, los «normales», pagaban veinte pavos y les decían dónde tenían que reunirse conmigo. Recibía clientes de un par de restaurantes.

—¿Saliste alguna vez con alguien que pensara que sólo era una cita?

—A veces. Cena gratis, tal vez al cine... pero podía ser una lata. Imagínate dos horas en un restaurante con un tipo que sólo te mira y se sonroja y ni siquiera es capaz de decir «pásame el azúcar». Prefería una noche de sexo raro.

—¿Hay sexo raro de verdad en Iowa?

—Aja. Tenía un tipo que venía el último viernes de cada mes y que sólo quería que me meara encima mientras se corría. ¿Te lo imaginas? Doscientos pavos por ver mear a alguien. Incluso compró sus propias sábanas impermeables.

La cebolla empezó a chisporrotear. Ella vertió el resto en la sartén y empezó a agitarla. El aroma llenó la habitación; el estómago de John rugió.

—¿Cobrabas doscientos dólares a todo el mundo?

—A veces más, si pasaba la noche. Menos veinte dólares por el servicio.

—¿Y cómo pasaste de mearte encima de pervertidos en Iowa a enseñar a niños retardados en Key Largo?

—Ciegos, no retardados.

—Lo siento.

Universo equivocado.

—Tres de ellos son levemente retardados también, y es una pena. Pero utilizamos máquinas de IA, inteligencia artificial, que los tratan mejor que las personas. Tienen lentos interfases Braille y cálidas voces maternas que nunca se enfadan. —Alzó la cabeza—. No puedes mostrar pena en la voz. Oyen las lágrimas, se confunden. Piensan que te están haciendo daño, y entonces son ellos quienes empiezan a llorar. —Volvió a mirar la sartén.

—Pero a ti sí te hacen daño.

Pansy se encogió de hombros.

—Hay daños y daños. ¿Tienes algo en contra del ajo para desayunar?

—Vamos por ello.

Ella ladeó la cabeza, sorprendida. No usaban esa expresión allí.

—Repelente de vampiros. —Aplastó dos dientes con un lado de la hoja del cuchillo, quitó la piel, los cortó a trocitos, y los vertió en la sartén—. Básicamente, fue el clima. Vine a Lauderdale entre semestres, y ¡caramba!, era tan bonito... Nadar, y beber ron y tomar el sol. Me tiraba a un tío porque me gustaba, o sólo porque era atractivo. Eso tuvo algo que ver. Pero sobre todo fue no estar chapoteando con nieve hasta el culo a mediados de marzo.

—¿Encontraste un servicio de citas aquí?

—Sí, aquí en Key West, un servicio de compañía. —Lo meneó todo y vertió los huevos y el tocino—. Era muy distinto. Los tipos de Iowa eran amables. Incluso los que querían amarrarte y lamerte... eran caballeros antes y después. Incluso durante.

—Aquí es diferente.

—Más gente de paso... Quiero decir: ¿quién va a Iowa City a echar un polvo? Pero los locales tampoco son un crucero de placer.

»En Iowa, los clientes eran solteros tímidos que no tenían suerte con las mujeres o casados que querían que les hicieras cosas que sus mujeres no sabían o no querían hacer. Sexo oral o anal, o sólo decir guarradas, lo que fuera. O que fueras joven y lo bastante bonita para endurecerles la polla. —Colocó una espátula bajo los huevos y los recogió, ladeando un poco la sartén, como una experta—. No tenía ningún problema con eso, y sigo sin tenerlo. Salvé más matrimonios de los que herí.

—Terapia sexual.

—En líneas generales, sí. Un tipo quiere hacer algo fuera de lo corriente, tal vez con silbatos y campanitas, y luego se queda allí tumbado y charla. Muchos de ellos sobre todo quieren alguien que les escuche. —Repitió la maniobra con la espátula—. Aquí abajo es una historia diferente. Turistas, paletos del sur, cubanos... sobre todo los cubanos de Mariel. Te pagan cincuenta pavos por una chupada y eso les da derecho a tratarte como un trapo. Machismo. —Apuntó con un dedo a su garganta en un gesto significativo—. Ahorré un poco de dinero y me largué.

Dividió la tortilla en dos y sirvió cada mitad en un plato de papel y los llevó a la mesa.

—Es curioso que mencionaras a los retardados. Es así como empecé. Fui a Miami a hacer un master en educación especial, por causa de algún trabajo que hice en Iowa con niños retardados, y también con adultos. Son gente agradable. Los tratas con un poco de decencia y te corresponden con tanta energía... ¿Está todo bien?

—Delicioso.

—Pero siguiendo las recomendaciones de una amiga, me apunté a un taller especial para enseñar a los ciegos. Había que llevar una venda en los ojos durante dos semanas, confinada en una planta del edificio. Ejercicios de empatía.

»Al principio es aterrador. Quiero decir que te levantas en mitad de la noche, o de día, no puedes saberlo. Tuve que encontrar el camino del baño; al principio no podía encontrar ni siquiera el pomo de mi propia puerta. Entonces recorrí el pasillo arriba y abajo, no pude encontrar el baño. No había nadie más despierto. Finalmente, tuve que ponerme en cuclillas en medio del pasillo. —Dio un bocado a la tortilla—. Mearte encima de un tío que paga por el privilegio no es embarazoso. Es una especie de broma. Pero mearte en el suelo por no pensar que había que contar los pasos hasta el baño es mortificante. Me quedé allí de pie durante horas, para que nadie lo pisara, hasta que llegó el conserje. Me dijo que no me preocupara, que pasaba constantemente. Pero fue horrible. Y me enseñó mucho sobre lo que supone estar indefenso.

—¿No pudiste encontrar el camino de regreso a tu propia habitación?

—Ése no era el problema. Tenía una habitación en una esquina.

—Pansy... ¿sabes? La mayoría de la gente lo dejaría correr y luego regresaría a su habitación. Nadie podría identificarlos.

Ella se echó a reír.

—No se podía hacer eso.

—¿Cómo fue a las dos semanas? ¿Te acostumbraste a la ceguera?

—No. Muchos ciegos no lo hacen nunca. Pero sí desarrollé un sexto sentido, que todo el mundo tiene, y en el que algunos ciegos confían de verdad. ¿Sabes? ¿Como cuando caminas por una habitación oscura, absolutamente oscura, y puedes «sentir» que te acercas a una pared?

Él asintió.

—Se hiperdesarrolla cuando simplemente no puedes ver las paredes. Puedes sentirlas cada vez desde más lejos. Notas la diferencia entre una ventana y una pared. Es como percepción extrasensorial.

—¿Pero no lo es?

—Dicen que no. Es una combinación de pistas acústicas y sentir la presión del aire en tu cara y tus manos. En los pechos. Pero con el tiempo parece una especie de segunda visión; tu imaginación suministra las paredes y puertas y ventanas... si has tenido visión antes. Una persona que nunca ha visto, naturalmente, tiene creado un universo a base de tacto, sonido y olor... —Se cubrió la cara con ambas manos, y le miró entre los dedos—. Dios, estoy charlando y charlando. Lo siento.

—Adelante, charla. Podría escucharte eternamente.

—No. Sólo estoy... nerviosa.

—No te lo reproches. Te he dado un buen susto.

—No. Sí, pero... ah, demonios. Son muchas cosas.

—Háblame de ellas. Algunos terapeutas necesitan terapia. Te debo unos veinte años.

—No me debes nada —dijo ella con triste tono de voz—, absolutamente nada. —Estudió el huevo en su plato, y comió un trocito—. Teníamos un instructor en Miami que era ciego desde los cinco o seis años. Era agudo, casi duro. Me gustaba. Nos acostamos un par de veces.

—¿También era duro en eso?

—Como el palo de una escoba. Era parte del juego. —Se pasó un dedo por los labios—. Él no sabía si eras hermosa o no, claro. Sucedió porque alguien le dijo que yo era guapa. Creo que todas las mujeres eran guapas para él.

»Leía tu cuerpo como un mapa, como un libro. Repasaba cada centímetro cuadrado con sus labios, su lengua, la yema de sus dedos. Tan suave que era como si tuvieras mariposas por todo el cuerpo, estudiándote. Incluso cuando te introducía el dedo o la lengua, era más exploración que estimulación. Naturalmente, el resultado era fenomenal. Te mantenía tambaleándote al borde del orgasmo con un mordisco aquí, un lametón allá... su boca en puntos eróticos mientras sus dedos exploraban un tobillo o el interior de tu rodilla. Y luego, cuando ya no lo podías soportar más... él lo notaba por la forma en que tocabas la cama con la cabeza y los talones... te introducía la lengua y hacía que te corrieras como si fuera el polvo del siglo, como un martillo pilón.

Se lamió los labios.

—Pero durante todo ese tiempo, su polla le seguía como si fuera una estela. La notabas de vez en cuando, caliente y dura y un poco húmeda, pero era como si la ignorara deliberadamente. Luego, cuando tú habías acabado, flácida como un trapo, adoptaba la postura del misionero, te la metía, se movía un par de veces, y luego se estremecía un poquito. Eso era todo.

John advirtió que sudaba un poco. Se secó la cara con una servilleta.

—Así que el orgasmo real no era tan importante.

—No. Después de la cuarta o la quinta vez se lo pregunté, y me dijo que de hecho a veces era más dolor que placer. Sabía que era psicológico; que a causa de su vulnerabilidad física no podía permitirse perder el control. Pero tampoco veía ninguna razón para cambiar, ya que le encantaba el tacto y el sabor de las mujeres, y podía llamar a un par de docenas que estarían aporreando su puerta antes de que hubiera terminado de colgar el teléfono.

John asintió lentamente y dio dos golpes en el suelo con la pierna artificial, un tic nervioso que nunca podía impedir una vez comenzado. Volvió a dar dos golpecitos y su otro pie se retorció, con tanta fuerza como si fuera un calambre.

—¿Te suena familiar?

—Oh, sí. Cuando volví de Vietnam. —Hizo una mueca y se frotó la cara.

—No tienes por qué hablar de ello.

—Era como un colega tuyo, ya sabes, el Peñón de Gibraltar, aunque no podía sentir gran cosa. Demasiados nervios cortados. Hoy en día podrían unirlos, microcirugía. Pero no en 1968.

—Ése... ése fue todo un año.

Él sonrió.

—El año en que naciste. —Ella asintió—. Cuando las chicas se enteraban de cómo fui herido, y dónde, se abrían para mí. Odia la guerra y ama al soldado. Y cuando descubrieron cuánto podía durar, se colgaban conmigo. Se lo decían a sus amigas. —Se rió—. Caray, los sesenta. ¡A veces lo hacía con dos a la vez, y una vez fueron cinco! Pusimos dos colchones en el suelo, y me pasaban de una a otra. Me llamaban Picha Dura. «Toma, Picha Dura.»

—¿Todavía en los sesenta?

—No, el 21 de noviembre de 1971... los sesenta duraron hasta el setenta y cuatro. Veamos, habitación veinticuatro del Holiday Inn de Boston. Allá estaban Alice, Toni, Arna, Elizabeth y Kay. Estuvimos bebiendo Black Velvets, Guinness y champán barato. Fumamos Alice's Acapulco Gold. Recuerdo a Alice con la mano en la puerta, diciendo: «Me gustaría que conocieras a unas amigas.» Encendió la luz y allí estaban, todas desnudas y esperando.

—¿No es sólo con los libros? ¿De verdad que no olvidas nada?

—Es una bendición y una maldición. Incluso recuerdo cosas que no se pueden describir con palabras. Cómo Elizabeth sabía diferente a Arna; lo recuerdo como si todavía estuviera en la habitación veinticuatro.

Ella se echó a reír.

—Me pregunto cómo es que tu cerebro no se satura y deja de recordar.

—Sí.

Tres conjuntos distintos de recuerdos. Kay no estaba en el primer universo; en cambio, había una negra, Willa. En el segundo universo, Alice llevaba un tampón, y Elizabeth, drogada y borracha, no paraba de tirar del hilo, ding dong, y luego de su pene, dong dong.

—Algún día me pararé en seco. La gente me preguntará por qué bebo, y yo responderé «Para olvidar», y será la sencilla y triste verdad.

—¿No te ha estudiado nadie?

—En realidad, no. Un psiquiatra, hace unos veintitantos años. Tenía problemas con la guerra, con mis heridas. El asunto de la memoria apareció, pero él no se lo creyó de verdad, y yo no lo forcé... de todas formas, me hicieron un electroencefalograma y un escáner de positrones, y no aparecieron anormalidades. Me dio el sabio consejo de que todo desaparecería con el tiempo, y mientras tanto que tomara Valium. Tardé unos cuantos años en superarlo.

Ella asentía, mientras pensaba furiosa.

—La mayoría de la gente sigue una «curva de aprendizaje», ¿sabes? Se sientan en una clase y recuerdan casi todo lo que dice el profesor en los primeros minutos (todo se archiva en la memoria a largo plazo), y luego recuerdan cada vez menos a medida que avanza la hora, mientras el profesor sigue hablando...

—He visto esa curva, sí. Luego lo recuerdan todo en los últimos minutos. Porque estamos entrenados para esperar que el profesor haga un resumen al final. Pero no, yo no hago eso. Aunque esté aburrido, lo recuerdo todo. Podría dar marcha atrás y repetir lecciones aburridas que oí en mi primer curso... y decirte quién estaba sentado a mi lado ese día, qué ropa llevaba, y todo eso. —¡Vaya!

—Pero no es verdadero conocimiento; no es así la literatura americana, o alguna de mis aficiones, como la fotografía o la música clásica. Es como una biblioteca interminable de vídeos triviales. Me concentro de cierta forma y ese día-hora-minuto regresa. No está

integrado en un gran cuerpo de conocimiento, y por eso no gobiernan el mundo. O el departamento de inglés.

—¿Un día es igual que el otro? ¿Recuerdas ayer con la misma fuerza que la semana pasada o hace diez años?

—Ayer... anoche. —Extendió la mano y apretó la de ella—. Ése permanecerá con fuerza, más cerca de la superficie. Los momentos de intenso placer o dolor siempre lo hacen. A veces puedo cubrir un mal recuerdo con uno bueno, si lo capturo lo bastante rápido. Me ayudarás mucho con eso.

—Bien, eso espero.

—Sé que lo harás. Nada como tú me ha sucedido jamás antes.

Excepto en otros dos universos.

—¿La guerra sigue aún cerca de la superficie?

—Algo. Las heridas, puedo recordarlas de pe a pa. A cámara lenta. Primerísimo plano. —Se estremeció y su pie se agitó dos veces; luego otras dos. En sus ojos asomó una expresión neutra y con un suspiro entrecortado apretó con tanta fuerza la mano de ella que le hizo dar un respingo.

Ella le cubrió la mano en tensión con la que le quedaba libre, hasta que sus ojos regresaron al presente.

—No puedo hacerte esto.

—¿No... puedes hacer qué?

—Oh, mentir. Seguir mintiendo. —Ella se levantó bruscamente y se acercó al frigorífico—. ¿Quieres una cerveza?

—¿Mentir? No, no, gracias. ¿Qué mentira?

Ella abrió una cerveza, todavía sin mirarlo.

—Me gustas, John. Me gustas de verdad. Pero no caí... espontáneamente en tus brazos. —Dio un buen sorbo y luego empezó a servir la bebida en un vaso.

—No comprendo.

Ella regresó, concentrada en servir la cerveza, y luego se sentó sin ánimo. Inspiró profundamente y lo soltó todo, mirándole al pecho.

—Castle lo preparó.

—¿Castle?

Ella asintió.

—Sylvester Castlemaine, chico maravilla.

John se echó hacia atrás, aturdido.

—Pero dijiste que ya no te dedicabas a eso —dijo sin demasiada lógica—. Ya no trabajas por dinero.

—Por dinero no —respondió ella llanamente, herida.

—Tendría que haberlo sabido. Una mujer como tú no querría... —Hizo un gesto que despreciaba su cuerpo de cintura para abajo.

—Te arreglas bien. No sientas lástima de ti mismo. —Su rostro mostraba una pizca de pesar por eso, pero continuó—. Si fuera sólo la obligación, una vez habría sido suficiente. No habría tenido que joder y chupar toda la noche para convencerte.

—No. Es verdad. Sólo el primer momento, cuando te desnudaste. Eso fue suficiente.

—Le debo un gran favor a Castle. Una amiga mía iba a ser juzgada por implicar a una menor en prostitución. Fue una trampa, pura y simple.

—¿Trabajaba en lo mismo que tú?

—Sí, pero por libre. Creo que fue el servicio de compañía el que preparó la trampa, la entregó a ella y al tipo a cambio de una cosa u otra.

Sorbió la cerveza.

—El tipo quería un trío. Mi amiga había conocido a esa chica un par de días antes en el

bar donde trabajaba a horas... parecía lo bastante mayor; dijo que estaba en el negocio.

—¿No era así?

—¿Quién lo sabe? Tal vez la cogieron como delincuente juvenil e hizo un trato. El tipo se la acababa de meter y de pronto aparecen polis por las ventanas. Le leen sus derechos. «Dos pulgadas, veinte años», dijo mi amiga. Era un comisionado de alguna parte, con enemigos. Casi arrastró a mi amiga consigo. Lo siento. —Su voz sonaba furiosa.

—No lo sientas —contestó John, casi en un susurro—. Es comprensible. Pase lo que pase, tengo lo de anoche.

Ella asintió.

—A dos de los polis que iban a declarar los pillaron por posesión de cocaína. Se corrió la voz, y todo el mundo recordó que la mujer era de otro caso.

—¿Y qué quería hacer contigo Castle? ¿Conmigo?

—Oh, lo que fuera natural... o *innatural*, si eso es lo que querías. Y que más tarde lo hiciéramos en cierto sitio y a cierta hora, para que nos pillaran en el acto.

—¿Castle?

—Y su cámara de vídeo. Entonces supuse que amenazaría con mostrárselo a tu esposa, o a la universidad.

—Me extraña. Lena... Lo he hecho con otras mujeres.

—Pero no últimamente.

—No. No desde hace años.

—Podría ser distinto ahora. Ella podría estar empezando a sentirse... bueno, insegura.

—Cualquier mujer que te mirara se sentiría insegura.

Ella se encogió de hombros.

—Eso podría ser parte del tema. ¿También podría costarte tu trabajo?

—No veo cómo. Sería embarazoso, pero no tanto como si fueras una de mis estudiantes... e incluso esas cosas pasan sin que le cueste a nadie el trabajo. —Se rió—. El pobre Harry. Besó a una estudiante, se supo, y tuvo que dirigir el comité de conferenciantes durante cuatro o cinco años. Acabó siendo alérgico al vino y al queso. Pero conservó el cargo.

—¿Entonces qué es? —Ella se inclinó hacia delante—. ¿Eres adicto o algo así?

—¿Adicto?

—¿Cómo puedes conocer a Castle? No encontré tu nombre en una guía telefónica y me hizo venir a seducirte sólo por ver qué pasaba.

—No, por supuesto que no.

—¿Entonces? Yo confieso, tú confiesas.

John se pasó una mano por la cara y apretó la otra contra su rodilla, para impedir que el pie se sacudiera.

—No quiero que estés implicada.

—¿Cómo llamas a lo de anoche, el baile de la escoba? ¡Estoy implicada!

—No en lo que me refiero. Es ilegal.

—Oh, vamos. No me digas.

—Déjame pensar. —John recogió los platos y cojeó hasta el fregadero. Los dejó allí y manipuló las correas y almohadillas que conectaban el pie al muñón, luego se sirvió una taza de café y regresó, sin cojear.

Se sentó lentamente y sopló el café.

—Lo que pasa es que Castle piensa que hay un timo en marcha. Se equivoca. He tomado medidas para asegurarme de que no pueda funcionar.

Su pie se agitó dos veces cuando advirtió que no era cierto, allí no: en este universo no había contado con la colaboración inconsciente de Abramsom al presentarle la hipótesis de vamos-a-hacerlo-como-si-fuera-una-broma. Había pretendido hacerlo, pero el jefe de departamento estaba de vacaciones cuando John fue a trabajar a la JFK.

—No podría funcionar.
—Eso crees. Eso esperas.
—No. Estoy seguro. Además, continúo con Castle porque necesito su experiencia en cierto asunto.
—En «cierto asunto», sí. Parece radical.
—En realidad, esa parte no es ilegal.
—Entonces háblame de ella.
—No. Podría tener consecuencias negativas.
Ella hizo una mueca.
—Ya sabes qué podría tener consecuencias negativas. Al carajo con Castle.
—Puedo encargarme de él.
—Eso no lo sabes. Puede que sea más peligroso de lo que piensas.
—Habla mucho.
—¡Hombres! —Ella dio un sorbo y sirvió el resto de la cerveza en el vaso—. Mira, estuve en una fiesta con él hace un par de años. Estaba borracho, se metió un poco de coca, empezó a farfullar.
—*In vino ventas?*
—Sí, y la coca es la chispa de la vida. Pero dijo que había matado a tres personas, desconocidos, sólo por ver qué se sentía. Le gustó. Le creí.
John la miró en silencio un momento, sorteando sus nuevos recuerdos de Castle.
—Bueno... tiene cierta mala uva. Pero no sé nada de asesinatos. Desde luego, no tiene nada que ver con este asunto.
—¿De qué se trata?
—Tendrás que confiar en mí. No puedo decírtelo, pero no es por causa de Castle. —La recordaba un universo atrás, tendida e indefensa mientras el Hemingway apuntaba con su bastón a su desnudez—. ¿Confías en mí?
Ella estudió su vaso, pasando el dedo por el borde.
—Supongo que sí. ¿Y ahora qué?
—Continúa con el asunto como de costumbre. No me has dicho nada. Entrégame a Castle y su video-cámara. Intentaré hacer una buena actuación.
—¿Y cuando te la presente?
—Depende de qué quiera. Sabe que no tengo mucho dinero. —John se encogió de hombros—. Si no es razonable, puede seguir adelante y mostrarle la cinta a Lena. Ella podrá soportarlo.
—¿Y tu jefe de departamento?
—Me dará una medalla.

EN NUESTRO TIEMPO

—Así que no era el bastón. Tomó cianuro suficiente para matar a un caballo, pero evidentemente sólo en un universo.

—¿Comprobaste el día siguiente en todos los demás?

—En los 119. Sigue muerto en donde lo maté en el tren...

—Eso es positivo.

—... pero no hay ninguna resonancia causal en los otros.

—Oh, pero sí hay algo de resonancia. Te recordó en el universo donde lo envenenaste.

Tal vez en todos ellos.

—Eso es imposible.

—Una vez es imposible. Dos es una tendencia. Ciento veinte significa que está pasando algo que no comprendemos.

—Lo que sugiero...

—No. No puedes volver y matarlos a todos uno por uno.

—Si la vara hubiera funcionado bien la primera vez, todos estarían muertos de todas formas. No hay motivos para pensar que causaríamos más que una perturbación matándolos uno a uno.

—No es una cosa para experimentar. Como bien sabes.

—No sé cómo vamos a resolverlo de otra forma.

—Es sencillo. No lo mates. Vuelve a hablar con él. Puede que esté asustado, si recuerda que murió ambas veces.

—Tengo una idea. ¿Y si lo matara otra persona?

—No sé. Si contrataras a alguien y le hicieras agente directo de tu voluntad... no sería muy distinto al cianuro. Tal vez como último recurso. Habla primero con él.

—Muy bien. Lo intentaré.

EDUCACIÓN DE LA CARNE

—Sólo el primer par de líneas —dijo Castle—. Se lo llevaré para que haga las ampliaciones.

—Muy bien.

Lena había colocado los bloques de madera en orden alfabético a la derecha de la máquina de escribir. «Jim Gilmore llegó de Canadá a la Bahía de Hortons», tecleó, muy despacio. Cada cuarta letra, tenía que colocar una cuña de madera bajo la tecla antes de pulsarla. «Compró la herrería del viejo Hortom.» Tecla equivocada.

—Mierda.

—Hazlo otra vez.

—Ya es suficiente.

—Tienes que hacerlo bien. Repítelo.

—Muy bien, muy bien. —Ella metió un nuevo papel y tecleó con cuidado deliberadamente exagerado. Castle caminó de un lado a otro.

Lena sacó el papel del carro y lo depositó en silencio sobre la mesa.

—No sé.

Castle lo examinó.

—A mí me parece bien.

—No me refiero a eso. No sé si deberíamos hacerlo.

—¿Después de toda esta mierda? ¿Vas a rajarte, o qué?

—No me refiero al proyecto en general. —Señaló débilmente hacia la ventana—. Me refiero a chantajear a John. No quiero hacérselo. No estoy segura de por qué quise hacerlo en primer lugar. No creo...

Castle la agarró bruscamente por el brazo y la levantó de la silla.

—Lee... na. Se la *está follando*.

—Incluso en este momento —dijo ella, devolviéndole la mirada—. Pero no es culpa suya.

Él la empujó contra la silla.

—¡Joder! ¡Mujeres! —Se acercó a la ventana y se apoyó en ella, bañando su cuerpo musculoso en la luz.

—Escúchame por un...

El regresó dando tres grandes zancadas y le apuntó a la cara con un dedo.

—No, escúchame tú a mí. Tengo la cámara de vídeo. Tengo todo el jodido asunto preparado, luces, cámara y acción... ¡y por Dios que vamos a hacerlo!

—Pero...

—Pansy va a estar dos días fuera de la ciudad a partir de mañana. Por la forma en que se ha comportado tu marido, en cuanto regrese se la va a follar como un maldito hombre lobo. Yo estaré en el armario del dormitorio con la pequeña Sony.

—¡Pero no tenemos por qué hacerlo! —Ella estaba casi gritando—. Obviamente, John ha cambiado de opinión. Ha puesto tanto de su parte que ahora va en serio. Lo hará de todas formas.

Casde se la quedó mirando, silencioso, con el cuerpo en tensión. Ella hizo una pausa, intentó borrar el tono de súplica de su voz.

—Continúa y haz la película. Pero no te enfrentes a él en ese momento.

—Claro. Y pasarme toda la puñetera noche en el armario.

—Eso no... puedes hacer que la mujer lo saque de allí. Que vayan a cenar o algo... pero no le hieras con la película. No a menos que tengamos que hacerlo. Déjame hablar con él primero.

Él se cruzó de brazos y la miró ceñudo.

—Trabajaré mejor si está de nuestra parte —dijo ella—. No puedes apuntar a nadie con una pistola y decirle «Escribe una novela».

—Es demasiado tarde para cambiarlo todo.

—No ha cambiado gran cosa. Simplemente, no haremos daño a John.

—Tú eres la que ha cambiado de opinión. Pensé que querías crucificar a ese hijo de puta.

—Mis sentimientos no han cambiado. Ni mis ideas. Ahora pienso más claramente. Tenemos que trabajar como un equipo.

Castle regresó a la ventana y contempló la calle calentada por el sol.

—Tal vez tengas razón. Tal vez.

No quería renunciar a la imagen que había saboreado durante semanas, esperar al momento oportuno y abrir la puerta de una patada... ¡sorpresa! Pero sería más inteligente ceñirse a las cintas... demonios. John Baird podría ser famoso dentro de un par de años, rico y famoso. Ése sería el momento de sacar las cintas de vídeo.

Se dio la vuelta y se sentó en el alféizar. Lena parecía pequeña e indefensa, sentada en las sombras con los brazos cruzados sobre el pecho. Castle saboreó la sensación de control.

—¿Sabes lo que te digo? Haremos un trato.

—¿Qué clase de trato?

—No le haré daño a tu marido. Grabaremos la cinta pero lo mantendremos en silencio. Sólo será un seguro. Pero a cambio... tú no me dejas.

—Yo... no pensaba hacerlo. Sólo tendremos que ser más cuidadosos. —Ella soltó una risita nerviosa—. Además, aunque John lo averigüe, no podrá hacer muy bien de marido furioso y fiel.

—Eso es. Y tendremos pruebas. —La miró durante un segundo, cruzó rápidamente la habitación y guardó la página mecanografiada en una carpeta de plástico azul—. Volveré en una hora o así. Prepárate.

—Claro.

El hizo un gesto con la cabeza y salió por la puerta con un ligero trote.

—Prepárate —susurró ella. Entró en el cuarto de baño e inspeccionó su hombro bajo la potente luz. Marcas rojas producidas por los dedos de él, tal vez no lo suficientemente fuertes para causar magulladuras. Contempló el agua corriendo en el baño y entró en la cocina para prepararse una taza de café y coger una revista.

Depositó la taza en el borde de la bañera y se desnudó con dos movimientos. Con un pie en el asiento del inodoro, usó un espejo de mano para comprobar los daños de la sesión matinal. Un poco de hinchazón. Le gustaba lo que Castle hacía con su ariete, pero sólo una o dos veces por semana sería suficiente. Ansiaba regresar con John y sus costumbres más amables e inteligentes.

Se untó un poco de crema con cortisona y luego se introdujo en el agua caliente. Permanecería en remojo un rato, luego una ducha fría, más crema, y se tumbaría diligentemente en la cama con las piernas abiertas, esperando, o tal vez en el sofá con el culo al aire. Tal vez no fuera demasiado tarde para meterse a monja.

DE HERIDAS Y OTRAS CAUSAS

Aunque a John le resultaba difícil concentrarse y tratar de no pensar en Pansy, ése era el mejor momento que tendría durante el futuro previsible para convocar al demonio Hemingway e intentar hacer algo para exorcizarlo.

No quería que ninguna de las mujeres estuviera cerca de él si aquella maldita cosa empezaba a matar otra vez.

Tal vez ellas hicieran como él, y pasaran a otra realidad (por muy desagradable que eso fuera, al menos era vivir), pero el Hemingway había dicho exactamente lo contrario.

No había ningún motivo para sospechar que no fuera la verdad.

Probablemente, la mejor manera de atraer la atención de la cosa era reemprender el trabajo en el pastiche de Hemingway. Decidió reescribir la primera página para calentarse, tecleando al estilo de Hemingway:

CON LA JUVENTUD

1. Mitraigliatrice

La tierra del costado de la trinchera nunca estaba seca por la mañana . Si Fever encontraba un periódico seco podría ponerlo entre su pecho y la tierra cuando salla a asomarse a la trinchera y esperar a que amaneciera . La primera luz era el mejor momento . Si tenías suerte podías ver el cañón destellar al apuntar . Pero la paciencia era mejor que la suerte . Esperaba ver un casco o una cabeza sin casco .

Fever observaba las trincheras enemigas a través de una caja rectangular de madera que asomaba por la pared de la trinchera a ras del suelo . El otro extremo de la caja estaba cubierto de un cuadrado de lona del color de la tierra . Un hombre que mirara directamente a través de ella podría ver el cañón destellar cuando Fever disparara a través de la caja . Pero con suerte , el destello sería lo último que viera .

Fever había disparado seis veces a través de la lona . Había alcanzado al menos a tres austríacos . Ahora la lona tenía un agujero irregular en el centro . Una bala había salido por el otro lado , un accidente / y había abierto un profundo agujero en el suelo de la caja de madera . Fever sabía que podría ver las astillas saltando antes de alcanzar a ver ningún detalle en la trinchera enemiga .

Tal vez serían veinte minutos . A Fever le apetecía un cigarrillo . Había tiempo de sobra para bajar al bunker y encender uno . Pero enturbiaría su visión nocturna . Mejor esperar .

Fever oyó un movimiento antes de oír la voz . Cogió una de las granadas de la caja a su derecha y su pulgar palpó la anilla del percutor . Alguien se arrastraba ante su posición . Se arrastraba despacio pero no demasiado en silencio . Deslizó su índice izquierdo por la anilla y esperó .

---Ayúdame---dijo un susurro entrecortado .

Fever sintió que sus hombros se tensaban . Naturalmente , muchos austríacos sabían hablar italiano .

---Estoy herido . Ayúdame . No puedo seguir .

---Cuál es tu nombre y tu unidad---susurró

Fever

KKXSX a través de la caja .

---Jean-Franco Dante . Cuatro cuarenta y siete .

Ésa era la unidad que había recibido una paliza en el show de la noche .

---Al amanecer me matarán .

---Muy bien . Pero voy con una granada en la mano . Si me matas , morirás también .

---Recomendaré esta lógica a tu oficial superior . Por favor , date prisa .

Fever introdujo su rifle en la caja de madera y se aupó a lo alto de la trinchera . Sacó la granada de su bolsillo y quitó con cuidado la anilla , apretando el seguro . Conservó la anilla alrededor del dedo para poder volver a colocarla .

Bajó poco a poco por la pendiente , guiado por los susurros del hombre . Tras unos minutos su mano encontró el hombro del hombre .

---Gracias a Dios . Ahora date prisa .

Una mina había destrozado los dos pies del hombre . Tendría que cargar con él .

---No grites---dijo Fever---. Esto dolerá .

---No gritaré---respondió el soldado . Y cuando Fever se lo cargó a la espalda sólo hubo un gemido . Pero su cantimplora se soltó . Cayó sobre una piedra e hizo un ruido hueco .

La bengala destelló sobre ellos y la noche se convirtió en todo resplandor y sombras temblorosas . Una gran metralleta empezó a hacer rong , cararong , rong , rong . Fever se dirigió al parapeto con toda la rapidez que pudo , pero sabía que era imposible . Vio levantarse la tierra dos veces a la derecha y luego sintió el golpe de la bala en el italiano , que dijo «Caray» como si tan sólo estuviera molesto , y casi lo consiguieron pero en el borde de la trinchera una dura bola de nieve golpeó a Fever tras la rodilla y los dos cayeron en masa . Cayeron a dos metros de la salvación , pero el italiano ya estaba muerto .

Fever se había torcido la muñeca y lastimado la nariz al caer , y le dolía más que la bala . Pero no podía mover los dedos de los pies y supo que debía de ser malo . Entonces empezó a doler también .

Un soldado cerró los ojos del italiano y con la ayuda de otro arrastró torpemente a Fever trinchera abajo hasta el

bunker médico . Le dolía horribilmente y su pie se llenó de sangre y vomitó . Se detuvieron a verlo vomitar y luego lo arrastraron el resto del camino .

El cirujano lo colocó entre dos lámparas de queroseno . Le quitó la polaina y el zapato y cortó la pernera ensangrentada con una cuchilla recta . Puso a Fever boca abajo e hizo que cuatro hombres le sujetaran mientras buscaba la bala . El dolor era grande pero Fever se sentía bastante insultado por la presencia de los cuatro hombres y no gritó . Oyó la bala al golpear un plato metálico. Sonó como la cantimplora .

—Es un poco patético, ¿no te parece?

John se volvió y allí estaba el Hemingway, leyendo por encima de su hombro.

—«Sonó como la cantimplora», vaya. —Uniforme caqui cubierto de lodo y salpicado de sangre brillante. La sangre se apelonaba y manaba a sus pies.

—Dispárame, pues. O lo que vaya a ser esta vez. Tal vez reescribiré la línea en el siguiente universo.

—Se te van a acabar pronto. Sólo existes en ocho universos más.

—Claro. Y tú nunca me has mentido. —John se volvió y miró la máquina de escribir, tenso.

El Hemingway suspiró.

—Suponte que hablamos.

—Te escucho.

El Hemingway se dirigió hacia la cocina, dejando un rastro de sangre.

—¿Quieres una cerveza?

—No mientras estoy trabajando. Sírrete tú mismo.

El Hemingway cojeó hasta la cocina, fuera de la vista, y John lo oyó abrir el frigorífico y coger la cerveza. Regresó como el Hemingway de cinco años, vestido con ropa de niña, las dos manos agarrando una incongruente botella de cerveza. La colocó sobre la mesa y se aupó al sofá con torpeza infantil.

—¿Dónele está el bastón?

—Sabía que esta vez no sería necesario. He pensado que hay mejores formas para tratar con un hombre como tú.

—Cuéntame. —John sonrió—. ¿Qué es un «hombre como yo»? ¿Uno con el que, por algún motivo, tu bastón no funciona?

—En realidad pensaba en la curiosidad. Es lo que supuestamente motiva a los intelectuales. ¿Eres un verdadero intelectual, no sólo un hombre rico buscando ser legitimado?

John apartó la mirada de los ojos ancianos en el rostro infantil.

—A veces me lo he preguntado. ¿Por qué no vas al grano?, como solíamos decir hace unos cuantos universos.

—He comprobado tu vida en varias realidades —dijo el niño—. Siempre eres un experto en Hemingway, aunque no siempre te ganas la vida con ello.

—¿Qué más hago?

—Probablemente no es conveniente que lo sepas. Pero todos vosotros os sentís atraídos por los manuscritos perdidos aproximadamente en esta época, el setenta y cinco aniversario.

—Me pregunto por qué será.

El Hemingway agitó la botella de cerveza en un gesto maduro y desarmante.

—El Omniverso está lleno de tendencias coincidentes como ésa. Todas tienen un

significado causal en una dimensión que no puedes entender.

—Inténtalo.

—En cierto modo, es lo que quiero proponerte. Abandonarás de inmediato este peligroso proyecto, y nunca lo reemprenderás. A cambio, te haré retroceder en el tiempo, hasta la estación Gare de Lyon el 14 de diciembre de 1921.

—Donde veré lo que sucede con los manuscritos.

El Hemingway volvió a encogerse de hombros.

—Te pondré en el tren de Hadley, bastante antes de cuando ella dice que fueron robados los manuscritos. Podrás observar durante aproximadamente una hora, sin ser visto. Como sabes, algunas personas han teorizado que nunca hubo un ladrón; que nunca hubo una bolsa de viaje; que Hadley simplemente tiró los escritos. Si ése es el caso, no verás nada dramático. Pero la ausencia de la bolsa será una poderosa prueba indirecta.

John parecía escéptico.

—¿Nunca has ido a comprobarlo tú mismo?

—Si lo hiciera, no podría llevarte a ti. No puedo existir dos veces en el mismo cronoespacio, claro.

—Qué tonto por mi parte. Claro.

—¿Trato hecho?

John estudió a la aparición. El tapizado a cuadros del sofá se veía a través de sus brazos y piernas. Parecía hacerse menos sustancial cada vez.

—No sé. Déjame pensarlo durante un par de días.

El niño tiró de la botella de cerveza y ésta se convirtió en un largo palo color ámbar, que a su vez se transformó en el bastón blanco y negro.

—No hemos probado con el cáncer todavía. Eso podría funcionar. —Bajó del sofá y se acercó a John—. Tarda más tiempo y duele. Duele muchísimo.

John se levantó de la silla.

—Si te acercas a mí con eso te daré una patada que te llevará al martes que viene.

El niño titiló y creció y se convirtió en el Hemingway cuarentón, un borracho barrigón y pendenciero.

—Claro que sí, campeón. —Extendió el bastón, de forma que su punta quedó a escasos centímetros del pecho de John—. Nos vemos.

Desapareció con un «pop» apenas audible, y una leve brisa de aire se movió para llenar su espacio.

John reflexionó sobre aquello mientras iba a prepararse una taza de café. Deseó saber más de ciencia. Aquella cosa obviamente requería espacio, ya que sus desapariciones causaban un vacío, pero no se podía negar que se difuminaba.

Bueno, difuminarse no. Sólo se hacía más transparente. Eso tal vez no afectara sus habilidades. Una puerta de cristal sigue siendo igual que una puerta opaca si intentas atravesarla.

Se sentó en el sofá, lejos del manuscrito, para así poder pensar sin distraerse. Pensándolo bien, la oferta del Hemingway era una admisión de derrota. Suponía, al menos, que no podía resolver sus problemas matando a John una y otra vez. Eso era reconfortante. Igual no moriría una vez más, excepto en el momento presente.

Pero tal vez sí lo haría. La idea era estremecedora. Si hacía que el Hemingway lo matara otra docena de veces, un centenar... ¿en qué clase de extraña criatura se convertiría? ¿En un centenar de autobiografías superpuestas, todas perfectamente recordadas? Seguro que el cerebro tiene una capacidad finita para almacenar información; se «saturaría», como había dicho Pansy. O tal vez no fuera finita, al menos en su caso... pero eso era lógicamente absurdo. Sólo hay un número determinado de células en el cerebro. Por supuesto podría estar «soldado» de algún modo a los John Baird de todos los otros universos que había habitado.

¿Y qué pasaría si moría de alguna forma natural, no eliminado por un asesino interdimensional? ¿Seguiría pasando a otra identidad? Esa perspectiva era fantástica: tarde o temprano, tendría ciento treinta años, y estaría en el lecho de muerte, muriendo una fracción de segundo durante el resto de la eternidad.

O tal vez el Hemingway no mentía esta vez y sólo le quedaban ocho vidas. Tal como iba todo, la posibilidad era tranquilizadora.

Sonó el teléfono. Para variar, John agradeció la interrupción. Era Lena. Decía que su padre había salido del hospital, que estaba mucho mejor, y que pensaba que volvería pasado mañana.

—Bien—dijo John, sintiéndose un poco malvado—, alquilaré un coche y te recogeré en el aeropuerto.

—No te molestes —repuso Lena, que adujo que todavía no tenía el número de vuelo.

John no insistió. Si, como suponía, Lena estaba conchabada con Castle, probablemente se encontraba allí mismo, en Key West, o en algún sitio cercano. Si tenía que comprar un billete para ir y volver de Omaha y mantener su parte del engaño, el dinero saldría del bolsillo de John.

Colgó y, por impulso, llamó al número de sus suegros. El padre de Lena contestó. Poniendo voz de profesor, dijo que era Maxwell Perkins, secretario de Blue Cross, y que necesitaba saber la fecha exacta en que el señor Monaghan había ingresado en el hospital recientemente.

—Debe de haberse equivocado de tipo —dijo el otro—, no he pisado un hospital en veinte años, toco madera.

—¿No estoy hablando con John Franklin Monaghan?

—No, soy John *Frederick* Monaghan.

—Lo siento muchísimo, un error natural.

—No importa; espero que el otro tipo esté bien. Adiós, buenas noches, señor.

Así que el día siguiente iba a ser el gran día con Pansy. Que John supiera, no lo habían mirado practicando el sexo desde hacía más de veinte años, y nunca había sido un observador desinteresado, o al menos desapasionado. Esperó que saber que los estaban espiando, o saber que sería la última vez, no afectara su representación.

Una profunda tristeza se apoderó de él. Sabía que lo último que debía hacer, en un estado de ánimo como ése, era salir y emborracharse. Pero apenas era mediodía. Sacó de su cartera dinero suficiente para pagar cinco martinis, escondió la cartera bajo un cojín del sofá y se dirigió a Duval Street.

CAZA CONTRA DEPORTE

Lena estaba tendida en la cama, disfrutando de la brisa del ventilador sobre su piel, aún húmeda de la ducha. Oyó cerrarse la puerta de pantalla.

—Ven aquí, Lena —oyó decir a Castle, y se levantó obediente de la cama.

Entró en el salón y sus manos volaron de repente para cubrir su desnudez. Con Castle había una mujer rubia que empezó a cubrirse sus propios pechos vestidos en un acto reflejo de simpatía. Lena dio la espalda a la risotada de Castle y trató de regresar con dignidad al dormitorio. Mientras se ponía la camiseta y los pantalones cortos, oyó decir a la mujer:

—A veces puedes ser una verdadera mierda, Castle, ¿lo sabías?

Cuando regresó, la cara de la rubia estaba enrojecida, quizás debido a la furia además de la vergüenza.

—Lo siento, señora Baird —dijo.

—Tenéis algo en común, chicas.

—No me digas. Hola, Pansy.

—Dijo que estaba usted en Miami.

—Mentí. Me gustan las sorpresas.

—Lo siento. —Su voz temblaba, y parecía a punto de llorar.

—No te preocupes. —Lena dio un paso hacia Pansy, que retrocedió insegura, y luego se unió a ella en un abrazo. Miró a Castle por encima del hombro de la otra mujer—. Sylvester disfruta con el dolor de los demás.

—Te dije que no me llamas así.

Las lágrimas de la mujer rubia mojaban su cuello. Cerró los ojos.

—Sylvester, Sylvester —trinó—. Me pareció ver a un lindo gatito.

—Putá. —La arrancó de los brazos de la otra mujer y la abofeteó con la mano abierta con tanta fuerza que la tiró al suelo. Se alzó sobre ella y recalcó su discurso apuntándola con un dedo—. ¡Nunca me vuelvas a llamar así! ¡Nunca!

—¡Cono!, Castle...

Se volvió hacia Pansy.

—Los maricones de la cárcel me llamaban así. ¡No lo soporto!

Lena se palpó los dientes. Cuando retiró la mano de su boca, un hilillo de saliva ensangrentada la siguió. Hundió la cabeza, mirando al suelo.

—Cuando te pregunté si habías tenido problemas con la ley, me dijiste que no.

—Sí. Debí de mentir también.

—Es la última vez que me mientes —dijo Lena.

—Sí, claro. —Ella se levantó lentamente—. ¿Adonde vas?

—Al cuarto de baño. ¿Te importa? Quiero contar mis dientes.

—Si quisiera romper tus jodidos dientes, los rompería.

El espejo del cuarto de baño confirmó que la sangre procedía tan sólo de un corte en el interior de la mejilla. Habría una bonita magulladura para hacer juego con la de su brazo.

¿Cómo se había metido en esto? Al principio él era salvaje y excitante, con una especie de encanto pícaro. En las dos últimas semanas el encanto se había evaporado, y la brutalidad había aumentado. En realidad él no era más que un sádico golpeador de mujeres.

Ella había encontrado el arma la semana pasada, escondida en un rincón del armario, tras unas cajas. La sacó, una escopeta de doble cañón recortado, con doce cartuchos, la culata también recortada y sustituida por la de una pistola. El arma de un verdadero deportista.

Se plantó en la puerta y apuntó a la espalda del hombre, que discutía con Pansy.

—Oh, Castle —dijo—. Sylvester.

Él giró y se quedó petrificado al ver el arma.

—Creo que debería hacerle un favor al mundo —dijo—. Quítate de en medio, Pansy.

Un gesto de concentración cruzó el rostro de él. Entonces se relajó lentamente. Su voz sonó tranquila.

—No vas a hacerlo.

—Te has equivocado conmigo antes. —El arma temblaba en las manos de Lena, pero siguió apuntándole al pecho.

Él se encogió de hombros y caminó hacia ella, ni lento ni rápido. Se plantó ante Lena.

—Trae —dijo suavemente, y con un dedo alzó el cañón hasta su cabeza. Se inclinó hacia delante, de forma que lo apoyó contra su frente—. Tienes que amartillarlo primero. —Extendió la mano y echó atrás los dos percutores externos—. Ahora aprieta los gatillos y tendremos una bonita decoración en el techo.

Durante unos segundos nadie respiró. Él tenía los ojos cerrados y una sonrisa de relajación. Lena le miró, incrédula, y miró a Pansy, que estaba acurrucada en un rincón, mordiéndose los nudillos.

Lenta, amablemente, Castle le quitó el arma.

—No tienes pelotas para hacerlo, Lena —le dijo, casi en un susurro—. Hacen falta pelotas para matar a un hombre.

Le dio la vuelta al arma y la colocó entre sus pechos. Con una sonrisa dentada, casi amistosa, apretó ambos gatillos. Los percutores golpearon las cámaras vacías con un doble chasquido.

—Por suerte para todos, no la cargaste.

—Me habrías matado.

—Sólo si la hubieras cargado, querida. Es de justicia.

Pansy se sentó en el suelo con un golpe sordo, medio desmayada.

—No te creo, Castle.

En el rincón, un hombre invisible sonrió y aplaudió en silencio.

MORIR, BIEN O MAL

John acababa de decidir que era demasiado temprano para emborracharse. Se había pulido dos martinis en Sloopy Joe y luego deambuló por las afueras porque los turistas le molestaban y un grupo deprimentemente juvenil y alegre, empezó a tocar *Heavy metal*. Hemingway les habría pateado las pelotas.

Encontró un bar mugriento que nunca había advertido antes, oscuro y lleno de humo y calor. En los otros universos era una *boutique yuppie*. Tres borrachos jubilados discutían de política con tanta fuerza que casi ahogaban el concurso de la televisión. Todo el conjunto parecía encajar con el dolor de cabeza y la acidez de estómago que le habían producido los martinis y pasear al sol. Pidió una cerveza y unos cacahuets y un par de aspirinas al camarero, y se sentó en la mesa más apartada con un ejemplar del periódico local de anuncios. Alguien había tallado AL CARAJO LA ANARQUÍA en la mesa.

Nadie más en este mundo sabe lo que es la anarquía, pensó John, y la sensación de indefensión regresó, intensificada por el sentimentalismo de borracho. Qué no daría por regresar al primer universo y deshacer todo esto al no...

¿Sería posible? El Hemingway estaba dispuesto a llevarlo a 1921; ¿por qué no retroceder unas cuantas semanas? Por cierto, ¿dónde demonios estaba ese hijo de puta cuando lo necesitaba?

El Hemingway apareció en la mesa frente a él, un adolescente de Oak Park que fumaba un cigarrillo.

—Sentí una especie de vibración por tu parte. ¿Dispuesto a tomar tu decisión? —¿Puede verte la gente del bar? —No. Y no te preocupes porque parezca que estás hablando solo. Eso suele pasar aquí.

—Mira. ¿Por qué no me llevas a un par de semanas antes de que nos conociéramos en el tren, allá en el primer universo? Yo me...

El Hemingway sacudió la cabeza lentamente. —No puedes.

—No. Como ya expliqué, ya existes allí... —Dijiste que tú no podías estar en el mismo sitio dos veces. ¿Cómo sabes que yo no puedo?

—¿Cómo sabes que no puedes tragarte ese piano? No puedes.

—Pensabas que no podía hablar de ti; pensabas que tu bastón me mataría. No soy como la gente normal.

—Eso es cierto. Pero esto es algo más, bueno, más básico para la realidad que el bastón.

—¿Qué demonios significa «básico para la realidad»? Una cosa es real o no lo es.

—Extraña declaración para venir de alguien en tu situación.

John comió un cacahuete, reflexivo.

—A ver qué te parece esto. A las once y cuarenta y seis minutos del tres de junio, un hombre llamado Sylvester Castlemaine se sentó a mi lado en Dos Hermosas y empezó a hablar conmigo sobre los manuscritos perdidos. La falsificación nunca se me habría ocurrido si no hubiera hablado con él. ¿Por qué no vuelves atrás y le impedes que entre en ese café? Q ve a las once y treinta y mávalo.

El Hemingway sonrió maliciosamente.

—No te cae muy bien.

—Es más bien miedo. —Se frotó la cara con fuerza, recordando—. Resulta curioso cómo cambian las cosas. La primera vez que lo vi era agradable. Luego me mataste en el tren, y en el siguiente universo se hizo más frío, más serio. Luego me mataste en el apartamento de Pansy, y en este universo se ha vuelto malo. Peligrosamente malo, como un par de tipos que conocí en Vietnam. Los que realmente disfrutaban matando. Como tú, evidentemente.

El Hemingway exhaló una cadena de anillos de humo antes de responder.

—No disfruto matando ni nada por el estilo. Tengo una complicada función que cumplir, porque eso es lo que hago. Parece un galimatías debido a las limitaciones del lenguaje humano.

»No puedo ir matando gente a diestra y siniestra sólo para ver qué pasa. Cuando una persona muere en el momento equivocado se requiere una eternidad para arreglar las cosas. Y no es que no mereciera la pena en tu caso. Pero puedo decirte con certeza que matar a Castlemaine no afectaría al resultado final.

—¿Cómo puedes decir eso? Es el responsable de todo. —John apuró la cerveza, y el Hemingway tocó la jarra y la volvió a llenar—. ¿No hay veneno?

—No funcionaría—admitió morosamente—. Alegrementemente mataría a Castlemaine de cualquier forma que quieras, el cáncer de pene es una sugerencia, si existiera una mínima oportunidad de arreglar las cosas. El motivo por el que sé que no funcionaría es porque no me siento atraído para nada por ese encuentro. No hay ningún nexo de probabilidad asociado con él, como lo hubo cuando compraste la Corona o empezaste a escribir en el tren, o cuando has escrito aquí. Puedes pensar que por tu cuenta nunca se te habría ocurrido la idea de la falsificación, pero te equivocas.

—Eso es ridículo.

—No. Hay universos en este manojo donde Castle no está implicado. Puede que te resulte difícil de creer, pero tus creencias no son importantes.

John asintió, sin ganas de discutir, y asumió su mirada distante.

—¿Sabes...?, al revisar en mi mente todas las conversaciones que hemos tenido, las cinco, el único motivo sustancial que me has dado para no escribir este pastiche, y cito, es que «Yo o alguien como yo tendrá que matarte». Ya que eso no parece posible, ¿por qué no intentamos otra línea de ataque?

El Hemingway apagó el cigarrillo aplastándolo entre el pulgar y el índice. John advirtió el olor a carne quemada.

—Muy bien, prueba con esto: déjalo o mataré a Pansy. Y luego a Lena.

—He pensado en eso, y apuesto a que no lo harás, o no puedes. Tuviste una oportunidad perfecta hace unos cuantos días, máximo efecto dramático, y no lo hiciste. Ahora dices que es un asunto horriblemente complicado.

—¿Estás dispuesto a jugar con las vidas de las personas que amas?

—Estoy jugando con muchas cosas. Incluidas ellas. —Se inclinó hacia delante—. Llévame al futuro en vez de al pasado. Muéstrame qué sucederá si tengo éxito con el engaño Hemingway. Si reconozco que es terrible, lo dejaré todo y me haré fontanero.

El Hemingway viejo y sabio sacudió la hirsuta cabeza.

—Me estás pidiendo que arregle las cosas para que puedas tragarte un piano. No puedo. Ni siquiera yo puedo ir directo al futuro y echar un vistazo; estoy atado a tu presente y a tu pasado hasta que se arregle este asunto.

—Una de las primeras cosas que me dijiste es que eras del futuro. Y del pasado. Y de «otras temporalidades», no importa qué demonios signifique eso. ¿Mentías entonces?

—En realidad no. —Suspiró—. Déjame forzar la analogía. Mira el piano.

John se dio media vuelta.

—Muy bien.

—No puedes comértelo... pero en cierto modo, yo sí.

El piano se transformó de pronto en una montaña en forma de piano de cápsulas, que inmediatamente se derrumbaron y rodaron por el suelo.

—Cada cápsula contiene una pizquita de serrín o marfil en polvo o metal; todo el piano consta de unas cien mil cápsulas. Si me tomo una con cada comida, acabaré comiéndome el piano en el curso de los próximos siglos. Para mí no es mucho tiempo.

—Eso no prueba nada.

—No es una prueba; es una demostración. —Extendió una mano y cogió una cápsula que rodaba, y se la metió en la boca—. Una menos, faltan noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve. ¿Y de cuántas formas podría comerme este piano?

—¿Formas?

—Quiero decir que podría haberme comido primero cualquiera de las cien mil. A continuación puedo elegir cualquiera de las noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve. ¿De cuántas formas...?

—Eso es fácil. Factorial de cien mil. Un número grande.

—Ponte el primero de la fila. Es diez elevado a la enésima potencia. Eso representa el número de caminos posibles, el número de futuros que surgen de este hecho garantizado y preordenado: el que yo me coma el piano. Todos son distintos, pero en lo referente a comerse el piano, sus diferencias son triviales.

»A una escala superior, cada posible acción trivial que tú o cualquier otro habitante de este uní-verso emprenda nos coloca en un futuro ligeramente distinto al que habría existido de otro modo. Una abrumadora mayoría de acciones, incluso las que aparentemente son significativas, no crean a la larga ninguna diferencia. Todos los futuros se relacionan con un hecho central unificador... ¡excepto los que tú estás jodiendo!

—¿Y cuál es ese gran suceso?

—Es imposible que tú lo sepas. De todas formas, no es importante.

En realidad, haría falta un punto de vista cósmico para considerar poco importante el suceso: el fin del mundo.

O al menos el final de la vida en la Tierra. Ahora mismo había dos políticos de mediana edad que el 11 de agosto del 2006 serían presidente y primer ministro de sus respectivos países. Ese día, uno insultaría al otro sin posibilidad de perdón, y se pulsaría un botón, y luego otro, y para cuando el sol se pusiera en Moscú, o saliera en Washington, no quedaría nada con vida en el planeta, desde el fondo del mar a la estratosfera; ni una cucaracha, ni un paramecio, ni un virus, y todo porque hay cosas que un hombre no puede aceptar, no si es de verdad un hombre.

Hemingway no era el único hombre que sentía de esa forma, pero sí el que tuvo más influencia en esa generación. La aparición que quería a John muerto o al menos que no escribiera no sabía exactamente qué efecto tendría el pastiche sobre la influencia de Hemingway, pero iba a ser decisivo y de consecuencias negativas. Impediría o al menos retrasaría el fin del mundo en un buen puñado de universos, lo que pondría fuera de sintonía a un billón de realidades adyacentes, y se desataría un infierno arriba y abajo del Omniverso. Muchas más personas que los seis mil millones de este mundo morirían, y era incluso posible que toda la Realidad se desenredara, y se colapsara en el Hipido Primordial de donde venía.

—Si no es importante, ¿por qué estás tan obsesionado por impedírmelo? No te creo.

—¡Pues no me creas, entonces! —Con un gesto imperioso, todas las cápsula-s retrocedieron hasta el rincón y volvieron a formar un piano, con gran estruendo. Ninguno de los clientes del bar lo oyó—. Pensaba que cooperarías conmigo sólo por impedir un hecho tan desagradable como morir una y otra vez.

John tenía la expresión de un jugador de poker cuyo oponente ha mostrado sin darse cuenta su as en la manga.

—Uno se acostumbra —dijo—. Y se me ocurre que tarde o temprano acabaré en un

universo que realmente me guste. Este no tiene mucho que apreciar. —Su pie se agitó dos veces y luego otras dos veces más.

—No —dijo el Hemingway—. Será peor cada vez.

—Eso no puedes saberlo. Esto nunca ha sucedido antes.

—Hasta ahora, ¿no?

John reflexionó un instante.

—De algunas formas. En otras no.

El Hemingway se encogió de hombros y se levantó.

—Bien. Piensa en mi oferta. —Apareció el bastón—. Feliz cáncer.

El Hemingway le tocó en el pecho y desapareció.

La primera sensación fue de total cansancio e inmovilidad. Cuando intentó moverse, el dolor atravesó sus músculos y vísceras, y permaneció allí. Apenas podía respirar, en parte porque sus pulmones no funcionaban y en parte porque había algo en medio. En el espejo que estaba colgado tras la mesa se miró la garganta y vio una gran masa blanca, llena de venas, pulsante. Se desplomó en el sillón y esperó. Recordó al joven Hemingway herido escribiendo a sus padres con espectral alegría: «Si hubiera muerto habría sido muy fácil para mí. Lo más sencillo que habría hecho.» No sé, Ernie; tal vez sea más duro con la práctica. Sintió que algo se rompía en su interior y un fluido caliente y picante manó por su cavidad abdominal. Se frotó la cara y un parche de piel necrótica se desprendió con terrible olor. Sus ropas se tensaron cuando su cuerpo se hinchó.

—Eh, amigo, ¿está usted bien? —El camarero se acercó a él y dio un salto—. ¡Cristo, Harry, llama al nueve-uno-uno!

John agitó la mano levemente, como quitándole importancia.

—No hay prisa—croó.

El camarero miró al techo.

—¿Por qué siempre me toca a mí?

LA DENUNCIA

—Asalto y agresión —dijo Lena—. Asalto con un arma mortal.

El sargento grandullón asintió cansinamente y tecleó dos números, con un dedo.

—Muy bien, ¿y vivía usted con él?

—Me alojaba en su casa.

—¿No es su novio?

—No. Ni siquiera es mi amigo. Si lo que quiere decir es si me acostaba con él, la respuesta es sí.

—Voluntariamente.

—Voluntariamente. Frecuentemente. Con abandono homosexual, o abandono heterosexual. ¿Es relevante para el cargo de asalto?

El sargento se giró lentamente en la silla chirriante y apoyó ambos codos en la mesa que lo separaba de las dos mujeres.

Se cruzó de brazos y miró la mesa por un momento, luego a Pansy, después a Lena.

—Hay formas y formas. Su relación con él determina si esto va a la unidad de Violencia Doméstica.

—Eso sería ridículo —dijo Lena.

—No hay nada doméstico en ese gusano —añadió Pansy.

El sargento asintió, pero se encogió de hombros.

—Antes de presentar cargos formales, debería hablar con un consejero, bien de nuestra Unidad de Violencia Doméstica o del Grupo de Protección de Esposas Maltratadas del centro.

—Primero quiero a ese hijo de puta entre rejas.

—Tal vez sí y tal vez no. —El sargento rebuscó en un cajón y sacó una tarjeta para el grupo de esposas maltratadas—. Podemos arrestarlo y retenerlo durante veinticuatro horas. Luego será la palabra de él contra la suya; su abogado contra el suyo.

—Tengo un testigo.

El sargento miró a Pansy y giró el monitor para que pudiera ver su historial.

—Prostitución. Escándalo público.

—Ambos suspendidos —dijo ella—. Cumplí mi servicio público.

—Sí. Y fue testigo de la defensa del juicio por prostitución de la menor Jennifer Oldenberg. Y Sylvester Castlemaine también. Junto a su nombre, y junto al suyo, hay una nota confidencial que me hace pensar que su testimonio no valdría mucho en este asunto.

—¿Es que este moretón no significa nada? —dijo Lena—. ¿Y el corte que tengo en la boca?

El sargento simplemente la miró.

—El mes pasado vino una mujer con la oreja arrancada de un mordisco, sangrando por todas partes, con moretones de la cabeza a los pies y dos costillas rotas. Histérica. Fuimos a detener a su amiguito. Hicieron falta tres hombres y un bote de aerosol, y uno de los polis acabó con la nariz rota y un diente de menos.

»A la mañana siguiente la mujer va y visita al tipo en la celda. Se ponen melosos y ella retira los cargos y exige que lo soltemos... Por supuesto, lo detuvimos por agresión a un oficial, así que estará fuera de la circulación durante algún tiempo. Pero aun así...

—Eso no tiene nada que ver. No soy una fulana. No me arrancó la oreja a mordiscos pero me apuntó al pecho con una escopeta de cañones recortados y apretó los dos gatillos.

Eso hizo que el sargento alzara una ceja.

—¿Escopeta de cañones recortados?

—Descargada, claro.

—Podríamos pillarlo por eso. Si los cañones tienen menos de cuarenta y cinco centímetros de largo. —Pulsó un botón—. Asalto a mano armada, al menos. ¿Sabía usted que estaba descargada?

—No.

—Adelante —dijo un altavoz chirriante.

—¿Hay por ahí algún coche patrulla?

—Martínez y Stanley están rellenando informes.

—Envía a Martínez. —Miró a Lena—. ¿Lo sabía él?

—¿Saber qué?

—Que el arma no estaba cargada.

—No lo creo. Pienso que pretendía matarme. —Hizo una mueca—. En realidad, no estoy segura. Tal vez se dio cuenta de que no estaba cargada por el peso o el equilibrio. Tal vez sólo pretendió darme un susto de muerte.

—Bueno. Tal vez nosotros podamos asustarlo más. Darle un buen compañero de celda para pasar la noche. —Sonrió—. Un poco de abandono homosexual. Pero probablemente estará fuera mañana.

—¿Aunque la escopeta sea ilegal?

—¿Ha visto al entrar esas cuatro oficinas de fianzas al otro lado de la calle? Si tiene un coche o un televisor, puede estar fuera en un par de días, al menos temporalmente.

—¿Es todo lo que pueden hacer? —dijo Pansy.

—No. Podemos ir y ponerle una orden restrictiva, diciendo que si le pone un dedo encima se verá metido en problemas.

—Póngasela por las dos —dijo Lena.

—Muy bien, pero tengo que ser sincero con usted. Las órdenes restrictivas sólo funcionan según el tipo al que van dirigidas. Todo lo que significa realmente es que si le vuelve a golpear, podremos llevarle a una audiencia en la que tendrá que explicar por qué no deberíamos acusarlo de desacato a los tribunales.

—Eso lo asustará de muerte —dijo Pansy, con ironía.

—Yo no hago las leyes. —El sargento dio un golpecito a la mesa—. Usted no vive aquí.

—La mayoría de los veranos. El resto del año vivimos en Boston.

—Lo mejor que podría hacer sería darle un billete de avión para Boston. Esta noche. Debería hacer las maletas y salir antes de que él vuelva a la calle.

—No es tan sencillo.

—¿Y qué puedo decirle yo? —Un hispano con uniforme de patrullero subió las escaleras, y el detective lo llamó con un dedo—. Éste es el sargento Martínez. Vas a detener a su amiguito por un seis-uno-uno. —Martínez miró el rostro de Lena y asintió gravemente—. Pero quiero que lo trates como tentativa de asesinato. Tiene una escopeta de cañones recortados.

—¡Vaya!

—Sí. Así que llévate apoyo por si acaso. Conseguiremos una orden judicial para buscar la escopeta, pero lo quiero fuera de la calle ahora mismo.

—Llevaré a Stanley.

—Muy bien. Señoras, vayan con el sargento, denle la información que requiera. Luego encuentren un sitio donde alojarse y llámenme para darme el número de teléfono.

—¿Tal vez ese grupo de esposas maltratadas? —dijo Pansy.

—No. Vamos a casa. —Pansy la miró—. Tengo que enfrentarme a John tarde o temprano. Agradecería que vinieras conmigo.

Pansy soltó una risita nerviosa.

—Eh, ¿por qué no?

—Quiero ver la expresión de su cara cuando entremos las dos juntas. —Garabateó el número en una libreta y se la tendió al detective—. Pansy es la amiguita de mi esposo. No sabe que yo lo sé.

—Muy bien —dijo el detective lentamente, y vio a las dos mujeres dirigirse a las escaleras con Martínez. Entonces estudió el número de teléfono, como si sus dígitos pudieran contener una pista para los misterios de la conducta femenina.

El oficinista que estaba al lado de él se echó a reír.

—Te apuesto cinco contra diez a que vuelve con el otro ojo morado.

—No apuesto nada. —Tecléo el número en su consola; la dirección apareció automáticamente debajo—. Me gusta el amor, no el juego. —Miró hacia la escalera vacía y dio un beso al aire.

El otro hombre se rió.

—Sí.

MUERTE EN LA TARDE

John despertó al mediodía tras un contenedor de basura en un callejón. El olor a basura podrida era nauseabundo. En cualquier caso, no se sentía demasiado bien; como si hubiera bebido demasiado y se hubiera desmayado tras un contenedor, que era exactamente lo que había ocurrido en ese universo.

En ese universo. Se levantó lentamente en medio de un silencioso coro de crujidos y chasquidos, se limpió, y se alejó tambaleándose del maléfico olor. Tambaleándose, pero no cojeando: en ese presente volvía a tener los dos pies. Había un punto insensible del tamaño de una mano en la parte superior de su pierna izquierda, donde una bala de metralleta del calibre 51 no acertó a sus pelotas por un par de centímetros, aunque puso fin a su carrera de soldado.

Y empezó la de escritor. Salió a la acera y se detuvo en seco. Éste era el primer universo donde no era profesor de universidad. Enseñaba ocasionalmente (a veces escritura creativa; a veces Hemingway), pero ahora era tan sólo una afición, y una tentativa para conseguir ser respetable.

Se frotó la barba entrecana, que cubría la cicatriz de bala en su barbilla. Se pasó la lengua por los dientes de metal que el ejército le había colocado hacía treinta años. ¡Caramba! Tal vez sea cierto que esto empeora cada vez. ¿Qué era peor, perder un pie o que te rociaran el miembro de metralla, no sentir con los nervios cortados, más balas en la pierna, la cara y el brazo? Si supieras que había una Pansy en tu futuro, probablemente cambiarías un pie por todo tu miembro. Aunque ella había hecho maravillas con lo que quedaba, pensó.

Recordando furiosamente, sin ver por dónde iba, dejó que sus pies le guiaran de vuelta al garito donde el Hemingway le había enseñado a tragarse un piano. Atravesó la puerta y el impacto del aire acondicionado le trajo de vuelta al presente.

Heléchos. Perfume. Ropa interior de encaje. Un vendedor marica se bamboleó hacia él, consiguiendo parecer preocupado y decidido al mismo tiempo. Tenía la nariz taladrada, decorada con un diamantito.

—Señorrrr —dijo con una voz sorprendentemente grave—. ¿Puedo ayudarle?

Pantis sin entrepierna. Ayudas maritales. El bar se había convertido en un lugar llamado French Connection.

—Creo que me he equivocado. Lo siento. —Se dispuso a marcharse.

El empleado sonrió.

—No sea tímido. Todo el mundo necesita algo aquí.

El calor, en su densa familiaridad, fue casi agradable. John se detuvo en una tienda para comprar seis botellas de cerveza y regresó a casa.

Un universo interesante; mucho más divergente que el anterior. Reagan, de algún modo, había sobrevivido al asesinato de Hinckley y disfrutó de un segundo mandato. Bush fue elegido, en vez de sucederle en la presidencia, y el país no había entrado en guerra con Nicaragua. El escándalo Irán-Contra coleaba en el fondo.

Los Estados Unidos cooperaban con la Unión Soviética en un vuelo a Marte. No había De Sotos. ¿Podría haber una conexión?

Y en ese universo había conocido de verdad a Ernest Hemingway.

La Habana, 1952. John tenía ocho años. Su padre, doctor en ese universo, tomó unas

vacaciones y llevó a su familia a pasar una semana en el trópico, lejos del invierno de Nueva Inglaterra. John pilló una buena insolación el primer día, por jugar en la playa mientras sus padres probaban suerte en los casinos. Al día siguiente le obligaron a quedarse dentro, lo que significaba acompañar a sus padres y mirar cosas que no fascinaban a los niños de ocho años.

Fueron a almorzar a La Florida, por si conocían casualmente al famoso Ernest Hemingway, quien al parecer frecuentaba el lugar cuando estaba en La Habana.

Para John resultó ser un lugar grande y cavernoso, lleno de olores adultos. Humo de puros, ron, cerveza, orina rancia. Pero Hemingway estaba allí, al fondo de la oscura barra de madera, riéndose a mandíbula batiente en una mesa llena de cubanos. En realidad, eran vascos, jugadores de pelota, aunque eso no significó ninguna diferencia para John ni para sus padres.

John era vagamente consciente de que su madre parecía una actriz de cine, pero no podría haber supuesto que eso cambiaría su vida. Hemingway la vio, se levantó y se quedó de pronto en silencio, con la boca abierta. Entonces se echó a reír y agitó un brazo enorme.

—Ven aquí, hija.

Los tres se acercaron tímidamente a la mesa. John fue plenamente consciente de la cuidadosa inspección que su madre recibía de los silenciosos cubanos.

—Echa un vistazo, Mary —dijo Hemingway a la pequeña mujer rubia que hacía punto en la mesa—. La Kraut.

La mujer asintió, sonriendo, y reconoció que la madre de John se parecía a Marlene Dietrich diez años antes. Hemingway los invitó a sentarse y a tomar una copa, y ellos aceptaron con aire de genuino asombro. Estrechó gravemente la mano de John, y le habló como a un adulto. Entonces gritó en español al camarero, y en un par de minutos sus padres estaban bebiendo grandes daiquiris y él una Coca-Cola con un trocito de lima, tropical y crecida. El camarero también trajo una bandeja de gambas cocidas. Hemingway incluso se comió las cabezas y las colas, haciendo mucho ruido, cosa que a John le pareció mucho más impresionante que ningún premio Nobel. Hemingway podría haber estado de acuerdo, ya que aún no había recibido ninguno, y Faulkner sí.

Durante más de una hora, dos Coca-Colas, John vio a sus padres hipnotizados por el aura del famoso encanto de Hemingway. Los entretuvo con chistes e historias y preguntas (durante el resto de su vida, el padre de John relataría lo mucho que le impresionó la sofisticación de las preguntas de Hemingway sobre medicina cardíaca), pero quedó claro incluso para un niño que estaban asombrados, electrizados por la presencia del hombre.

Esa noche, más tarde, el padre de John le preguntó qué pensaba del señor Hemingway. Cuarenta y cuatro años más tarde, naturalmente, John recordaba su respuesta exacta.

—Se lo pasa bien todo el tiempo. Nunca he visto a un adulto que juegue tanto.

Interesante. Esa reunión era el punto donde empezaba su memoria eidética. Podía recordar un par de días anteriores bastante bien, porque estaban cerca de la superficie. En otros universos, podía recordar hasta antes de la escuela primaria. Eso le produjo una sensación extraña. Todos los universos eran diferentes, pero ése era el primero en que la diferencia estaba tan íntimamente conectada con Hemingway.

Era grueso en ese universo, gordo y con músculos cansados, como Hemingway a su edad, tal vez, y sentía una curiosa ansiedad que de repente advirtió era una auténtica necesidad de beber. No sólo deseo, no sólo sed. Si no tomaba una copa, sucedería algo muy malo. Sabía que era irracional, pero saberlo no servía de nada.

John subió cuidadosamente las escaleras hasta su apartamento, saltándose el quinto peldaño, también podrido en ese universo. Metió la cerveza en el frigorífico y sacó del congelador una botella de vodka helado (eso era distinto), se sirvió una ración doble y la bebió de un trago, como si fuera una medicina.

Eso espolearía la resaca. Abrió una cerveza y se la llevó a la sala de estar, reflexivo,

mientras a través de su cuerpo irradiaba el brillo alcohólico. Se sentó ante la máquina de escribir y cogió su pistola de aire comprimido, un cómodo modelo belga. La amartilló y cogiéndola con práctica con ambas manos apuntó a un blanco de papel situado al otro lado de la habitación. La bala se clavó a menos de un centímetro por debajo.

Por toda la habitación, las paredes estaban picoteadas por haber disparado a las cucarachas y, una vez, a un escorpión. Muy estilo Hemingway, pensó; de hecho, la mayoría de las formas en que era distinto a encarnaciones anteriores de sí mismo iban en dirección hacia el estilo de Hemingway.

Metió un papel en la máquina de escribir e hizo una lista:

EH & yo:

--- ambos padres médicos

--- ambos obligados a lecciones de música

--- en el instituto escribimos material pocoprometedor

--- Nuestras heridas de guerra fueron

evidentemente similares en gravedad y localización. Tal vez la de mi entepierna fue peor; el médico del ejército dijo que en Corea (y presumiblemente en la I^a Guerra Mundial), sin la ayuda de los helicópteros, yo habría muerto en el campo de batalla. (Al haber sido herido también en la rodilla y el pie, sé que la historia de H de haber cargado a hombros al tipo herido es improbable. Pasó más de un mes antes de que yo pudiera hacer fuerza con la rodilla.) Él mencionó heridas genitales, posiblemente similares a las mías, en una carta a Bernard Baruch, pero no hay nada en el informe de la Cruz Roja al respecto.

Pero en ambos casos, ser herido y sobrevivir fue la experiencia central de nuestra juventud. Tocar la muerte.

---Cada uno escribimos el primer borrador de nuestra primera novela en seis semanas (pero la suya era mejor y más ambiciosa) .

--- Ambos tuvimos un inusitado éxito de crítica desde el principio.

--- Ambos fuimos tímidos de jóvenes y gregarios de adultos.

--- Siempre amamos la pesca y las armas y pasear por el campo; me encantaron las corridas de toros desde que vi la primera, pero puede que estuviera influido por los libros de H.

---España en general

---tener mejores mujeres de las que merecemos

---beber demasiado

---hipocondría

---tendencia a los accidentes

---tendencia hacia lo morboso

---Una diferencia. Yo nunca me meteré una

pistola en la boca y apretaré el gatillo. Lo deja todo demasiado revuelto.

Alzó la cabeza ante el sonido del bastón golpeando. El Hemingway tenía el aspecto del viejo sabio de Karsh, pero era casi transparente a la luz que entraba por la puerta abierta.

—¿Qué tengo que hacer para conseguir tu atención? —preguntó—. ¿Provocarte otro cáncer?

—Eso fue muy desagradable.

—Tal vez ésta será la última. —Se sentó en el brazo del sofá e hizo girar el bastón dos veces—. Hoy es un gran día. ¿Vamos a París?

—¿Qué quieres decir?

—Hoy sucede algo grande. En todos los universos donde estás vivo, este día brilla de importancia. Supongo que significa que has decidido venir conmigo. Dejas de escribir a cambio de la verdad acerca de los manuscritos.

De hecho, él estaba pensando justo eso. La vida era ya lo bastante confusa, dividido entre su amor erótico por Pansy y el sentimiento más doméstico, pero aún profundo, hacia Lena... Escribir el pastiche era divertido, pero tenía cosas más importantes que hacer. Además, había llegado a desconfiar por completo de Castle, incluso antes de que Pansy le hablara de la trampa. Sería divertido decepcionarlo.

—Tienes razón. Vamos.

—Primero destruye la novela. —En ese universo, había completado setenta páginas de *Allá en Michigan*.

—Claro.

John cogió el fajo de papeles y lo arrojó a la pequeña chimenea. Lo prendió por varios sitios con una larga cerilla para barbacoas, y vio cómo un mes de trabajo se convertía en humo. De todas formas, era sólo un gesto simbólico; podría reescribirla entera de memoria si quería.

—¿Y ahora qué hago? ¿Golpeo los talones tres veces y digo «No hay nada como la Gare de Lyon»?

—Sólo acércate.

John dio tres pasos hacia el Hemingway y de repente cayó de lado...

Sabía lo que era morir; esto era peor. Fue despedazado y esparcido a través de espacio y tiempo, estando en ningún sitio y en todas partes, en todos los tiempos, un vacío que gritaba eternamente...

La grava crujió bajo sus pies y el humo del carbón en el aire era asfixiante. Hacía frío. Los grises cielos de París brillaban a través de las largas claraboyas, a través de la complicada geometría de las negras vigas de acero que sostenían el alto techo. La multitud hablaba en francés. Una mujer atravesó a John por detrás. Él se palpó con ambas manos y se sintió real.

—No pueden vernos —dijo el Hemingway—. No a menos que yo lo quiera.

—Eso ha sido horrible.

—Esperaba que lo odiaras. Ahora ya sabes cómo paso la mayor parte de mi cronoespacio. Vamos.

Dejaron atrás a los vendedores que ofrecían cucuruchos de castañas asadas, botellas de vino, puestos de *baguettes* y quesos. Había extrañas resonancias, ya que John recordaba las diversas ocasiones en que había estado allí al cabo de más de medio siglo. No había cambiado mucho.

—Allí está ella —señaló el Hemingway. Hadley parecía demacrada, cansada, mareada. Se tambaleaba mientras intentaba mantener el ritmo del mozo que cargaba con sus dos bolsas. John recordó que acababa de recuperarse de un mal caso de gripe. Probablemente estaría todavía en casa, en cama, si Hemingway no le hubiera enviado el telegrama instándola a ir a Lausana porque se esquiaba muy bien en Chamby.

—¿Hay universos donde Hadley no pierde los manuscritos?

—Bastantes. En algunos de ellos Hemingway no vende «Mi viejo» el año que viene, ni nunca, y tira todos los relatos él mismo. Renuncia a la ficción y se convierte en redactor del *Toronto Star*. Hasta la Guerra Civil Española; entonces se une al Batallón Abraham Lincoln, a veces Brigada, y muere conduciendo una ambulancia. Su único efecto en la literatura americana es un párrafo en *La autobiografía de Alice B. Toklas*.

—¿Pero en algunos los relatos son publicados?

—Claro, incluida la novela, que a menudo se llama *Con la juventud*. Allí.

Hadley subía los escalones del vagón de pasajeros. Hubo un microsegundo de agonizante vacío, y se materializaron en un pasillo delante del compartimiento de ella. Hadley y el mozo pasaron a través de ambos.

—*Mera*—dijo ella, y le tendió al hombre unas pocas monedas. Él hizo una mueca a su espalda.

—¿*Con la juventud*? —preguntó John. Era el mismo título que él había empleado.

—Es un libro bastante bueno, una especie de prelude de *Adiós a las armas*, pero le va mucho mejor en universos donde no se publica. *Fiesta* llama más la atención entonces.

Hadley guardó la maleta y la bolsa de viaje bajo el asiento. Entonces frunció el ceño, comprobó la hora en su reloj de pulsera y dejó el compartimiento, cerrando la puerta tras ella. Se volvió a comprobar que el equipaje no era visible desde el pasillo.

—Interesante —dijo el Hemingway—. Así que no la dejó a la vista, pidiendo que la robaran.

—Qué extraño —dijo John—. Esa novela, *Con la juventud*. ¿Trataba de la Primera Guerra Mundial?

—Las trincheras en Italia —contestó el Hemingway—. ¿Qué tiene eso de importancia?

Un joven salió de las sombras del vestíbulo, mirando en la dirección que había seguido Hadley. Entonces se dio la vuelta y encaró a los dos viajeros del futuro.

Era Ernest Hemingway. Sonrió.

—Cierra la boca, John. Pillarás moscas.

Abrió la puerta del compartimiento, recogió la bolsa de viaje y la llevó al vagón de al lado.

John se recuperó lo suficiente para perseguirlo. Había desaparecido.

El Hemingway le siguió, trasladándose instantáneamente.

—¿Qué es esto? —dijo John—. Pensé que no podías estar en dos cronoespacios a la vez.

—No era yo.

—Pues seguro que no era el verdadero Hemingway. Está en Lausana con Lincoln Steffens.

—Tal vez lo sea y tal vez no.

—¡Sabía mi nombre!
—Así es. —El Hemingway se hizo más débil mientras John lo miraba.
—¿Era otro de vosotros? ¿Otro agente?
—No. No es posible. —El Hemingway miró a John—. ¿Qué te ocurre? —Sus rasgos adquirieron una expresión de incredulidad—. Oh, no. Fuiste tú.
—¿Que fui yo?
—Ahora mismo. —Hizo un gesto hacia el otro vagón—. La bolsa, los manuscritos. ¡Por supuesto!

John se echó a reír.

—Claro. Llámame Papá. Soy clavadito al tipo.

El Hemingway era un fantasma que se desvanecía. El bastón apareció en su mano, y apuñaló a John una y otra vez, pero sin ningún efecto.

—Ya no funciona —dij o John.

Hadley irrumpió en el vagón y los atravesó corriendo, mientras llamaba en francés al revisor. Llevaba una botella de agua Evian.

—Bueno —dijo John—, eso es lo que...

El Hemingway había desaparecido. John apenas tuvo tiempo de pensar *¿Atrapado en 1922?* cuando el vagón y la Gare de Lyon se disolvieron en una cascada de chispas negras y no fue más fácil esa segunda vez, extenderse imposiblemente delgado a través de todos aquellos años-luz y milenios, preguntándose si iba a durar eternamente esta vez, advirtiendo que así era de algún modo, y soldándose con un chasquido imposiblemente doloroso.

Miró la lista en la máquina de escribir. Extendió la mano hacia la Heineken. Todavía estaba fría. La soltó.

—Dios —susurró—. Espero que se haya acabado.

La situación demandaba una mayor graduación alcohólica. Fue al frigorífico y sacó el vodka. Bebió el helado mejunje directamente de la botella, y casi la dejó caer cuando por el rabillo del ojo vio la bolsa de viaje.

Dejó la botella abierta en la encimera y caminó como un sonámbulo hasta la mesa del comedor. Era la misma bolsa, levemente ajada, con las siglas EHR, Elizabeth Hadley Richardson, grabadas. La abrió y dentro había un grueso fajo de sobres de papel manila.

Cogió el de arriba y lo llevó a su silla junto con la botella de vodka. Le temblaban las manos. Abrió el sobre y contempló la letra familiar.

ERNEST M. HEMINGWAY

UN OJO POR EL MÍO



Fever se levantó . A la luz de la luna pudo ver la sangre manando de sus manos . Tenía los pantalones rotos por las rodillas y sabía que también ~~allí~~ habría sangre . Vio las luces del último vagón desaparecer entre los árboles donde la vía se curvaba .

Aquel asqueroso guardafrenos . Se las pagaría ~~algún~~ algún día.

Fever ~~limpió~~ ^{limpió} el extremo de un travesano y se sentó a quitar piedrecitas de sus manos y rodillas . Le vendría bien un poco de agua . El guardafrenos tenía su cantimplora .

Pudo oler una hoguera . Se preguntó si sería inteligente

acercarse . Conocía a los lobos , los humanos que vivían cerca de las vías y las cosas repugnantes que les gustaban . No les tenía miedo pero no quería problemas .

No tienes que buscar problemas , le diría su padre . Los problemas te encontrarán a ti . Pero su padre no le había hablado de los lobos .

Hubo un ruido en los matorrales . Fever se levantó y cerró su mano en torno al mango de cuerno de la navaja Buck que llevaba en el bolsillo .

La puerta de tela metálica se abrió con un crujido, y él levantó la cabeza y vio entrar a Pansy con una expresión extraña en el rostro. Lena la siguió, con aspecto aún más extraño. Tenía el ojo izquierdo hinchado y cerrado y la mayor parte de su rostro estaba magullado, azul y marrón. Llevaba un vendaje sobre un corte en la frente.

John se levantó, temblando por la súbita confrontación de emociones.

-¿Qué...?

—Castle —dijo Pansy—. Se ha desmandado.

—Llamaré a la policía.

—Ya hemos estado allí —dijo Lena, con la voz distorsionada—. Se acabó.

—Por supuesto. No podemos trabajar con...

—No, quiero decir que es un criminal. Lo buscan en Mississippi por homicidio. Fueron a arrestarlo para extraditarlo. Así que se acabó el engaño Hemingway.

—¿Qué Hemingway? —preguntó Pansy—. ¿Engaño?

—Ya te lo contaremos —dijo Lena, y señaló la botella—. Un poco temprano, ¿no crees? Al menos podrías traernos un par de vasos.

John se levantó, obviamente aturdido. Miró a Lena, luego a Pansy, luego a Lena otra vez. Ella puso los ojos en blanco.

—Sé que tú sabes que ella sabe que él sabe. Lo que sea. Lamento todo el lío. Te amo. Creo que ella también. ¿Vale? ¿Un par de vasos?

John entró en la cocina, casi flotando por los efectos del vodka y la ansiosa confusión.

—¿Con qué lo queréis?

Pansy dijo que con zumo de naranja, y Lena con hielo. Entonces Lena gritó.

John se dio la vuelta y allí estaba Castle en la puerta, sonriendo. Tenía un revolver en la mano derecha y la escopeta de cañones recortados en la izquierda.

—Conos. Jodidos conos —dijo—. ¡Acudisteis a la puñetera policía!

Había un cuchillo de carnicero en el cajón junto al frigorífico, pero John no creía que Castle fuera a quedarse impasible y permitirle cogerlo. Ninguna otra cosa podría servir como arma, excepto la pistola de aire. Castle sabría que no podía hacer mucho daño.

Miró a John.

—Los tres vais a ser mis rehenes. Vamos a salir de aquí y los despistaremos en los Everglades. Pero saben cuál es mi furgoneta.

—Nosotros no tenemos coche—dijo John. —¡Eso ya lo sé, gilipollas! Hay un Hertz en la Uno. Ve y alquila un coche. Y no intentes hacerte el listo. Si huelo a un policía, volaré a estos dos conos.

Se volvió hacia las mujeres e hizo una mueca maligna, hablando con dureza entre dientes.

—Como hice con esos dos que enviaron, el hispano y el negro. Hablaron de volver con una orden para buscar la escopeta y yo me porté con toda la amabilidad posible, les dije «diablos, vamos, entren, no necesitan ninguna orden, no tengo nada que ocultar», y cuando

entraron cogí la pistola del negro, le volé los sesos al hispano y le disparé al negro en las pelotas. Tendríaís que haberlo oído. Vaya negro. Hicieron falta otras cuatro balas más para hacerlo callar.

Me pregunto si eso significa que la pistola está vacía, pensó John. Era una anticuada Magnum 357 Smith & Wesson de seis tiros, pero desde ese ángulo no podía ver si había sido recargada. Tenía en la mano el zumo de naranja de Pansy. Podría intentar cegar a Castle con el zumo de naranja.

Dio un paso hacia él.

—¿Qué clase de coche quieres?

—Sólo un coche, maldita sea. Lo bastante grande. —Una sirena ululó a una manzana de distancia. Castle puso mala cara—. Zorra. Les dijiste dónde estarías.

—No —suplicó Lena—. No les dijimos nada.

—No hagas ninguna estupidez —dijo John.

Otras dos sirenas, más cerca.

—¡Yo os enseñaré estupidez! —Alzó la pistola hacia Lena. John le tiró el zumo de naranja a la cara.

No fue realmente como en cámara lenta. Fue simplemente que John no se perdió ningún detalle. Castle rugió y se dio la vuelta y en los cilindros de la recámara John vio cinco balas con envoltura de cobre. Intentó coger la pistola y el primer tiro le destrozó la mano, volándole dos dedos, y golpeó el lado derecho de su pecho. La explosión fue ensordecedora y el impacto de la bala fue como ser golpeado simultáneamente en la mano y el pecho con bates de béisbol. Se tambaleó, todavía de pie, y tosió sangre en la cara de Castle, quien disparó otra vez. La segunda bala lo martilleó en el otro lado del pecho, haciendo que esta vez casi se diera media vuelta. ¿Había alguien gritando? Hemingway dijo que parecía una bola de nieve helada, y era muy similar, a excepción de la parte interna, con el cuerpo diciendo «Bueno, es hora de cerrar la tienda». Había un terrible dolor familiar irradiando en el centro de su pecho, un dolor más agudo que las dos balas, y John advirtió que sufría un ataque al corazón totalmente superfluo. Se apartó de la mesa y volvió a tambalearse hacia Castle. Intentó agarrar la recortada y Castle vació ambos cañones en su abdomen. Sonaron como puertas cerrándose. Cuando en el salón de Idaho Hemingway se metió los dos cañones en la boca y apretó los gatillos, Mary dijo que fue como oír cajones cerrándose. John siempre se había preguntado cómo demonios pudo apretar el segundo gatillo, con todos los sesos desparramados. Cayó de rodillas y luego se desplomó de costado. No podía sentir nada. Las cosas empezaron a volverse oscuras y rojas. ¿Iba a ser ésta la última vez?

Castle abrió la escopeta y los dos casquillos volaron en semicírculo por encima de su hombro. Sacó otros dos cartuchos del bolsillo de su camisa y uno se le cayó. Cuando se inclinó a recogerlo, Pansy saltó a su espalda, con un rápido movimiento que fue casi grácil (a John se le ocurrió que probablemente lo había ejecutado una y otra vez en sus fantasías). Él introdujo ambos cartuchos en sus recámaras y cerró la escopeta con un movimiento de muñeca. La puerta de tela metálica estaba atascada. Pansy tiraba del pomo con ambas manos. Castle alzó los dos cañones hasta la base de su cráneo y apretó un gatillo. La mayoría de los fragmentos de la cabeza cubrieron la puerta o salieron a través del agujero creado por el impacto. La coronilla de su cráneo, un cuenco ensangrentado, rebotó en dos paredes y llegó girando a la cocina, con el cabello largo y hermoso trazando una estela en forma de abanico. Su cuerpo danzó espasmódicamente y se dobló, chorreando vida.

Lena se lanzó sobre la espalda de Castle, arañándole la cara. El giró y la lanzó contra la pared. Se debatió como una muñeca de trapo y él la golpeó fuertemente con la pistola mientras caía. Lena se enroscó en sus pies, vomitando en sus propias manos, y él, con la boca abierta, riendo en silencio, bajó la escopeta y le disparó a quemarropa en la entrepierna. El cuerpo de Lena se estremeció y John trató con todas sus fuerzas de no morir. Pero la

oscuridad lo cubrió y lo último que vio fue la sonrisa maligna de Castle mientras volvía a cargar el arma, asomado a la ventana, presumiblemente ante la policía.

No sintió la terrible sensación de ser extendido infinitesimalmente sobre una infinitud de dolor y oscuridad; las cosas simplemente se volvieron negras, como si cerrara los ojos. Si esto es la muerte, pensó John, no es gran cosa.

Pero cambió. Hubo un poco de luz pálida, algunas vagas figuras, y entonces los colores se concentraron en la escena; y tras un momento de desorientación advirtió que estaba aún en el apartamento, pero al parecer flotando junto al techo. Lena estaba apenas consciente, retorciéndose, contemplando aturdida el río de sangre que borboteaba entre sus piernas. Pansy parecía irreal, sin cabeza pero intacta del cuello para abajo, tendida en una postura imposible y relajada como un maniquí derribado, con la sangre que manaba de una arteria del cuello y atravesaba la puerta de tela metálica.

John vio su propio cuerpo destrozado, con el abdomen completamente excavado por la metralla. Dentro de la enorme herida, tras los trozos retorcidos de intestino, los jirones de grasa y cartílago, la sangre y la mierda, pudo ver pedazos astillados de hueso. Tal vez no le había dolido tanto porque el impacto le había partido la espina dorsal.

Tuvo tiempo de sentirse un poco sorprendido por no sentir más. Naturalmente, la mayoría de la gente que había conocido y había muerto lo había hecho de esta forma, con gran desparramamiento de sangre y sesos. Incluso treinta años después del ocasional ataque al corazón o del colapso de algún amigo o pariente, la mayoría de los muchos muertos que conocía habían caído en la jungla, en Technicolor.

Había sido un héroe allí, en ese universo. Eso habría sorprendido a sus sargentos en el universo original. La Medalla de Honor del Congreso no le había venido mal a las ventas de su primer libro. Destruyó el emplazamiento de la ametralladora vietcong con sus propias granadas, luego dio la vuelta a la ametralladora y abatió el mortero y las tropas. Lo hizo con heridas de bala en el rostro y el tríceps. Por supuesto, sin las heridas no habría perdido los nervios y atacado la ametralladora, pero eso no se mencionaba en la citación.

Era una lástima que no hubiera forma de cambiar las medallas, fundirlas en una bala grande y gorda y usarla para acabar con aquel loco hijo de puta que ignoraba a las tres personas que acababa de matar, riéndose como una hiena mientras gritaba obscenidades a los policías que se congregaban debajo. John había matado a más personas que él, pero por horrible necesidad, y había cumplido toda una vida de penitencia con la máquina de escribir y el talonario de cheques.

Castle no era humano. Sería una grave afrenta a todo el orden de las criaturas llamarlo siquiera animal.

Castle dispara un tiro a través de la ventana inferior y luego se agacha cuando una andanada de fuego de armas automáticas destroza la ventana superior, llenando el aire de un chorro de cristal; las balas y el cristal vuelan inanes a través de John, donde está flotando, y oye cómo se clavan en el techo, y de pronto todo es blanco por el polvo de yeso. Empieza a despejar y está mucho más cerca de su cuerpo, cada vez más y más bajo; se funde con él y en un instante de negrura vuelve a mirar otra vez con ojos humanos:

Oyó un ruido sordo y vio los cientos de añicos de cristal saltando del suelo y volando hacia la ventana; el polvo de yeso de las andanadas se introdujo en los agujeros de bala del techo, que entonces desaparecieron.

El panel superior de la ventana se reformó mientras Castle se incorporaba, apuntaba la escopeta, luego se inclinaba hacia delante mientras una flor de llamas amarillas y humo blanco volvía a entrar en el cañón.

Su mano estaba entera, los dedos restaurados. Miró y vio cascadas de sangre regresando al agujero en su abdomen, luego las gotas individuales; entonces el agujero se cerró y las ropas se restauraron; luego uno de los agujeros de su pecho se cerró, y después el otro.

La ropa era desconocida. ¿Una chaqueta de lana con este tiempo? Sus manos se habían vuelto viejas, y se formaron manchas de enfermedad renal mientras observaba. Lento como una planta al crecer, como la luna al girar, pensando también lentamente, extendió la mano y palpó la barba, y pudo ver por el rabillo del ojo que era larga y blanca. Estaba demasiado gordo, y la hebilla del cinturón se le clavaba dolorosamente en el vientre. Lo encogió y miró al cinturón, sí, era de latón viejo y decía GOTT MIT UNS, el cinturón que le había quitado a un alemán muerto hacía tanto tiempo. El cinturón que Hemingway se había llevado.

John se apoyó en una rodilla. Contempló fascinado cómo el río de sangre volvía al vientre de Lena y desaparecía mientras Castle, sonriente, introducía los cañones entre sus piernas, daba un respingo, e iniciaba una complicada danza marcha atrás (mientras el cuerpo decapitado de Pansy se retorció y se enderezaba); Lena, levantándose del suelo, saltaba entre la espalda del hombre y la pared, luego se alzaba y corría hacia atrás mientras él acercaba la escopeta a la nuca de Pansy y lo que parecían litros y litros de sangre y tejidos salían volando de todas direcciones para reunirse en la cabeza y en su hermoso rostro, distorsionado en una mueca de terror, mientras ella sacudía torpemente la puerta y luego corría hacia atrás, más allá de Castle mientras hacía una graciosa pirueta, descargaba el arma y colocaba en el suelo una bala, que saltó a su bolsillo mientras él se levantaba y metía allí la otra.

John se incorporó y caminó hacia Castle a través de cierta densa resistencia. ¿Era el *tiempo* resistiéndosele? Todo lo demás seguía moviéndose en sentido contrario: Dos casquillos vacíos navegaron por la habitación hasta introducirse en las recámaras del arma; Castle la cerró y giró para enfrentarse a John...

Pero John no estaba donde se suponía que debía estar, ni era quien se suponía debía ser; Castle apenas tuvo tiempo de sorprenderse. Mientras la escopeta giraba, John agarró los cañones (¡caliente!) y arrancó la pistola del cinturón de Castle. Perdió su tenaza sobre los cañones de la escopeta justo cuando amartillaba la pistola contra el corazón de Castle y disparaba. Un chorro de sangre de toda la habitación convergió sobre la espalda de Castle y John sintió el retroceso de la Magnum cuando la boca de la escopeta chocaba con fuerza contra sus dientes, una bocanada de calor abrasador y luego la negrura eterna, de vuelta el infierno sin rasgos del cronoespacio infinito al que le había llevado el Hemingway, para siempre, pero en el siguiente instante, un nuevo tipo de estertor, un retortijón...

EL TIEMPO CAMBIADO

—¿Qué significa eso de que lo has «perdido»?

—Estábamos en el tren en la Gare de Lyon, en el modo de observación normal. Esa entidad que se parecía a Hemingway apareció, nos saludó, cogió los manuscritos, desapareció.

—Así de fácil.

—No. Entró en el vagón de al lado. John Baird corrió tras él. Tal vez ése fue mi error. Yo me trasladé en vez de correr.

—Ahí es donde lo perdiste.

—A ambos. Baird desapareció también. Luego Hadley entró corriendo...

—No me confundas con Hadley. ¿Comprobaste los universos adyacentes?

—Todos ellos, sí. Creo que todos están bien.

—¿Crees?

—Bueno... No puedo regresar a ese momento. Cuando desaparecí. Fue como si estuviera allí unos cuantos segundos más, así que estoy totalmente excluido.

—¿Y John Baird sigue allí?

—No para cuando puedo insertarme. Sólo Hadley corriendo...

—Nada de Hadley. Nada de Hadley. Así que, naturalmente, volviste a 1996.

—Por supuesto. Pero hay un período de varios minutos allí en donde estoy también excluido. Cuando por fin puedo insertarme, John Baird está muerto.

—Ah.

—En todas las líneas de destino, Castle y él se matan mutuamente. John yace allí con la cabeza volada, y Castle a su lado con el corazón destrozado por un tiro a bocajarro, con dos mujeres muy alteradas y la policía aporreando la puerta. Y esto.

—La bolsa de viaje con las historias.

—No creo que nadie lo advirtiera. Con Baird muerto, pude comprobar los futuros de las mujeres; ninguna de ellas menciona la bolsa. Así que tal vez la misión esté cumplida.

—Bueno, la Realidad sigue en su sitio. Hasta ahora. Pero la conexión entre Baird y esa entidad Hemingway es preocupante. El hecho de que Baird pueda regresar a 1996 sin tu ayuda es muy preocupante. Obviamente ha tomado algunas de tus características, tus habilidades, y por eso quedas excluido de los últimos minutos de su vida.

—Nunca he oído que eso pasara antes.

—Nunca ha pasado. Creo que John Baird no es más humano que tú y que yo.

—¿Lo es?

—Sospecho que está todavía por alguna parte.

ISLAS EN LA CORRIENTE

Y el interminable desierto sin luz de dolor se vuelve de pronto una pequeña chispa brillante y entonces todo es rojo oscuro. Y un sabor, un sabor amargo, aceite lubricante Hoppe's n° 9, y los cañones gemelos de la escopeta Boss para cazar palomas fríos y aceitosos en su lengua y mordiendo con fuerza contra el velo del paladar; el rojo oscuro es luz al otro lado de sus párpados, un picotazo de dolor antes de tropezar con un diente y abre los ojos y la boca, y baja la pistola y con manos temblorosas descarga (no, vacía) ambos cañones y camina hacia atrás, arrastrando las zapatillas, tropezando, deteniéndose a contemplar la oscuridad de la mañana de Idaho, con lágrimas indefensas resbalando por la barba blanca retorcida, caminando hacia atrás baja las escaleras con la escopeta apoyada en el brazo, regresa al trastero y la coloca en el estante, luego vuelve a subir las escaleras lentamente y lentamente pone las llaves a la vista en el alféizar de la ventana de la cocina, un poco de piedad de Miss Mary, luego se sienta y contempla el café solo y frío mientras se calienta al tomar un sorbo ácido...

Una parte diminuta de la mente dice *¡espera! Soy John Baird, es 1996.*

y vuelve a una ducha sin ánimo, aturdido por el picoteo del chorro, y siente calambres y duerme sin descansar; una noche con Mary y George Brown caminando de puntillas por lo más oscuro de todo y empeora y empeora cada día, sólo queda una cosa por hacer

tengo que lanzar un ancla

ahora más rápido, caminando a través de los bosques de Ketchum como un dibujo animado marcha atrás, el jodido FBI y Hacienda detrás de cada árbol, por qué enviaste a Ezra ese dinero, sentías lástima porque estaba loco, qué jodido chiste, tendría que haber terminado *Cantos* y haberse matado.

el efecto precede a la causa porque puedo leer u oír fragmentos de pensamiento de algún modo

acelerando hasta un borrón ahora, conduciendo al revés a cientos de kilómetros desde Ketchum a Minnesota, la Clínica Mayo, reteniendo la locura en ti mientras le hablas al psiquiatra, prometo no hacerme daño tengo que ir a casa y escribir si voy a superar esto, calculando lo que él quiere oír, luego la boquilla de goma y el olor de tu propio pelo y la carne levemente quemados por los electrodos, luego la total negrura profunda

agudas puñaladas de pensamiento a veces se extienden

días de hospital pasan en sentido contrario, frío cromo y blanco cegador, un par de tragos de clarete al día para bajar las píldoras que parecen hacerlo peor y peor

¿qué me pasará cuando él nazca?

Cuando regresaron de España accedió a ir a la Clínica Mayo, aún magullado por los accidentes de avión

de seis años antes en África, el hígado y el bazo hechos una pena, el cerebro también, los nervios, no puedo escribir o no puedo parar: todo el día con una maldita frase para el libro de Kennedy pero cien mil palabras rápidas, pura mierda, para el artículo sobre los toros. El libro de París bien pero atascado. Magnífico encontrar los cofres en el Ritz pero nada del material que Hadley perdió.

Aquí se para. Un escenario helado:

La luz de la tarde se filtraba a través de las altas ventanas del bar Cambon, donde había

liberado, liberaría, el hotel en agosto de 1944. Un gran martini estilo americano bebido demasiado rápido en la excitación. Los dos pequeños cofres abiertos y extendidos artículo a artículo. Cientos de páginas de notas que se convertirían en el libro de París. Pero nada antes del 23, por supuesto, *los manuscritos* La novela y los relatos y los poemas aún desaparecidos. Un momento clavado con el picor a enebro del martini y luego el tiempo arrastrándose hacia atrás de nuevo...

¿sin control'?

Meses pasando, Madrid Riviera Venecia sintiéndose enfermo y agotado, los accidentes de avión como un rápido gancho un-dos cerebro y cuerpo, enfermo veloz incluso antes que ellos en la Finca Vigia, no puedo hacer una jodida cosa después del Premio Nobel, periodistas día y noche, el precio mala suerte y mierda de todas formas pero necesito los 35.000 dólares

maldición, tenía que matar a Willie, gato desde la época del barco antes de la guerra, pero cacé también a un ladrón, la misma arma, justo antes del Pulitzer, eso sí que estaba bien *refrenando... La Habana... La Floridita...*

Incluso Mary pasándoselo bien, y los jugadores de pelota vasca, aunque no saben mucho inglés, la mayoría, interesante par de civiles, el doctor y la sosia de la Kraut, pero hay algo en el chico que me hace difícil dejar de mirarlo, parece alguien que imagino, otra ronda de Dobles de Papá, ese chico, ¿qué hay en él? y entonces la primera ronda, con almuerzo, y las cosas se aceleran hasta convertirse de nuevo en un borrón

sale mucho al Golfo, disfrutando del triunfo de *El viejo y el mar*, el trabajo fácil y bien remunerado de proporcionar material de pesca para la película, y luego vuelta a 1951, el peor año de su vida hasta entonces, semanas de conciliación a regañadientes, furia incontrolable, y negra depresión del venenoso limo crítico que siguió a *A través del río*, los hijos de puta apuntándole, Harold Ross muerto, mamá Grace muerta, hijo Gregory drogadicto metido hasta las cachas en la mierda de la dianética, Charlie Scribner muerto pero primero declarando su amor sin fin por ese gilipollas de Jones

la mayoría de los cuarenta un borrón ansioso, Cuba Italia Cuba Francia Cuba China, encontró a Mary echó a Martha, miles de páginas en el jodido libro de *Edén* no salían la Estrella de Bronce mejor que el Pulitzer

Martha una zorra plateada en Europa pero la guerra es cojonuda por lo demás, liberar el Ritz, granadas rifles pistolas y bombardeos con la RAF, China aburrida comparada con eso y las excursiones en barco en Cuba, demonios, tal vez la zorra tenía razón por una vez, sólo material para chicos y alcohol

casarse con la zorra fue el final de mi *belle époque*, fácil de ver desde aquí, los treinta todo sol Key West España África Occidental Key West, buena escritura dura con Pauline vigilando el kiosco, buena mujer pero lo siento tuve que

lo siento tuve que divorciarme

deteniéndose

Caminar por las calles de París después de medianoche:

Nunca iba a reprocharle haber perdido los manuscritos. Le dije a Steffens que sería como reprochar a un humano por el clima, o la muerte. Esas cosas pasan. No digamos nada sobre lo que hice la noche después de descubrir que ella los había perdido de verdad. Pero esta vez nos pusimos a gritar y creo que la lastimé. Por qué demonios tuvo que coger las copias en carbón para qué demonios creía que servían las copias estúpida estúpida estúpida y ella llorando y dándome el coñazo con Pauline Cono cualquier mujer que pudiera joderte París podría joderte de verdad

gira en torno a los manuscritos oyó...

años dorados los veinte todo chasquea París Vorarlburg París Schruns París Pamplona París Madrid París Lausana

no pudo creer que ella de verdad

la mayor parte de una novela docenas de poemas relatos bocetos, *contes* los llamaba Kitty por Dios mujer muéstrame tu *conté* y yo te mostraré el mío

tan borracho esa noche sé que no debo beber tanta absenta tan borracho que casi subí a gatas las escaleras hasta el apartamento vi cosas raras vi Dios *me vi a mí mismo allí de pie en el cuarto rellano con la maldita bolsa de Hadley*

esperé casi una hora, que no pareció tiempo ninguno o todo el tiempo, y cuando él, cuando yo, cuando vino subiendo las escaleras parpadeó dos veces, luego

me atravesó al trote, sacudió mi cabeza sin mirar atrás y se las arregló para abrir la puerta

volando atrás por el paisaje francés muerto en invierno, de pie junto al vagón restaurante luchando la indefensión ante Hadley que llora tanto que no puede comprender qué tiene de malo con Steffens de pie con la boca abierta como un pez en una pecera

retorciéndose de nuevo, indoloro de dentro a fuera, supongo que a través de varias dimensiones, viendo la vida del hombre como un complejo acorde de belleza y propósito y fealdad y caos, mi vida en un lado de la cinta de Moebius, consistente a través de su lapso de cuarenta años, empezando, *empezando*, aquí:

el guapo joven se sienta en el suelo del apartamento sujetándose, sacudido por los sollozos, un pequeño manuscrito arrugado ante él, la habitación es un desastre de cajones volcados, su contenido esparcido por el suelo, es como perder un brazo una pierna (un pie un testículo), es como perder tu juventud y con la juventud

con un rugido se levanta, los ojos cerrados los puños crispados, se seca la cara y se precipita hacia la ventana

respira profundamente hasta que respira con normalidad

crucza la habitación, apartando un brasero de una patada

se queda de pie con la mano en el pomo y piensa esto:

la vida puede romperte pero tú puedes hacerte fuerte en los sitios rotos

y sale cerrando de golpe la puerta tras él, de algún modo consciente de haber estado presente en su propio nacimiento.

Sin esfuerzo me encuentro de pie antes de ese día en el vestíbulo de un tren. Hadley se marcha, cansada, buscando un puesto. Me vuelvo y confronto los dos aspectos de mí mismo.

—Cierra la boca, John. Vas a pillar moscas.

Los dos se quedan paralizados mientras abro la puerta y saco la bolsa de viaje de debajo del asiento. Me marcho y el universo empieza a tintinear y chispear.

Paso la eternidad en el negro vacío entre cronoespacios. Empiezo a disfrutar de ello.

Aparezco en el apartamento de John Baird y suelto la bolsa. Miro la silla vacía ante la máquina de escribir, la fría botella verde de cerveza a su lado, y John Baird aparece, con aspecto cansado, y tengo cosas que hacer en otro tiempo, en otro lugar. Un tren que coger. Vendré a por la bolsa dentro de doce minutos o unos pocos milenios, tras el baño de sangre que nos da luz a todos nosotros.

Escribió la última línea y soltó el lápiz, y leyó de nuevo la última página sentado sobre sus manos para entrar en calor.

Podía ver su aliento.

Celebraría el final con un poco de calefacción.

Desenvolvió cuidadosamente el puñado de ramitas y las apiló con los carbones del brasero. Era una manera descabellada de calentar una habitación, pero esto era Francia.

Colocó ambas manos tras la leña y sopló con cuidado. Los carbones brillaron en rojo y luego en naranja y con el tercer soplo las ramitas prendieron y brotó una llamita amarilla.

Mantuvo las manos sobre el fuego, frotándose los dedos para espantar la rigidez, disfrutando del olor de la leña mientras chasqueaba y escupía.

Puso una hoja nueva y un papel carbón en la máquina y miró sus notas a lápiz. ¿Borrador final? Merecía la pena intentarlo:

Ernest M. Hemingway,
74 rué du Cardinal Lemoine,
París, Francia

- ALLÁ EN MICHIGAN -

Jim Gilmore llegó de Canadá a la Bahía de Horton. Compró la herrería al viejo Hortom

Mierda, una errata. Dio un respingo, como golpeado, y sacudió la cabeza para despejarla. Qué extraña sensación surgida de ninguna parte. Una súbita puñalada fría de pesar. Pero más grande de algún modo que la pena por una persona.

Parecía pena por todo el mundo. Por ser humano, por tener que morir, por tener que morir.

¿Debido a una errata?

Se dirigió a la ventana y la abrió a pesar del frío. Llenó sus pulmones del aire frío y húmedo y contempló el familiar mosaico anaranjado y gris de las chimeneas y los tejados bajo el sucio cielo invernal de París.

Se estremeció y cerró la ventana y volvió al calor del brasero. Había sentido antes aquella sensación enorme y terrible. ¿Pero dónde?

Por su vida que no podía recordarlo.

EPILOGO

Esto es una obra de imaginación, no de erudición*, pero hubo eruditos implicados en su elaboración, y me gustaría reconocer aquí su ayuda:

Gracias a Michael Reynolds por sus dos bellas biografías de los primeros años de Hemingway y sus extrañas reflexiones sobre la historia y la naturaleza del tiempo.

Gracias a Jackson Bryer por permitirme usar su vasta y atrayente colección de Hemingway y, ¡vaya!, la casa en la playa donde se escribió parte de este libro.

Gracias a Scott Donaldson y las otras personas de la Schruns Hemingway Conference que escucharon una lectura de una primera versión e hicieron valiosos comentarios.

Por supuesto, todos los errores de hecho son resultado de mi propia ignorancia o pereza, y probablemente no sean errores en alguna dimensión.

* Los títulos de todos los capítulos, excepto el último, son títulos, definitivos o de trabajo, de varias obras de Hemingway. Por favor, no me escriban para pedirme que las identifique. He perdido la lista. (*N. del A.*)

ÍNDICE

Presentación.....	3
1. Los torrentes de la primavera.....	7
2. En nuestro tiempo.....	11
3. Un camino que nunca veréis.....	12
4. El romanticismo ha muerto.....	16
5. El doctor y la esposa del doctor.....	19
6. En aquellos días no era extraño llamar a un hombre hijo de puta.	22
7. En nuestro tiempo.....	25
8. Obra en progreso.....	26
9. Un sitio limpio y bien iluminado.....	29
10. El advenedizo.....	31
11. Vagabundeos	32
12. Historia banal.....	36
13. Un gesto divino.....	38
14. El matrimonio es un juego peligroso.....	45
15. En otro país.....	47
16. El verano peligroso	51
17. En alabanza de su dama.....	54
18. Eso fue antes de conocerte.....	56
19. Fiesta.....	58
20. Al ser herido otra vez.....	60
21. El sol también sale.....	63
22. En nuestro tiempo.....	72
23- Educación de la carne.....	73
24. De heridas y otras causas.....	75
25. Caza contra deporte.....	80
26. Morir, bien o mal.....	82
27. La denuncia.....	86
28. Muerte en la tarde.....	89
28. El tiempo cambiado.....	99
29. Islas en la corriente.....	100
30. —30—.....	103
Epílogo.....	104

Joe Haldeman nació en 1943 en Oklahoma, estudió física y astronomía en Maryland y, varios años más tarde, obtuvo un master en literatura en la universidad de Iowa. Fue gravemente herido por una mina en Vietnam, donde obtuvo la condecoración Purple Heart (Corazón Púrpura). Recientemente ha sido presidente de la Science Fiction Writers of America (1992-94) y, hoy en día, comparte su actividad de escritor en su casa de Florida con su trabajo como profesor de redacción y escritura en el Writing Program del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), en Boston.

Su obra más conocida es la primera novela LA GUERRA INTERMINABLE (1975), ganadora de los premios Hugo, Nebula y Locus, que, según se ha dicho, representa la contrapartida ideológica de TROPAS DEL ESPACIO de Heinlein. Ha sido llevada al cómic con ilustraciones de Markvano (Mark van Oppen) y también existe un guión para una posible versión cinematográfica.

En PUENTE MENTAL (1976) Haldeman utilizó una técnica que recuerda la escritura de John Dos Passos en la que alterna fragmentos de narrativa con extractos de la autobiografía de los protagonistas y otras informaciones. Trata de un futuro en el que se dan cita la transmisión de la materia, la telepatía y la colonización de otros sistemas planetarios junto al contacto con extraterrestres.

RECUERDO TODOS MIS PECADOS (1977), al igual que otra de sus obras más recientes, TOOL OF THE TRADE (Herramienta de intercambio, 1987), es casi un thriller de espionaje.

Se ha publicado también en castellano la antología SUEÑOS INFINITOS (1978) compuesta a partir de sus primeros relatos.

Una de sus últimas obras es una trilogía sobre el futuro de la civilización tras la Tercera Guerra Mundial, cuyo estallido obliga a la humanidad a depender de los nuevos «mundos» constituidos por los satélites orbitales. Centrada en las peripecias de una protagonista femenina, la serie se compone de MUNDOS (1981), MUNDOS APARTE (1984) y, mucho más recientemente y todavía inédita en castellano, WORLDS ENOUGH AND TIME (Mundos suficientes y tiempo, 1992). Los tres libros están dedicados a su esposa Gay, su amable colaboradora desde 1965.

En COMPRADORES DE TIEMPO (1989 y prevista en NOVA ciencia ficción, número 76) aborda el tema de la inmortalidad centrando su interés en el tipo de sociedad en la que ésta puede ser aceptable o en el tipo de personas que intentarían «comprar» un tiempo adicional de vida.

La novela corta EL ENGAÑO HEMINGWAY (1990, NOVA ciencia ficción, número 75) resultó un tanto «aligerada» de sus escenas sexuales en la versión publicada en la revista Isaac Asimov's Science Fiction Magazine. Por su indudable calidad mereció el premio Nebula de 1990 y el Hugo de 1991. La nueva novela de Joe Haldeman, LA PAZ INTERMINABLE, verá la luz en 1996 y prevemos publicarla en la colección NOVA, posiblemente en la serie NOVA éxito.

Joe Haldeman ha escrito también dos novelas en el universo de la serie televisiva Star Trek. Son PLANET OF JUDGEMENT (Planeta de juicio, 1977) y WORLD WITHOUT END (Mundo sin final, 1979), aportando a dicha serie una dignidad y una calidad realmente inusuales.

También ha publicado relatos y novelas de vibrantes aventuras espaciales como THERE IS NO DARKNESS (No hay oscuridad, 1983), escrita conjuntamente con su hermano Jack C. Haldeman.

Muy interesado por la poesía, Joe Haldeman la cultiva con cariño y con gran éxito. Ha obtenido varias veces el Premio Rhysling (premio a la mejor poesía de ciencia ficción, otorgado anualmente por la Science Fiction Poetry Association, que recibe el nombre del viejo cantor del espacio que protagonizara el entrañable relato Las verdes colinas de la Tierra, publicado en 1947 por Roben A. Heinlein). Joe Haldeman obtuvo el premio Rhysling en 1984 con «Saul's Death» y, más recientemente, en 1990, con «Eighteen Years Old, October Eleventh».

El interés de la obra de Haldeman radica en su excelente escritura y su brillante tratamiento de los temas clásicos de la ciencia ficción. Él mismo ha reconocido su interés por la obra de Heinlein, Stapledon, Clarke, Asimov y otros autores no ajenos a unos contenidos hard, y en esa vena la obra de Haldeman representa una visión madura y de gran interés, que no rehuye el adecuado tratamiento de los personajes y sus motivaciones.

*Datos actualizados a partir de
CIENCIA FICCIÓN: GUÍA DE LECTURA
de Miquel Barceló, NOVA ciencia ficción, número 28,
Ediciones B. Barcelona (1990).*